

Josefina Maynadé

**LA VIDA SERENA DE
PITÁGORAS**



Digitalización y Arreglos

BIBLIOTECA UPASIKA

“Colección Autores Teosóficos del Siglo XX”

LA VIDA SERENA DE PITÁGORAS

**Obra galardonada con la Medalla al Mérito
de la Ciudad de París, durante el
Congreso Pitagórico Internacional de 1955**



**Digitalización de la Segunda Edición Mejorada
Dibujo por la Autora**

DEDICATORIA

***A LA MEMORIA
DE MIS PADRES,
RAMÓN MAYNADÉ
Y
CARMEN MATEOS DE MAYNADÉ***

ÍNDICE TEMÁTICO

PREFACIO, *página 6.*

I.- INFANCIA

Sobre el Mar de Icaria — Oráculo de Delfos — Nacimiento de Pitágoras — La Doble Fortuna — ¡Samos a la vista! — La Llegada — Como un Eros, *página 10.*

II.- ADOLESCENCIA

La Morada de Mnesarco — Diálogo con el Pedagogo — Educación de Pitágoras — Mayor Ansia de Conocimiento — La Confesión — Preparando el Viaje, *página 18.*

III.- JUVENTUD

Naucratis — Cita en la Luna — Recuerdos — Aparición de la Madre — Resurgimiento Interno — A Heliópolis, *página 26.*

IV.- MADUREZ

Llegada a Babilonia — Hacia el Templo — Ritual de las Danzas Cíclicas — La Recepción — La Morada de Baal — El Santuario Astronómico — “Tuya Será Nuestra Sabiduría...”, *página 32.*

V.- GRECIA

En el Mar — Remembranzas — Otra Vez Samos — Encuentro de la Madre — Tiranía de Polícrates — El Emigrado — Creta — Esparta — Eleusis — Atenas — Delfos — La Ruta del Sol, *página 46.*

VI.- EL INSTITUTO PITAGÓRICO

Sibaris — Crotona — La Primera Siembra — El juicio — Defensa de Pitágoras — El Montecillo de las Musas — Erección del Edificio Escuela — Los Primeros Pitagóricos, *página 57.*

VII.- LAS PRUEBAS DE INGRESO

Interrogatorio Preliminar — Análisis Frenológico y Fisiognómico — El Horóscopo — Observación del Maestro — Reacciones en el Juego y la Danza — Comida en Común — Las “Cavernas de las Apariciones” — El Aula Desierta y los Problemas — Examen Definitivo — Comunidad

de Bienes — La Bienvenida, *página 68.*

VIII.- LA VIDA EN EL INSTITUTO PITAGÓRICO

El Himno Matinal — La Meditación y el Silencio Colectivo — Consagración Planetaria del Día — Mañana de Estudio — Ejercicios Físicos y Recreo — El Ágape Comunal — Labores Profesionales — Himno a la Puesta del Sol — Loa y Profundidad de la Noche Pitagórica — Las Celebraciones, *página 77.*

IX.- PRIMER GRADO — LOS ACUSMÁTICOS

La Musa Tácita — Recepción y Bienvenida — Plática del Maestro — Valor del Silencio — Deberes del Oyente — Los “Versos Áureos” — Período de Purificación — Las Asignaturas — Labores y Oficios — La Amistad Entre los Pitagóricos, *página 85.*

X.- SEGUNDO GRADO — LOS MATEMÁTICOS

Día de Oro — Nacimiento de la Palabra — “Versos Áureos” del Grado — Bienvenida al Matemático — Suma Ética del Silencio — El Ciclo del Conocimiento — Símbolos Esenciales del Pitagorismo, *página 93.*

XI.- TERCER GRADO — LA TEOFANÍA

El Misticismo Pitagórico y el Hieros Logos — Axioma Hermético — En el Templo de las Musas — Naturaleza de las Diez Deidades — Pláticas y Coral — La Tríada de los Misterios Griegos — La Triple Némesis — Las Tres Parcas — El Misterio de la Muerte — La Reencarnación a Través del Mito Griego — La Anastasis, Fin de la Iniciación — Los Trasgresores de la Ley, *página 102.*

XII.- CUARTO GRADO — REALIZACIÓN-ARMONÍA

Elegancia del Pitagórico — La Semilla Espiritual — La Gran Familia — Primavera — Los Enamorados — La Ética de los Símbolos — Secreta Vocación de Teano — Glosas Nocturnas — La Melodía Astral — Eros Divino — Mensaje de Partenis — Amor y Compromiso, *página 117.*

XIII.- ANCIANIDAD DEL FILÓSOFO — FIN DEL INSTITUTO PITAGÓRICO

Pitágoras en la Intimidad — Lisis — Las Primeras Nubes — Representación Teatral — Expansión del Pitagorismo — Los Antiguos Alumnos — Fin de la Asamblea — Herencia Espiritual del Maestro — Proximidad del Peligro — La Decisión — Camino de Metaponte,

página 128.

EPILOGO, *página 139.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS, *página 148.*

PREFACIO

La actual preferencia del público por la literatura biográfica es uno de los síntomas más evidentes de nuestra desolación espiritual.

Es esta ficción o realidad de la biografía un medio rico en evasiones y suplantamientos transitorios, ya que su lectura nos induce a vivir fuera de nosotros mismos temporalmente. Y en ello subyace la tácita patentización de que no estamos contentos de cómo somos y de cómo vivimos.

En la predilección por la biografía se esconde una necesidad de afirmación propia, un ansia de desdoblarnos, de amplificarnos, y acaso, ante todo, de entercernos.

Necesitamos, en suma, hallar estímulo y confortación a las debilidades, acritudes y menguas propias, viviendo temporalmente la propiedad de las vidas ajenas. Y hacemos la ilusión, en cierto modo, de que flotamos sobre lo gris de la nuestra y de que dejamos un surco de afirmación en la historia.

Además, el apoyarnos espiritualmente en los hitos de las personalidades destacadas que han sido, hace que, inconscientemente, hallemos en otros climas morales, mayor estabilidad, mayor paz y felicidad de la que nuestra época nos puede brindar.

El arabesco que dibuja una vida sobre su tiempo nos sugiere como el más serio y provechoso de los juegos: el de representar hacia dentro, ante el entendido espectador que es nuestro yo superior.

En este juego, en la diversión loable de leer y de enmascaramos con vidas ajenas — mezcla de alimento anímico y de recreo deleitoso — se halla el elemento compensativo y la anhelada experiencia. Confesemos que de este bucear la vida y su por qué a través del personaje evocado, hemos jugado a vivir los demás sin movernos de nosotros mismos.

Sin embargo, para la elección de los personajes de este nuestro incidental vivir reflejo, de adaptación, que es la lectura biográfica, nos falta el certero dictamen de lo que somos, conocer el pulso cierto de nuestro ritmo, el índice, en fin, de nuestra reacción espiritual.

En materia biográfica, el personaje tónico por excelencia será siempre el tipo armónico.

Y en una época tan somovida y desquiciadora, de tan inmenso vacío espiritual como la nuestra, sin el estímulo viviente de auténticos hombres

representativos, aparecerá como un lenitivo la exaltación del tipo superior de humanidad, el superhombre o arquetipo.

Pero el superhombre, como todo tipo substancial, adolece casi siempre de hallarse a demasiada distancia de nosotros. Es difícil que podamos identificarnos de verdad con él, seguirlo de cerca, vivirlo entrañablemente. Y siempre, acaso por este mismo fenómeno experimentamos inconscientemente ante él el vacío de la distancia.

Necesitamos de individuos ejemplares más a nuestra medida para que se nos ajusten, nos interesen y beneficien. Que exista, entre ellos y nosotros, un cable de tensión pareja, por muy distintos y disimilares que aparezcan biografiado y lector.

Por ello hemos abordado la reviviscencia de un personaje que suma en su vida y en su obra el valor que hemos llamado arquetípico con el humano.

En la vida de Pitágoras hay, sobre todo, ternura, o sea, esencia de humanidad. El trazo magnífico de su larga existencia se dibuja, además, sobre una época cuya evocación es tan rica en gratos escenarios, tan inagotable en gérmenes de imitación y absorción, que hoy, el representarla a través de la lectura, equivale a una dádiva inapreciable.

Siguiendo a Pitágoras desde su nacimiento o aun antes de venir a la vida, cuando el oráculo de Delfos anunció a los padres el esplendor de su destino, comparte el lector los más nobles valores humanos a través del ejemplo constante de una vida completa que ornó por igual la belleza, el amor y la sabiduría.

La existencia de Pitágoras se asienta sobre pilares incommovibles. Veinticinco siglos han transcurrido como un día, como un gran día en la cuenta de la eternidad, así que entramos familiarmente en contacto con el filósofo de Samos.

Con su afilada, clarividente vista de iniciado, nos cala, nos sondea hasta lo más secreto. Conoce nuestra naturaleza tan bien como la de aquellos discípulos que su mirada sagaz observaba a través de las complejas e innumerables pruebas de ingreso a su Escuela. Y su lección nos será, como a ellos, altamente eficaz.

Por lo que respecta a mi labor de expositora, he tratado ante todo, al vitalizar esa gran figura del pasado, de borrar toda huella de esfuerzo, todo síntoma de recargo erudito; que lo que constituye lo más hondo y sutil de su invitación y el meollo de su propósito, fuera sólo sugerido.

A tal fin, me esforcé en asimilar, a través de una especie de digestión anímica, la síntesis antigua y actual — eterna — de cuanto perdura de la

sabiduría pitagórica y de la vida de Pitágoras.

Durante la escritura de este libro he vivido yo misma, como un avatar transitorio, la figura del filósofo griego. Y confieso que este proceso me ha hecho experimentar, como nunca, la beatitud del sacerdocio de la obra literaria.

La temporal investidura de una representación humana tan excelsa y tan íntegra, me ha procurado a mí misma un inmenso bien.

El esfuerzo ilusionado de compartir sus realidades y sus sueños, su finalidad de la vida humana, su inmensa cordialidad, me han hecho participar al unísono de la gran onda emotiva que cubre a todo aquel que de verdad se sumerge en el experimento pitagórico.

En cuanto a la fórmula biográfica, he procurado conciliar, en fin, lo histórico con lo ambiental, sugerido por una larga familiaridad con los medios de la antigua Grecia y del Oriente. Y he tratado de hacer amable el colorido de las escenas que le sirven de marco desde el principio al fin, para que, más allá de la ilusión del tiempo transcurrido, el logro pitagórico se repita ahora en cada lector de buena voluntad.



Pitágoras ha sido el primer filósofo que vio claras las necesidades de Occidente.

Perseguía él un ideal armónico de perfección en el que se contrapesaba lo místico con lo racional, lo lírico con lo teórico, lo ideal con lo práctico. Su doctrina altísima perdura y se sostiene merced a su perfecto equilibrio.

El maestro de Samos vio con una justeza no igualada, la clasificación de las castas naturales de la humanidad en las que basó su ideal social. Pedagógicamente, aunó a la psicología práctica de las orientaciones profesionales, la orientación espiritual derivada del conocimiento completo de cada individuo, creando en su torno el requerimiento constante de un medio formativo bello y armónico.

Ante todo, se esforzó Pitágoras en rescatar, para las leyes articuladas del espíritu, a los mejores ciudadanos. Y para educarlos integralmente, instituyó su famoso Instituto de Crotona, en la Magna Grecia.

Allí dio consistencia y categoría a todo ensayo pedagógico posterior. En su Escuela, inició el fundamento de todo programa de educación progresiva y adaptada, al servicio de un amplio ideal de evolución. El fue el primero, en

suma, en crear, metódicamente, una auténtica aristocracia de las almas, valiéndose de los valores a cada grado descubiertos, de los jóvenes de ambos sexos confiados a su formación.

Esta clase selecta que constituían, por validez propia, los pitagóricos y que tanta fama allegó en la antigüedad a su Escuela primero y a su secta después de destruida aquélla, no tenía más que un título representativo y una heráldica: la elegancia. Pero la elegancia, no sólo en su acepción material, sino también espiritual. Y un lema: la sencillez y el servicio.

El título de auténtica nobleza que prestaba el pitagorismo, cuadraría de fijo muy bien a la actual humanidad inferiorizada, desarmonizada, desconectada de sus mejores orígenes.

Si algo tiene que resurgir de la antigua Grecia, entre tantas excelencias olvidadas, es el concepto del desenvolvimiento integral y armónico del individuo, alumbrado por un superior concepto de la espiritualidad y la investigación de los misterios del universo y del hombre.

Nuestra ilusión, al escribir la presente biografía, es la de contribuir, en alguna medida, al realzamiento del actual estado de la humanidad. Ofrecerle un óptimo camino de ascensión hacia su noble fin. Para que algún día, posados ya los elementos negativos que nos conturban y desvían, podamos adoptar, en su integridad, aquel modélico plantel de hombres y mujeres armónicos que constituyeron los pitagóricos y a su ejemplo, enaltecer nuestra medida de ciudadanos modernos.

J. M.

I.- INFANCIA

Sobre el Mar de Icaria — Oráculo de Delfos — Nacimiento de Pitágoras — La Doble Fortuna — ¡Samos a la vista! — La Llegada — Como un Eros.

Ya sopla el Noto! — gritó, de golpe, el timonel del navio “Simurg”, un muchachote frigio, colorado y rubio.

En la quietud de la noche, la voz del marinero sacó a Mnesarco de su modorra. Se encaramó sobre el gran cofre donde yacía medio recostado, el brazo sobre la baranda, la cabeza inclinaba sobre el mar.

Volvió la vista adormilada. Las dos velas cuadradas, de un blanco azulado a la luz de la luna, ofrecían, hinchadas y prietas, una doble corva pareja.

El viento tibio y constante del sur impulsaba ahora ágilmente la nave fenicia.

Mnesarco sonrió esperanzado y se levantó, desperezándose.

— ¿Mejor tiempo, por fin? — dijo, dirigiéndose al frigio, que tanteaba en aquel momento las tensas amarras de las velas, sujetas paralelamente de un lado a otro de la embarcación, como si pulsara las cuerdas de dos grandes liras.

— Navegamos ya por el mar de Icaria, el de las múltiples islas — contestó el frigio.

— Mi mar nativo — añadió Mnesarco.

— ¿Sois de Samos?.

— Sí.

— La perla del archipiélago — refrendó el marinero. Y se encaramó audazmente sobre la barandilla de proa.

Mnesarco vio todo su cuerpo abalanzarse en el vacío, rozando con su gorro frigio las alas tendidas del ave profética que presidía las rutas del navío.

En aquella arriesgada posición lanzó al aire vigorosamente, para que lo oyeran los remeros de a fondo, la consigna del nuevo rumbo.

“¡Eooo!... ¡eooo!...”.

La última vocal, grave y alargada, resonó musicalmente en la noche y se perdió en el mar.

Luego reinó otra vez el silencio a bordo.

Las largas noches insomnes, la humedad sobre cubierta, habían entumecido los miembros de Mnesarco. Miró el cielo. Sería poco más de media noche.

Y se recostó de nuevo entre el cofre y la barandilla, después de pasear la vista, en instintivo recuento, sobre las cajas y los bultos donde transportaba su preciosa mercancía.

Cuando se hallaba otra vez próximo al semisueño, en aquel estado de laxación del cuerpo y de la mente que suplían en parte la falta de total reposo, sintió el dulce contacto de una mano sobre su hombro.

Y la voz más amada que le decía quedamente:

— ¿Duermes, Mnesarco?.

— No, mi querida Partenis. No duermo.

Y sin moverse, volvió la cabeza y miró complacido a la mujer a la luz clara de la luna llena.

— Mientras dure el viaje, no dormiré — continuó Mnesarco. Pero tú debes descansar tranquila al abrigo del viento, junto al niño.

— No me necesita. Está profundamente dormido. A sus pies vela la esclava sidonia. Yo estaba hacía tiempo desvelada. Hay calor en la cabina.

— Es que ya sopla el Noto. — Después de una pausa, agregó — Pronto llegaremos.

La mujer se irguió de cara al aire tibio de la noche. Un soplo vigoroso echó atrás, de golpe, el purpúreo manto que cubría su cabeza y dejó al descubierto un rostro de óvalo apretado y perfecto en el que brillaban dos grandes ojos negros que la permanencia en el Asia misteriosa habían llenado de languideces nostálgicas, de fijezas recónditas, como si estuvieran acostumbrados a mirar por dentro.

Cerró la griega los párpados, y respiró profundamente.

Luego se volvió de pronto hacia su marido.

— No sé si es ilusión — dijo —, pero me parece sentir el olor de los vergeles cercanos.

— Estamos en el mes de Targelión, pródigo en flores. Las pequeñas Islas Egeas son como jardines flotantes sobre el mar azul que atravesamos. La noche nos impide contemplarlas. Pero las brisas tibias del sur son buenas transmisoras de aromas.

Partenis suspiró y dijo, animada:

— Pronto estaremos en Samos.

En aquel momento, el dueño de la embarcación, un fenicio barbudo,

fornido como un cíclope, cruzó por su lado en un paseo de vigilancia nocturna. Mnesarco se dirigió entonces al viejo navegante y le inquirió:

— ¿Cuándo arribamos a Samos, maestro?.

— Si el Noto sigue empujando así, mañana, cuando el sol se halle cerca del cénit.

— ¡Que los dioses te escuchen y lleguemos con felicidad!.

— Mi “Simurg” es la mejor nave mercante de Sidon. Nunca me ha hecho quedar mal.

Y se perdió en la ancha sombra que proyectaban las velas.

Mnesarco se levantó y enlazó el talle esbelto de Partenis. Y con la voz temblorosa y emocionada de un amante reciente, dijo:

— Empieza para nosotros una nueva vida, dulce esposa mía. ¿Estás contenta?. Aunque nunca te quejaste de tu suerte, pienso a veces que debes experimentar la fatiga de nuestra vida inquieta de emigrantes. Las mujeres, y sobre todo tú, que gozas, sobre todas, del dulce remanso familiar, necesitáis echar raíces en la tierra, como los árboles.

— Sí, Mnesarco. Pero en la tierra propia, en nuestra hermosa Samos...

— Ya está cercana.

Y el hombre la atrajo a sí, con ternura.

Pasearon unidos y se acercaron a proa. La sombra de la gran ave, como un ingente amuleto, los cubría con su sombra hurtándolos a la vista de cualquier pasajero o tripulante que pasara.

Gozaron plenamente de aquel dilatado silencio. Juntos contemplaron el cielo y sin decírselo, evocaron...

Por fin Mnesarco truncó el mudo diálogo de sus almas, diciendo:

— Tres veces ha florecido el laurel desde el día en que, recién enlazados, consagramos nuestro amor a Apolo pítico. Todavía siento la emoción del oráculo délfico como si nos fuera dictado ahora, bajo el testimonio de estas altas estrellas: “Engendraréis con inmenso amor un hijo que superará en belleza y sabiduría a todos los mortales. Él enseñará la verdad a los hombres del presente y a los del futuro. Hacedos dignos de él y el Hado os premiará con una vida de felicidad y de riqueza”. ¿Recuerdas?. Todos los sacrificios y molestias de la larga navegación, la parsimonia de los ritos y purificaciones, la larga espera de la respuesta del dios, fueron con creces compensados con estas proféticas palabras. El oráculo se ha ido cumpliendo hasta ahora. Nos ha sido enviado el hijo predestinado. Nació con todos los signos de la raza superior. Nos ha sido concedida la riqueza...

— Sí, querido mío — añadió Partenis —. Hemos vivido hasta ahora en

estricta obediencia al divino mensaje. Abandonamos nuestro nido de amor, el bello retiro construido en Samos, tan lleno de sueños como de propicias comodidades, para lanzarnos a la gran aventura, llevados sólo por la fe. Llegamos por fin a la lejana Fenicia. Allí incrementaron los dioses nuestro caudal. Volvemos ahora a Samos con un considerable tesoro. Educaremos convenientemente al hijo predestinado que adorarán los hombres de hoy y de mañana. Toda nuestra fortuna será consagrada a Pitágoras, nacido bajo el signo solar de Apolo pítico, del que lleva la guía divina y el nombre...

— No, querida. Nuestra fortuna pertenece, ante todo, a Apolo. Recuerda que en su mansión sagrada, juré, en gratitud, consagrarle un templo en lo alto de la colina del hogar de mis mayores.

— Tu voluntad será siempre la mía — confirmó Partenis, humildemente.

Callaron. Los ojos de ambos esposos, avezados ya a la lejanía nocturna, divisaron, a la débil luz lunar, la mancha oscura de dos islitas cercanas.

El navío “Simurg” avanzaba decidido entre ambas tierras.

Los remos de la embarcación, isócronos, marcaban ahora un compás lentísimo. Pero el esbelto navío parecía que volaba; de tan ágil, rozando apenas el mar.

Los esposos contemplaban el ritmo de los remos paralelos surgir del agua, dibujar una curva lenta en el aire y sumergirse con un leve chasquido, para surgir de nuevo, chorreantes, luciendo en el aire una sarta de perlas vivas, y volver a caer con idéntico chasquido, íntimo y frenado, en el agua quieta.

Cuando dejaron atrás las dos islas, a una contraseña del frigio, el movimiento de los remos se aceleró y el navío redobló su marcha.

Las brisas del sur traían ahora, en forma prolongada e inconfundible, aromas de flores. Navegaban muy cerca, sin duda, de las floridas islas del mar de Icaria.

Partenis se animaba toda con el sutil regalo aéreo.

Mnesarco se sentó de nuevo, fatigado, sobre uno de los bultos que formaban el montón de su mercancía. Partenis se le acercó.

— Debes estar muerto de sueño — díjole cariñosamente.

— Ya es la última noche. Debía, durante el viaje, velar sobre nuestro equipaje. Es todo nuestro tesoro. No podemos fiarnos de la tripulación y menos de los pasajeros. Vienen muchos mercaderes y tú conoces bien a los fenicios... Las joyas están todas aquí — y señaló el cofre sobre el que se hallaba, antes, recostado —. Y el polvo de oro de la Cólquida, escaso en Samos con el cual crearé el primer taller de joyas a cincel, de especialidad

fenicia. Y las monedas. El marfil de África que obtuve en los almacenes de Tiro será precioso para los amuletos y los collares de moda. Esto sólo es una riqueza — dijo, señalando dos grandes cajas —. Con las piedras preciosas de la India que compré al mercader persa, tengo para levantar un templo. Y es mi mayor deseo —añadió con voz queda y enternecida, acercándose más a su esposa — que vivas en Samos como una reina...

— No aspiro a reinar más que en tu corazón y a cumplir lo mejor que pueda mi gran deber para con nuestro hijo.

Partenis reclinó la cabeza sobre el hombro robusto del esposo. Así permanecieron largo tiempo, sumidos en dulces meditaciones.

En el infinito, a la derecha de la embarcación, el horizonte empezaba a clarear. El misterio de la luz se anunciaba recatadamente sobre el gran mar en sombra.

Pronto, estremeció el aire una voz vibrante:

“¡Anaíd!, ¡Anaíd!”.

Era el frigio, el conductor nocturno, que daba a los remeros el grito ritual de la aurora naciente, la llamada sagrada a la Madre del mundo, la adjutora del día.

Entonces, de abajo o de dentro, como si la nave cobrara voz propia e íntima, llegó a los oídos de Mnesarco y de Partenis el coro de la matinal aleluya fenicia:

“Adiós, ¡Oh Baant!, noche primitiva;
ya Kolpia, el aire todopoderoso,
nos trae a Anaíd, la Madre del día...”.

La última frase, se afiló, aguda y lenta, para enlazar con la voz solitaria que lanzara la primera consigna al canto:

“...nos trae a Anaíd, la Madre del día...”.

“¡Anaíd!, ¡Anaíd!”. Repitió, cansinamente, el coro de los remeros.

Después, todo quedó de nuevo en silencio.

La luz crecía e iba iluminando lentamente al mundo. La nave surgía limpia, definida, del misterio de las sombras nocturnas. Las velas recobraban su color blanco amarillento que contrastaba, sobre el mar cada vez más azul rizado ahora en breves y menudas ondas.

De la entrada de la cabina de pasajeros, llegó al oído de Partenis un

tierno llanto conocido.

Se levantó presurosa, como movida por un resorte. Pero ya la esclava venía hacia ella llevando en brazos al pequeño Pitágoras.

Al ver éste a su madre cesó de llorar.

— Tiene hambre — dijo la fiel esclava de Sidón, ofreciendo a la madre el niño, que ya se abalanzaba en sus brazos.

Sonrió ella al cogerlo, sentóse con su dulce carga otra vez junto al marido, desabrochó el blanco seno y amamantó al pequeño, que sonreía ya, feliz, sobre el halda amorosa de su madre.

Mnesarco contemplaba en silencio la escena con la beatitud de un tierno y repetido rito.

¡Qué bello grupo formaban todos a la luz apacible de la pura aurora, entre el cielo y el mar!

Con el cabello rizado en dorados bucles, los grandes ojos de mirar profundo, cargados con la experiencia de siglos, fijos extrañamente en la faz materna, sorbía el pequeño Pitágoras con afán el seno colmado de la madre.

Terminado el dulce yantar, alzó en alto Partenis al hijo casi desnudo, rollizo y rosado como un amorcillo.

En aquel momento el sol brotaba, como una gran fruta, del mar. El niño clavó sus ojos en él y se abalanzó para cogerlo, los bracitos tendidos.

Rieron todos la ocurrencia del niño. Más Mnesarco miró a su hijo con actitud solemne.

— ¡Hermoso símbolo! — dijo con gravedad —. Desde antes de nacer, te consagramos al sol interno. ¡Séate éste mil veces propicio a lo largo de tu vida, hijo mío!

Como si entendiera al padre, el pequeño Pitágoras se quedó de pronto grave, y fijó en él sus ojos claros, de raro y profundo mirar.

Luego lo cogió de nuevo la esclava y para que durmiera, invocó, meciéndolo, a los *Taconinos*, los ángeles fenicios guardianes de los niños.

Y el día advino sereno y triunfal sobre el mar y sobre la tierra.

Comenzaba una jornada de promesa para los viajeros del “Simurg”.

— ¡Samos a la vista! — gritó un pasajero.

Mnesarco se levantó ágilmente y oteó el mar por la parte de proa.

Efectivamente, muy lejos, en el horizonte, se divisaba una larga manchita malva.

— ¡Samos!, ¡Samos! — repitió, dirigiéndose a su esposa, que conversaba con otras mujeres al otro extremo de la embarcación.

— ¡Samos! — repitió ella, con un hondo reposo en la voz. Y corrió a

contemplar la leve silueta de la patria lejana.

Se quedaron allí, bajo las alas del ave capitana, viendo cómo crecía y se acercaba lentamente la isla bienaventurada.

El sol ascendía por un cielo sin nubes. El agua tenía este intenso tono ultramar, levemente violado, del mar de Icaria en los días serenos.

Cuando el astro alcanzó las proximidades del cenit, la isla de Samos se ofrecía, llenando casi todo el horizonte, a los ojos de los navegantes del “Simurg”.

A la derecha, mirando a oriente, tendida a todo lo ancho de la bahía, la ciudad se dibujaba nítida, blanca, en forma semi-circular, como un anfiteatro de ensueño.

El inmenso promontorio del Troglio, rematado por su potente faro, resguardaba de los vientos el puerto de Samos.

Hacia él se encaminó la nave.

Dio el timonel la orden de replegar las velas. A un grito, los remos de estribor cayeron, fijos, rozando como alas el mar, dibujando en el agua estelas paralelas, mientras los de babor ganaban, rítmicos y activos, la gran curva de entrada, hacia el oriente, frente al acantilado.

Entonces, como si se descorriera un telón, apareció de golpe, allí mismo, la blanca ciudad de Samos, hermosa como la luna creciente. Detrás, el marco de verdura de una pequeña cordillera resguardaba a la ciudad de los vientos boreales.

A la derecha, en la cima de un pequeño acro, rodeado de cipreses, se alzaba el *Heraeum*, el famoso templo consagrado a Hera, la señora del Olimpo.

Un poco más allá y ya dentro de la ciudad, destacaban claramente sus siluetas de piedra o mármol, el senado, el teatro, el gran gimnasio. Más cerca del mar, rematando la ancha avenida del puerto, el ágora pública trenzaba sus pórticos recortados de sol sobre el área de los jardines.

¡Qué hermosa aparecía la urbe, abierta como un sueño, cincelada por el oro de la playa, sobre el azul intenso del mar!

Los pasajeros del “Simurg” se encaramaban todos sobre la barandilla que rozaba el muelle de arribo.

Una multitud abigarrada, multicolor e inquieta, se agolpaba, dando voces, frente a la nave fenicia. Entre ellos, se destacaban por su indumento y prestancia un anciano y dos mujeres. Estas, agitaban en dirección de Mnesarco y de Partenis sus chales de color.

Entonces, mientras los marineros atracaban a tierra el navío, Mnesarco

Josefina Maynadé – La Vida Serena de Pitágoras

tomó de brazos de la esclava al niño, lo abalanzó sobre la barandilla de a bordo y lo mantuvo así, en el aire.

Una voz de mujer sobresalió claramente sobre el griterío de la multitud:
— ¡Miradlo, parece el divino Eros!

II.- ADOLESCENCIA

**La Morada de Mnesarco — Diálogo con el Pedagogo —
Educación de Pitágoras — Mayor Ansia de Conocimiento —
La Confesión — Preparando el Viaje.**

La morada de Mnesarco se alzaba en la parte alta de la ciudad de Samos, junto a un montecillo poblado de pinos.

Era la prima tarde de un día insólitamente caluroso.

Mnesarco prolongaba la siesta en su triclinio, en el frescor del vestíbulo que daba al patio.

Partenis, activa siempre, cortaba las mejores flores del jardincillo que bordeaba las columnas del peristilo. Las colocó luego, pisando leve, para no despertar a su marido, sobre la mesa cercana a donde él descansaba, y se dirigió luego al centro del patio para menguar el chorro del surtidor, demasiado sonoro.

Acercósele un esclavo y le dijo, en voz baja:

— Está Hermodamas, el pedagogo.

Mnesarco lo oyó.

— Lo esperaba — dijo reclinándose sobre el codo derecho. — Que pase.

Al poco rato, hacía su aparición en el fresco vestíbulo, el maestro de Pitágoras.

— ¡Salud a vosotros, Mnesarco y Partenis! — dijo, mientras secaba con una punta del manto el sudor de la frente.

— ¡Salud a ti, Hermodamas! — le respondieron ambos esposos a la vez.

— Reclínate y descansa ante todo — añadió Mnesarco. — La ascensión a estas horas, con el calor, es agotadora. Y dirigiéndose a su mujer — ¡Partenis!. Sirve del ánfora más porosa de la cueva un vaso de fresca leche de almendras endulzada con miel, al amigo.

Salió ella, diligente, por la puertecita del extremo del patio, y volvió al instante con el ánfora húmeda y rojiza. Puso sobre la mesa dos vasos de cristal de Fenicia y los colmó con la blanca bebida.

Hermodamas miraba hacer a Partenis y contemplaba con admiración a la madre de su discípulo.

Parecía ella más alta con su larga túnica blanca que dejaba al descubierto los brazos y el amplio busto.

Tenía ahora Partenis la armoniosa opulencia de la insinuada madurez que confiere a ciertas mujeres bellas un empaque de diosas.

— ¿Está Pitágoras? — preguntó a Partenis el pedagogo.

— No, pero creo que no tardará en llegar — respondió ella.

— Puedes hablar libremente — añadió Mnesarco. — Tenía necesidad de oír tu opinión con referencia a nuestro hijo. Sinceramente, ¿Qué opinas de él?.

— Pues... lo que he opinado siempre. Que es un muchacho excepcionalmente dotado. Tanto, que he llegado a tenerle pánico — y el pedagogo rubricó la frase riendo jovialmente.

— ¿Pánico por qué? — intervino, no sin cierta inquietud, Partenis.

— Porque su inteligencia y su manera de actuar exceden ya mis posibilidades de mentor y de instructor. Sabe más que yo.

— Desde muy pequeño manifestó anhelos e inquietudes no comunes. Pero ahora, próximo a la hombría... — aquí interrumpióse Mnesarco y movió, bajándola, la cabeza. Sus facciones ablandadas parecían entonces las de un viejo. Unos bucles grises cayeron sobre su alta frente y permaneció un rato en esta meditabunda actitud.

— Sí, pronto será un hombre — comentó, más animado por la confirmación del padre, Hermodamas.

— No deja esto de inquietarme — añadió aquél.

Partenis guardaba silencio, contemplando el espléndido búcaro de flores que lucía en la mesa.

— Pitágoras es un muchacho mental y físicamente sano. Pero su ansia de saber es tan aguda y apasionada; su capacidad asimilativa tiene tales alcances, que no creo que hoy exista cabeza en Samos capaz de enseñarle y conducirlo...

— Tú eres el mejor pedagogo de la isla.

— Me considero sin aptitud para continuar siendo su maestro.

— Sin embargo, casi es un niño. No está en la edad en que las leyes griegas dan por terminada la educación de un noble joven — insistió anhelosamente, Mnesarco.

— Tiene la capacidad de razonamiento de un viejo. Parece como si poseyera el conocimiento asimilado de varias vidas...

— Así es — asintió el padre. Y al cabo de un rato, continuó. — Es extraño. Mi hijo, tan dúctil a la ternura, tan sensible para toda manifestación

de belleza y de armonía, posee por contraste un tesón y una voluntad tan enormes para la investigación de las leyes de la naturaleza, desde las más concretas a las más abstractas, que, a pesar del amor y la obediencia que siempre nos ha demostrado, temo que el mejor día...

— ¿Qué quieres decir? — inquirió, con ansiedad, Partenis.

— Que al mejor día decidirá determinar por sí mismo su destino.

— ¿Que se marchará?.

— Posiblemente — dijo, apretando los labios, con un hondo suspiro, el esposo.

— No puede ser, Mnesarco. Es demasiado joven...

— Por eso mismo quería hablar con Hermodamas. Me ha hecho, en el transcurso de estos últimos días, varias insinuaciones ya el muchacho. — Y luego de una pausa, dirigiéndose al pedagogo — ¿Qué opinas?.

— De mi parte opino — contestó éste — que debéis dejar esto a su albedrío. Es mayor de lo que parece. Tiene la sazón de un hombre maduro. Ya os dije, por lo que a mí respecta, que con vuestro hijo, como pedagogo, me considero fracasado. Demasiado a menudo, no sé qué contestar a sus preguntas sobre ética, sobre las leyes inescrutables de la física, sobre abstracciones matemáticas, sobre geometría... Algo parecido le ocurre a su maestro de música. Hace poco me contaba que, en la lección teórica colectiva, lo había puesto Pitágoras en un aprieto al preguntarle la relación del sistema cromático y de los cuartos de tono con el carácter psíquico de una melodía y sus posibles alcances en la transformación del individuo. Por otra parte, sé que le preocupan ciertos misterios del mito, ciertos simbolismos vedados del ritual religioso. Ha interrogado sobre ello distintas veces al nuevo sacerdote de Hera, el viejo tracio.

— A propósito, ¿Sabes si pertenece a la hermandad de los órficos? — le interrumpió Mnesarco.

— Creo que sí.

— Ahora me explico — siguió el padre de Pitágoras dirigiéndose a su esposa — por qué, de un tiempo a esta parte, desdeña comer la carne de los sacrificios y renuncia a las libaciones...

Partenis asintió con la cabeza.

— Si no fuera por nuestra antigua amistad — prosiguió Hermodamas — hace mucho tiempo que os hubiera rogado que retirarais a Pitágoras de mi clase.

— ¿Entonces? — osó preguntar, en tono en cierto modo desolado, Mnesarco —. ¿Qué hacemos con el muchacho?.

— Mandadlo a estudiar a la Escuela de Mileto.

Dijo esto el pedagogo en tono decidido, como si su mente hubiera concretado ya con anterioridad la frase.

— ¿A Mileto? — intervino, sorprendida del consejo, Partenis.

Los dos hombres guardaron silencio. Después de una embarazosa pausa, Hermodamas continuó, como para justificarse:

— Todas las tardes, desde que llegó a la isla Hierónimo, el orador milesio, he visto a vuestro hijo en el ágora, bajo el pórtico de Hermes donde se reúnen, a la caída de la tarde, los más cultos ciudadanos de Samos. Va a oír las elocuentes pláticas del discípulo del famoso Tales. Desde que Ferécides de Siros le inculcó la creencia en la transmigración de las almas, acude allí en busca de mayores confirmaciones. Toma parte en los debates como si fuera un hombre experimentado. Ayer tarde Pitágoras tomó la palabra y llevó la iniciativa, al lado de Ferécides, respecto de la vida en el más allá. Parecía que sentara cátedra. Todo el mundo estaba asombrado.

— Me ha hablado varias veces de su curiosidad por oír de los propios labios del sabio de Mileto la nueva y revolucionaria doctrina del macrocosmos y del microcosmos que define leyes que ha vedado siempre la religión.

Partenis dijo, como si hablara consigo misma:

— El mundo está lleno de peligros para un muchacho tan joven y hermoso como Pitágoras.

— Es verdad — confirmó Mnesarco.

— Respecto de esto — afirmó Hermodamas — tened ambos la seguridad de que sabrá guardarse.

— Sin embargo, debemos tratar de desviar de momento, hasta su mayoría de edad, estos prematuros arrebatos... — Y, cambiando súbitamente de tono, haciéndose más confidencial, agregó levantándose Mnesarco — ¿Y si intentáramos entre todos, despertarle el afán de la gloria en los juegos?. ¿Si lográramos estimularlo para que detentara la victoria en el Gimnasio con miras a la próxima selección que enviará la isla a Olimpia?. Es especialmente diestro en el salto y en el lanzamiento del disco. Sobresale también en la danza y es el más hermoso efebo de Samos.

— Pitágoras va más allá de todo esto — dijo con resolución el pedagogo —. Es un alma vieja. El hado ha perfilado sin duda de manera muy incisa la dirección de su vida. No hay que obstinarse demasiado en guiarle, creedme. Sabe muy bien a dónde va.

— Sin embargo, sabes que ama apasionadamente el juego — objetó todavía el padre.

— Conoce su utilidad en la formación del hombre integral, eso es todo.

— Podríamos... — insinuó tímidamente aún, Mnesarco.

— ¡Bien hallado en esta casa, Hermodamas! — gritó en aquel momento, desde el umbral del pórtico, una voz juvenil, de grato y sonoro timbre.

— ¡Pitágoras! — exclamó el padre, como reprochando al hijo, instintivamente, la inoportunidad de su presencia.

Pero la vista del hijo lo desarmó al instante y su rostro, momentos antes sombrío, se abrió con una ancha sonrisa iluminada.

Pitágoras avanzó resueltamente hacia el patio en cuyo piso marmóreo tejían las enredaderas del techo sus bordados de sombra y sol. Se dirigió a su madre, que había permanecido muda a su entrada, y la besó en la frente.

Partenis oprimió entonces, entre sus manos, a la altura de la suya, la faz del hijo y la sorbió toda en silencio con su anhelante mirada.

Era Pitágoras un mozo alto y esbelto. Su musculatura incipiente, tenía aún la morbidez un poco femenina del andrógino. Era su semblante expresivo y de proporciones perfectas, como la madre. Sus cabellos bronceados y en desorden caían sobre su alta frente meditativa. Sus hermosos ojos parecían más claros por la reverberación de las blancas baldosas soleadas.

Venía sofocado y sudoroso. Su piel tostada y encendida entonaba vistosamente con la gama cálida, de un rosa calcinado, de su corta túnica. Trenzaba las cintas de sus sandalias hasta media pantorrilla. Parecía, en aquel momento el joven dios de la vida exuberante.

Con una complaciente sonrisa, se abandonaba Pitágoras a la sobria efusión en manos de la madre.

— ¿Dónde estuviste? — díjole ella.

— En el gimnasio — contestó Pitágoras. Y, deshaciéndose de la dulce presión de los brazos maternos, dirigióse a Hermodamas. — A propósito, ¿Conoces la noticia?. Ecteón ha vuelto vencedor, en el pentatlo, de los juegos olímpicos.

— Precisamente — añadió, apresuradamente, Mnesarco — estábamos hablando de tu aptitud para detentar la victoria en la olimpiada próxima. Si te prepararas desde ahora con empeño...

Pitágoras guardó silencio. Hermodamas sonrió. La madre intervino, animando la embarazosa pausa:

— ¿Jugaste a la pelota?. Hoy es fiesta...

— No. Estuve con mis compañeros celebrando el triunfo de Ecteón en los jardines del Gimnasio. Nos contó las aventuras del viaje, el espectáculo

maravilloso de los juegos y certámenes.

— Me lo contarás con detenimiento otro día. Es tarde y hay un trecho considerable de aquí a mi casa.

Y diciendo eso, Hermodamas se despidió de la familia.

Después que salieron Mnesarco, Partenis y Pitágoras del refectorio interior otra vez al patio, el sol descendía tras el bosquecillo de pinos que coronaba el leve promontorio inmediato, propiedad también del rico mercader de Samos.

Cumpliendo, a su llegada de Fenicia, la promesa que hiciera al dios en gratitud por los altos pronósticos del oráculo, se alzaba en la cima del altozano un esbelto templete, imitación mínima del gran santuario de Delfos, consagrado a Apolo.

Pitágoras atravesó la puertecita trasera del patio que daba a una vasta huerta de frutales y paseó un rato bajo los árboles cargados. Soplaba, suavísimo, refrigerante, el céfiro de occidente. Oíanse a lo lejos los cantos cansinos de los trabajadores que regresaban de las faenas del campo. Cruzaban el encendido cielo los pájaros piando fuerte en busca de sus nidos.

De pronto, paróse Pitágoras y puso oído atento. Entre aquel cúmulo de rumores vespertinos, creyó percibir el levísimo sonido armonioso del arpa eólica que, construida por sus propias manos, se ofrecía oblicuamente en el bosque a la suave pulsación del viento.

Sonrió triunfalmente. Era el primer día que, desde su misma casa, oía las dulces melodías.

Corrió hacia sus padres, ilusionado como un niño, para comunicarles la nueva. Acudieron éstos. Y juntos, aguzando el oído, fueron ascendiendo lentamente en silencio por la ladera izquierda del bosquecillo.

El sol doraba aún, en la cima, la copa de los pinos más altos y el arquitrabe del templo.

Ahora llegaban, clara y distintamente a sus oídos, los acordes mágicos de la lira aérea. Parecía pulsada por invisibles dedos sabios, conocedores de melodías cósmicas vedadas a los mortales.

Se detuvieron. Los vagos acordes trémulos y suspirantes les llegaban como un don celeste. Escuchaban la música como si rezaran.

De pronto, Pitágoras interrumpió el silencio. Su oído educado percibió algo que le hizo fruncir el ceño. Dijo:

— Falta templar aún las cuerdas medias. Vamos.

Ascendieron, casi hasta la cumbre, donde se hallaba instalada el arpa sonora. Construida toda pacientemente por el mismo Pitágoras con el tronco

de un pino seco, propicio a las más dulces resonancias, se hallaba enclavada en el breve fuste de un fragmento de columna.

Templó a su sabor Pitágoras las cuerdas y afirmó la dirección adecuada del instrumento. Al poco rato sopló más fuerte la brisa vespertina. Llenábase el bosque de sombras. Sólo en el horizonte las últimas claridades del día ponían su abertura de luz dorada sobre el paisaje.

En medio de la honda quietud de la hora solemne, inició el arpa el tembloroso estremecimiento de sus más divinos acordes. Todo parecía traspasado de música. Diríase que imperaba allí la armonía como deidad única.

La presencia del augusto misterio sobrecogió por igual a los tres visitantes. Tenían la conciencia tácita de su inefable comunión con el espíritu armonioso del universo. Guardaron silencio, extrañamente emocionados, cara a las últimas lumbres del sol trasmontado.

Súbitamente, como si sintiera a flor de labios el imperativo de su destino, dijo Pitágoras:

— Padres, debo marcharme de Samos. No os interpongáis entre la voluntad del hado que me guía y mi vida. Dadme facilidades. La isla no puede ofrecer ya nada a mis ansias de conocimiento. Cuando la luna, ahora creciente, aparezca redonda en el firmamento, el orador milesio Hierocles embarcará otra vez rumbo a su patria. Permitidme, padres, que le acompañe. La Escuela de Mileto es hoy el más culto centro intelectual de toda la Jonia. Para oír la palabra de Tales, acuden allí gentes de todo el mundo. Cuando haya asimilado sus enseñanzas, partiré para Egipto.

Después de una breve y embarazosa pausa, habló tímidamente el padre:

— ¿Lo has pensado bien, hijo mío?.

Sentía sin embargo Mnesarco en aquel momento la fuerza del destino sobre su desarmada resistencia, y no dijo más.

— Sí, padre — contestó Pitágoras adivinando el estado interno de su progenitor.

Miró entonces Pitágoras a su madre. Recatadamente, para ocultar su emoción, bajó ella la vista velada, pero guardó silencio.

— Necesito, — siguió, animadamente, el muchacho — necesito que me ayudes, padre. Por tu amistad con Polícrates puedes conseguirme una recomendación para el faraón Amasis. El sumo sacerdote del Haraeum, que estuvo en Egipto, me ha prometido una misiva para los sacerdotes de Heliópolis. Sólo me falta ahora vuestra bendición...

— Todo lo tendrás, hijo — respondió con voz insegura, pero resignada,

Mnesarco.

Empezaba a cerrar la noche. Para romper el agobio sentimental del momento, descendió Pitágoras ágilmente por el declive del altozano, en derechura a su morada, y se perdió entre los pinares en sombra.

Lentamente le siguieron Partenis y Mnesarco.

Miró éste a su esposa, la serenidad recobrada. Enlazó los hombros de ella con su robusto brazo, y le dijo cálida y amorosamente:

— Su vida no nos pertenece. Recuerda. Nos fue dada en custodia para que la brindáramos, en su día, al mundo. ¡Que Apolo, el dios de la sabiduría y de la luz, guíe siempre sus pasos!.

III.- JUVENTUD

Naucratis — Cita en la Luna — Recuerdos — Aparición de la Madre — Resurgimiento Interno — A Heliópolis.

Cuando después de las grandes lluvias, las limosas aguas del Nilo vertían al mar su anchuroso caudal rojizo, Naucratis, la ciudad griega de Egipto, más ceñida a su suelo, más reducido el ámbito de sus vastos esteros de sequía, pero segura tras el soporte de su alto dique oriental, ofrecía un espectáculo único de belleza incomparable.

Pasada la época de las tormentas, la atmósfera aparecía seca, como barrida. El aire nítido bruñía y transparentaba, acercándola y haciéndola como translúcida, toda perspectiva. Y la ciudad surgía de la gran boca canópea del Delta, pulida como una joya.

Desde muy lejos, entonces, se precisaban, sobre un cielo violáceo de tan azul, los mínimos detalles de la ciudad.

La vida de Naucratis se centraba en su puerto. Sus vastos fondeaderos eran entonces más propicios a la navegación de aguas profundas. En sus dársenas se apretaban las naves multicolores procedentes de lejanos países. Y a lo largo del gran canal navegable de la desembocadura, se veían llegar, de allende el río, de tierras adentro, en tropel, multitud de menudas embarcaciones llevadas por la corriente del río, conducidas por un solo batelero de piel rojiza como el agua.

Esta pequeña flota llevaba a Naucratis, para su exportación, los productos, cada vez más solicitados, del país de los faraones. Las pieles, los troncos de los abundantes sicómoros, las maderas olorosas y el marfil de Nubia. Las turquesas, las plumas de avestruz, el papiro, los tejidos, los útiles manufacturados en el medio y en el bajo Egipto.

Era Naucratis la moderna y reciente colonia griega del Delta, dotada por las preeminentes ciudades jónicas e instituida gracias al beneplácito y generosidad de Amasis, el faraón. Mimaba él con especial predilección la próspera colonia griega enclavada en su suelo, porque el rey de Egipto llevaba en las venas, por línea materna, sangre griega.

Otórgo a la ciudad fueros propios y libróla de impuestos. Dio facilidad a toda índole de transacciones, y la miraba crecer y hermoarse no sólo con la

benignidad del padrinazgo, sino con el interés de la consanguinidad.

Desde comienzos de su largo y próspero reinado, las relaciones comerciales y culturales entre la Grecia metropolitana, las colonias y Egipto, beneficiaron inmensamente no sólo a ambos países, sino a todo el mundo civilizado tanto de oriente como de occidente.

Cada vez que la luna alcanzaba su pleno, ascendía Pitágoras, como si cumpliera un periódico y tácito ritual, las amplias gradas del Templo de Hermes, situado al este de la urbe, en su parte más alta, junto a la cortadura del dique.

Apoyado en la baranda que rodeaba el sacro recinto, cara al mar, esperaba, solo y en silencio, el advenimiento de la noche y la ascensión de la luna llena.

Era el tiempo convenido para el espiritual mensaje entre él y su madre. Era la noche cíclica que le debía a ella.

Antes de salir de Samos, juraron ambos unir sus pensamientos contemplando el astro nocturno. Nunca faltó a la cita.

Esta especie de periódico y perdurado idilio reconfortaba, en su soledad, el alma de Pitágoras.

Aquel día se anticipó a la celeste reunión. La noche no había cerrado aún. ¿Contribuía acaso a esta premura suya la proximidad de la primavera?.

Pitágoras sabía que siempre, los acontecimientos decisivos de su vida tenían lugar en aquel período del año. Vino al mundo en la primera luna de la estación florida. La misma le condujo a Samos, de niño. Ella le abrió más tarde las puertas de la culta Mileto y por fin lo condujo a Naucratis cuando, ya hombre y en posesión de todos los conocimientos asequibles en las islas de la Jonia, decidiera ir a Egipto en busca de la más honda sabiduría que guardaba.

Alto y recio, imponente y hermoso como un dios, flotante al viento marino su manto entreabierto, agitados los bucles de su cabello sobre la frente meditativa tostada por el sol africano, contemplaba Pitágoras la dilatada franja rosada que dibujaba, en la lejanía, la unión de las rojas aguas del Nilo con el azul del mar.

El río arrastraba aún, de las últimas inundaciones, diversos objetos por su caudal crecido. Casi rozando la recia pared del dique, pasaban, a la sazón, sobre una verde balsa de algas flotantes, unos blancos nenúfares desarraigados.

¿De dónde vendrían aquellas flores?. Pitágoras las miró pasar, candidas y lentas, con la mirada enternecida como se contemplan los cadáveres de los niños. Las siguió hasta que se perdieron en la penumbra de la lejanía.

Poco a poco se fueron cerrando todas las perspectivas. Cortinas de sombra verde, violada, azul, cubrieron por todos lados el mar y la tierra.

Muy lejos creyó divisar, un momento aún, hacia el norte, como un punto de luz incierta, la claridad de las flores sobre el mar.

Pensó Pitágoras que ellas, como su pensamiento, llevaban la dirección de la isla amada. ¿Llegarían a sus orillas?

Su viva imaginación de griego y de jonio entrevió entonces como si las flores llegaran a la playa de Samos, a los pies de su madre que también esperaba, como él, que emergiera en el firmamento la luna llena para depositar en el astro la confianza de su amor al hijo ausente.

Por fin cerró la noche y reina de un cielo cuajado de estrellas, apareció la redonda luna. Entonces pensó más intensamente en ella.

Aquella noche de primavera sentía la extraña e imperiosa necesidad de hacerle a través del astro en el que confluían sus amorosas miradas, la confesión completa de su larga ausencia. Esta vez le rendiría la noche entera.

¿Recibiría ella, velante en su isla, la confianza del hijo?

Pitágoras revivió, paso a paso, el pasado, desde que abandonara, adolescente aún, sus paternos lares.

Vióse, sereno en la despedida, junto al embarcadero de Samos, ardiente la mirada por la avidez de conocimiento. Vióse luego como absorbido por el vórtice razonador que era entonces la Escuela de Mileto. Rememoró las enseñanzas del viejo Tales, sus teorías sobre la evolución de la materia y las leyes del infinito, sus lecciones de física. Vio al lado del maestro al joven Anaximandro sustentar revolucionarias teorías sobre la constitución del cosmos, sobre la ciencia de la naturaleza humana y divina.

Vio la multitud de sus condiscípulos, atraídos al Instituto milesio para enriquecer sus conocimientos. En aquella interfusión de lenguas y de razas, vióse a sí mismo asimilar con voracidad, junto a los teoremas de la ingeniería práctica y las ciencias naturales, las normas de legislación y buen gobierno. Allí aprendió el estilo de la mejor dialéctica. Cultivó la oratoria y la sofística al uso. Adquirió todas las astucias de la controversia y todos los resortes del convencimiento. Aprendió lenguas. Perfeccionó técnicas.

En su larga estancia en Mileto, tuvo varias veces noticias de sus padres. Y él les enviaba con frecuencia las suyas.

Cuando ya Mileto no colmaba su capacidad de asimilación, el ansia de mayores conocimientos le decidió a seguir la línea trazada en su juventud. Decidió ir a Egipto.

Se vio entonces surcar el mar hondo y sin islas, y arribar un buen día a

la blanca meta de sus sueños: Naucratis.

Desde su llegada hasta entonces, se sucedieron largas sequías y estaciones lluviosas. Nada más supo de sus padres.

Merced a la recomendación de Polícrates, Pitágoras fue recibido en Naucratis como un destacado personaje.

Era aquél un momento interesante de la historia de la ciudad. El genio griego acaparaba y absorbía cada vez más el tráfico comercial a las otras urbes egipcias del Delta y sus proximidades. Al mismo tiempo, detentaba la primacía del intelecto en las ciencias y en las artes. Se multiplicaban los centros de enseñanza y los templos. Se enriquecían su biblioteca y su museo. Se departía acaloradamente en el gimnasio y en la plaza pública, en las mansiones privadas y en los jardines, en la biblioteca y en los templos, sobre toda índole de temas, desde la transacción comercial a la ética más pura. Desde el último producto manufacturado, hasta el más allá de la muerte.

Con la llegada de Pitágoras, la Escuela de Mileto tuvo en Naucratis mayor preeminencia y representación. Con sus conocimientos técnicos sugirió atrevidas obras de ingeniería y de embellecimiento de la ciudad. Aprendió pronto no sólo la lengua y la escritura egipcias, sino la arábrica y algunas del lejano oriente. Se entendía con los negros comerciantes nubios y con los transeúntes del desierto líbico. Merced a su conocimiento de los dialectos griegos, el jónico, el oelio, el aqueo y el dórico, amén del fenicio que aprendió de niño de boca de su nodriza sidonia, Pitágoras era el mejor y más solicitado intérprete de Naucratis.

A su puerto llegaban cada vez en mayor número, esbeltas naves de todas las latitudes, navegantes de lejanos periplos. La riqueza y el lujo crecían en la ciudad.

Aquel lugar floreciente, atrajo poco a poco del centro y sur de Egipto, la población más culta y poderosa. Muchos sacerdotes iban a ella para asimilar el espíritu moderno de los griegos y su civilización. Pero no dejaba por ello de inquietar a su casta poderosa el auge creciente de aquella colonia exótica en el viejo país tradicional de la sabiduría y de la fe. Varias veces hicieron llegar sus quejas al faraón.

Pero Amasis, de espíritu ágil y gran estadista, era el primero en considerar el beneficio de aquel injerto de civilización progresista en la vieja tierra de los reyes divinos y era tolerante con los griegos.

En el decurso de su confianza. Pitágoras se vanagloriaba inconscientemente, ante la madre, de su destacada aportación al crecimiento de Naucratis. El era allí el pedagogo más solicitado, el orador más brillante, el

intérprete y el traductor más consultado. Él organizaba los mejores espectáculos líricos de poesía, de danza y de música. Era el impulsor de los juegos, el animador de las controversias públicas y privadas...

Y, satisfecho, sonreía a la luna, la faz alzada a su radiante cenit.

Entonces tuvo un fugaz atisbo de clarividencia guiadora.

Encuadrada por el marco de plata del astro nocturno, vio aparecer un instante el busto de su madre.

Su hermosa faz ya levemente ajada, ornada de cabellos grises, inclinóse hacia él bajo el manto oscuro que la cubría, y le dijo, sonriente: “¿Lograste la sabiduría que viniste a buscar aquí, hijo mío?”.

La visión desapareció. Pero su significado prendió inmediatamente en el alma expectante de Pitágoras.

Cerró los ojos, la cabeza levantada aún, y meditó largamente así sobre las tiernas palabras de la aparición.

Y díjose a sí mismo: “En efecto, ¿Qué viniste a buscar a Egipto, la fama o la sabiduría?”.

Su alma vio claro el imperativo de su misión. Entonces, tuvo un lapso de hondo enternecimiento. Todo lo que había logrado a la faz del mundo, todo lo que era su varonil hermosura, su destacada personalidad, su brillante prestigio, desaparecieron, se borraron de golpe, como absorbidos por su evocado ideal interno.

Se sintió indefenso como un niño, humilde ante la inmensidad del destino que lo reclamaba, solo en la nueva noche abierta ante su alma...

En voz baja, clamante y temblorosa, dijo a la luna, como justificándose:

“Madre mía: Yo intenté varias veces, desde mi llegada, ser admitido en el seno de los Misterios. Me fue denegado siempre. Los sacerdotes no me abrieron las puertas de sus santuarios. Ayúdame tú, ahora, a requerir la dádiva de su sabiduría...”.

Oyó Pitágoras sus propias palabras como si vinieran de muy lejos, del fondo insondable de sí mismo. Como si se abrieran como flores a la luz confidente de la noche.

Entonces le invadió una gran paz. Una paz inmensa que borró de su ego hasta el último contorno de su pasada personalidad.

Respiró hondamente y por un instante, tuvo la conciencia de su identificación con el universo.

Después, como si despertara, puso en tensión todos sus miembros ateridos por el frescor de la noche y la larga inmovilidad. Anduvo a grandes pasos rodeando la linde del sagrado recinto solitario.

Cuando descendía las amplias gradas del Hermeión, empezaba a clarear el cielo de oriente.



Desde entonces, fiel a una íntima promesa, Pitágoras se fue retrayendo de la vida pública.

Paulatinamente se confinaba. Pasaba la mayor parte del día en la biblioteca, en su morada o en el templo. Renunció a cargos y a honores. Y se consagró al estudio de los libros sagrados y a la meditación.

Hallándose un día enfrascado en sus pensamientos, le transmitieron el aviso que un emisario del faraón deseaba verlo.

Lo recibió con una gran serenidad, como si lo esperara. Le entregó una misiva de Amasis. Abrió el sellado rollo de papiro, y leyó:

“Por fin me ha sido comunicado que el gran hierofante accede a admitirte como novicio en la escuela sacerdotal de Heliópolis. Emprende el viaje”.

Atendiendo la orden, salió Pitágoras de Naucratis el mismo día.

Cuando llegó a la Ciudad del Sol, famosa en todo el mundo por la sabiduría de su cuerpo sacerdotal, fue conducido en seguida por una amplia avenida de esfinges, a presencia de Eunufis, el sumo sacerdote, un anciano de alba veste talar, barba lacia y obscura tez de pómulos salientes.

Al hallarse ante su presencia, Pitágoras hizo ademán humilde de postrarse. Pero el hierofante le detuvo, poniendo ambas manos en sus hombros. Entonces, acercándose más a él, le miró fijamente el centro de ambos ojos. Y con voz lenta y grave, le dijo:

— Te hallas en disposición de ser admitido. Teníamos puestos los ojos en ti desde tu llegada a la vieja tierra de Osiris. Prepárate, sin embargo. Te esperan largas y durísimas pruebas. Si triunfas, te será concedida la suprema investidura de Iniciado e ingresarás en la fraternidad de los Hijos del Sol.

IV.- MADUREZ

Llegada a Babilonia — Hacia el Templo — Ritual de las Danzas Cíclicas — La Recepción — La Morada de Baal — El Santuario Astronómico — “Tuya Será Nuestra Sabiduría...”.

De las calles adyacentes a la arteria principal de la inmensa urbe babilónica, acudía en tropel una enorme multitud que avanzaba, apiñada, por la ancha avenida bordeada de arcadas que flanqueaba el río.

Aquella prisa obedecía a las repetidas llamadas sonoras de los grandes discos metálicos heridos por las mazas de los sacerdotes y que se hallaban suspendidos en la terraza más alta del templo de Baal.

Entre aquella multitud apresurada, llamaba la atención por su andar reposado y por su sobresaliente estatura, un hombre maduro de majestuoso porte. Una larga capa de color cobrizo pendía de sus anchos hombros a todo lo largo de su figura. Su diestra sostenía un alto cayado de peregrino. Los bucles de sus cabellos en desorden se teñían de plata en los bordes de las sienes y se unían a la corta barba rizada formando marco a su faz serena, de varonil hermosura.

Contemplaba a la sazón, lleno de curiosidad, aquella multitud creciente que se adelantaba a su paso y que parecía arrastrada por una fuerza cósmica como el caudal de un río después de las tormentas.

Insensiblemente, como rezagado a la orilla por aquella ingente corriente humana, se encontró a un lado de la ancha vía, bajo las arcadas que remataban el muro del gran canal del Eufrates.

Se detuvo entonces el peregrino y se asomó al río profundo y murmurante. Y pensó en el imperativo común de la ley que arrastraba del mismo modo aquellas aguas y la multitud hacia la búsqueda de un objetivo común: el templo o el mar, símbolos de la inmensidad. Pero en tanto que las aguas descendían buscando el líquido nivel igualitario y cósmico, la gran corriente humana seguía inconscientemente la gravitación contraria: el ascenso, la ley perenne de la evolución en cuya altura se halla la morada última donde espera la propia divinidad.

Siguió luego sin apresuramiento la dirección de la riada humana.

Su hábito de viajero, su gran capacidad de observador, de catador de

escenas y de paisajes, le hacía detenerse de vez en cuando a contemplar las ponderadas y suntuosas bellezas de Babilonia.

Atravesó el gran puente de piedra sobre el río, prosiguiendo la dirección del gentío.

El puente daba acceso, en derechura, a un gran paseo ascendente a cuyo extremo se erguía la maravilla del templo de Baal, la suprema deidad de los caldeos.

A un lado y a otro de la amplia vía aparecían los principales edificios públicos y privados y muy cerca del templo, el palacio real.

Se hallaba éste ornado por uno de los más bellos jardines colgantes cuya nombradía hiciera famosa a Babilonia. Lo que fuera un tiempo iniciativa y capricho de su reina Semíramis, había cundido especialmente en aquella parte principal de la aristocrática ciudad.

Gustaba el viajero de contemplar aquellas originales maravillas. Constituían una nota de color deslumbradora aquellas inmensas terrazas superpuestas de ladrillo rojo bordeadas de flores y de las que pendían verdaderas cortinas volantes de finas enredaderas.

Cuando más abstraído se hallaba en su contemplación, oyó a su lado una voz que le decía en pura lengua ática:

— Es un espectáculo único, ¿No es cierto?. Apostaría a que eres griego. ¿Me equivoco?.

El extranjero se volvió al que así le interpelaba. Era un hombre de mediana estatura e indefinida edad, más bien viejo, de cara rasurada y cabeza completamente calva, pero de cuerpo aun erguido y vigoroso. Su boca desdentada sonreía a la sazón y sus ojillos redondos y vivarachos se fijaban en la mirada clara, ancha y magnética del peregrino.

— Efectivamente — contestó éste por fin, con voz grave y templada. — Soy de Samos.

— Sin embargo, este indumento...

— Acabo de llegar a Babilonia del lejano oriente. Visité la India.

— ¡Por Dionisos!. ¡Excelente viajero!. En cuanto te distinguí entre la multitud, me ladeé también para seguir tus pasos. Tenía el convencimiento de que éramos compatriotas. Yo soy megarense, avecindado desde mi juventud en Atenas. Soy senador vitalicio. Me llamo Hidamas. He venido a Babilonia como consejero del enviado diplomático. Estuve aquí en otra ocasión, hace muchos años. Conozco bien la ciudad. Si me necesitas como guía...

Agradó al forastero la llaneza y verborrea del anciano. Sonrió a su vez y díjole un tanto irónicamente:

— En verdad, no puedes negar el injerto de ateniense. Estimo el ofrecimiento. Yo soy Pitágoras, hijo de Mnesarco.

— ¿Vas acaso al templo?. Hoy hay solemnidad. Los magos han anunciado para esta hora la entrada del sol en el solsticio de verano.

— No sabía. Pero iba precisamente al templo. Llevo una recomendación para el maestro de coros. Fue discípulo mío de música y danza en Naucratis, hace ya muchos años. Después, la gran emigración de Egipto, motivada por la invasión de las tropas de Cambises nos juntó de nuevo en un pequeño puerto de Fenicia. Seguimos entonces dos rutas distintas. El volvió a su patria, Babilonia. Yo emprendí mi proyectado viaje a oriente.

Ascendían ambos con lentitud y seguían conversando como si fueran antiguos conocidos.

Pitágoras parábase a trechos para contemplar el espectáculo de aquellos pródigos vergeles encaramados en las terrazas de tantos edificios.

— Acertaste en llegar en estas fechas — dijo el anciano. Y señalando una de aquellas espléndidas floraciones. — Dentro de poco, el sol ardiente las abrasará. El calor de la canícula es insoportable en Babilonia.

Llegados al extremo de la gran avenida, contempló Pitágoras ya cerca la mole inmensa, triangular y escalonada, del templo de Baal.

Este edificio sobresaliente y único, no ostentaba en sus fachadas el color uniforme y rojizo de ladrillo cocido al sol, de todas las demás edificaciones de Babilonia. Por el contrario, cada planta de la inmensa fábrica, en número de siete, ostentaba un brillante color distinto y remataba su más alto y reducido piso una gran cúpula de oro bruñido.

Atravesaron la plaza principal y se hallaron ante una fachada de estrías verticales de estuco verdoso. Dos grandes leones de diorita, alados y con cabeza humana, guardaban el ancho portal.

La gente se apiñaba a la entrada del templo.

Los dos griegos se sumaron a aquella abigarrada multitud y lentamente, fueron impulsados hacia el interior a través del corto pasillo de los anchos muros.

Se encontraban en una amplia nave, bañada por una luz cenital verdosa que se derramaba a través de una gran cúpula incrustada de transparentes jaspes. El gran cuadrilátero de la sala sostenida por columnas, quedaba en una dulce y misteriosa penumbra. Cubrían los muros infinidad de tapices bordados con símbolos e imágenes mitad hombres y mitad animales.

La multitud se apretaba, de pie, en los ángulos y a todo lo largo de los recios muros. El silencio era general. Acababa de comenzar el oficio.

Merced a su destacada estatura, pudo observar Pitágoras todos los detalles del ritual caldeo.

En torno a una pira central alimentada con maderas aromáticas, se alineaban cinco sacerdotes tocados con altos birretes cupulares de metal. Llevaba cada uno una túnica de color distinto con vistosos emblemas a franjas transversales de alamares y pedrerías que rutilaban al reflejo de la llama central.

Formando un ancho círculo alrededor de ellos, se iban situando seis sacerdotes y seis sacerdotisas, alternadamente. Iban éstos por igual con la cabeza destocada, ceñida sólo por una corona cincelada con distintos signos y cubiertos por una túnica de grueso tejido gris salpicado de estrellas de plata. Rodeaba su cuello, sobrepasando los hombros, un ancho pectoral metálico labrado con extraños símbolos. Cada uno de estos doce sacerdotes ostentaba en la diestra una enseña de forma diferente.

Cada uno de los que formaban el círculo externo ocupó su lugar en torno a una gran rueda dibujada en el suelo por losas amarillas. De la circunferencia partían radios, triángulos y cuadrados superpuestos de distinto color.

Una vez situados, permanecieron los oficiantes inmóviles.

Al cabo de un rato, vio Pitágoras abrirse dos largos tapices del fondo del recinto y aparecer, revestido con toda la pompa de las enseñas del ritual caldeo, el gran pontífice, el sumo sacerdote que encarnaba el cuerpo de Baal. Detrás de él apareció una joven sacerdotisa cubierta de blanca veste talar, la rubia cabellera suelta, sujeta por una brillante diadema en forma de media luna. Con las dos manos tendidas sostenía una redonda pátera de metal plateado con perfumes sagrados.

Siguió a la aparición un gran estremecimiento de la multitud. Pitágoras percibió, como un impacto, la corriente psíquica, mezcla de temor y de reverencia, que estremecía a los asistentes.

El gran mago fue en derechura hacia el centro de la sala. Aproximóse a la pira llameante que iluminó su grave rostro y tomando con la mano izquierda una porción del polvo de la pátera de la sacerdotisa, espolvoreó el fuego. Una gran llama se alzó, majestuosa, en medio de una fina niebla perfumada que se fue dispersando en el ambiente.

En voz baja pronunció entonces el gran sacerdote unas palabras de poder. Era la invocación primera al espíritu del sol, el ordenador oculto de la ceremonia.

La multitud rezaba y las ondas de su murmullo llegaban a los oídos de

Pitágoras como el rumor de una inmensa fronda.

De pronto, estremeció todo el ámbito interior del templo una intensa señal sonora. Era un golpe seco, rotundo, pero que tenía la virtud, al vibrar y prolongarse, de dividir su eco en múltiples y suaves resonancias que producían al oído una sensación insólita.

En voz muy baja, dijo a Pitágoras, acercándosele, el megarense:

— Es el instante preciso del solsticio.

Entonces vio cómo el gran mago tendía su diestra que sujetaba el mango de un pequeño tirso de pomo redondo y dorado, y tocaba con él la avivada llama. Luego, solemnemente, sin moverse del lugar central, fuese volviendo en todas las direcciones haciendo ademán de asperjar a los sacerdotes y a la multitud congregada, dando al aire repetidos golpes en torno con su tirso.

Luego, él y la sacerdotisa ocuparon un lugar entre los cinco sacerdotes que formaban la cadena del primer círculo en torno al fuego.

Transcurrieron unos momentos de riguroso silencio. Al poco rato se inició una música de acordes prolongados, como si procediera de diferentes tubos de cristal. Aquellos extraños sonidos tenían la virtud de vibrar de tan peculiar manera que a cada oyente le parecían emitidos a su vera y como brotados del aire mismo que lo rodeaba. Era imposible localizar su procedencia. Diríase que producía aquellas armonías un poder sobrenatural.

Pitágoras cerró los ojos beatíficamente, como para asimilar mejor el mensaje de los espíritus que transmiten la música.

Cuando los volvió a abrir, vio al sumo sacerdote que, salido del círculo interno, se dirigía a la periferia de la gran circunferencia, hacia una de las sacerdotisas de hábito gris tachonado de estrellas.

Se paró junto a ella y con la bola de un tirso golpeó suavemente la enseña de metal que sostenía ella en su diestra y que simbolizaba un cangrejo. Luego golpeó del mismo modo el pectoral plateado que ostentaba la enseña del mismo animal.

A aquella señal, representativa de la entrada del sol en el signo solsticial de Cáncer, el gran círculo constituido por doce sacerdotes de ambos sexos se puso en movimiento, siguiendo la franja amarilla del suelo.

El gran mago, con su rubia barba rizada y su veste bordada de oro permaneció un momento ante la sacerdotisa y pronunció unas palabras lentas, como un canto. Era la melopea de invocación al espíritu de la estación que se iniciaba, implorando sus beneficios.

Después, solemnemente, dio unos pasos y se dirigió hacia la encendida

pira.

Los sacerdotes del círculo interior fueron irrumpiendo entonces, por orden, en el espacio circular y, obedientes a la órbita prefijada por el planeta que cada cual representaba, y al compás de su música propia, que ellos clasificaban dentro de la gran armonía que llenaba el espacio, iniciaron una bellísima y complicada coreografía. Era aquélla una de las más bellas y famosas danzas cíclicas del ritual astrológico caldeo.

Evolucionando dentro del círculo zodiacal, cada sacerdote-estrella fingía un curso y un movimiento distinto dentro de la trayectoria del año sideral. Giraban y se movían armoniosamente. De vez en cuando uno se estacionaba, daba unos pasos atrás, y reemprendía la marcha con un ritmo plástico y musical admirable.

Cuando, en el decurso de aquella sagrada danza, rozábanse los sacerdotes, chocaban sus emblemas y fundían con el sonido el mutuo magnetismo.

Entre todos aquellos hermosos sacerdotes danzantes, destacaba la agilidad y la gracia de la rubia sacerdotisa, encarnación de la blanca Istar, la luna venerada, la esposa del sol.

Era siempre aquella sacerdotisa una magnífica danzarina. Poseía un largo entrenamiento artístico-religioso y se entregaba en cuerpo y alma a su bella liturgia. Trenzaba en el aire los más encantadores movimientos de brazos y piernas y era un gozo para los espectadores seguirla y verla evolucionar en medio de la lenta danza conjunta. Giraba velozmente, contando el número de sus rotaciones, medía sus saltos y trenzaba en el aire las más graciosas posturas.

Cuando los sacerdotes del círculo externo retornaban a sus iniciales lugares, la danza cíclica había terminado.

Para los profanos en los misterios, era aquella ceremonia un espectáculo indescifrable. Pero gozaban de su belleza. Les penetraba el mensaje de la armonía y se beneficiaban de su magia. Terminado el ritual, sentían saturado su espíritu de la grandiosidad y magnificencia de los misterios del infinito.

Después de la danza cíclica, mientras se extinguía la llama de la pira, comenzaba la plática final del gran mago pontífice. Entonces exhortaba a la virtud distintiva del acontecimiento sideral que se celebraba, a sus prácticas religiosas e higiénicas. Finalmente invocaba sobre la multitud el influjo de los espíritus planetarios y daba a los circunstantes su bendición solar.

La multitud fue abandonando, poco a poco, el templo. Pitágoras se despidió de su amable acompañante y aguardó a que todo el público saliera,

arrimado a un ángulo de la sala.

Cuando el recinto quedó vacío, se encaminó hacia uno de los ayudantes del templo en el momento en que se disponían a cerrar su gran portal y le rogó que le condujera a presencia del maestro de coros.

El joven lo miró detenidamente. Seducido por la majestad y el imperio que emanaba del extranjero, le hizo seña de que lo siguiera.

Franquearon la puerta del fondo de la gran nave, atravesaron dos cámaras sucesivas donde se guardaban los objetos del culto y penetraron en una sala con bancos de madera adosados en la pared. El ayudante de ceremonias rogó a Pitágoras que esperara allí y él desapareció por una puerta contigua.

Pasó un buen rato cuando aquella puerta se abrió de nuevo apareciendo en el umbral un hombre bajo, nervudo y vigoroso, de carne dura y ceñida, de salientes músculos. Llevaba la ropa talar a franjas transversales con símbolos bordados, propia de los sacerdotes caldeos.

Miró un rato con seriedad a Pitágoras. Al reconocer a su antiguo maestro, que se levantaba y avanzaba hacia él en aquel momento con los brazos tendidos, su semblante cambió de expresión. Una franca sonrisa lo iluminó y dio un paso hacia el visitante griego. Los dos hombres se abrazaron.

Cruzaron unas palabras en perfecto dialecto jónico. Pitágoras pedía ser presentado al colegio sacerdotal.

El maestro de coros frunció el ceño. Luego mirándolo otra vez reflexionó un rato. Por fin le dijo, decidido:

— Acompáñame.

Anduvieron juntos a través de oscuros pasadizos. Atravesaron un patio y se hallaron frente a una dependencia anexa al cuerpo principal del edificio.

— Aquí mora la comunidad de ancianos que regenta el templo. Aguarda un rato.

Mientras esperaba, contempló Pitágoras detenidamente las imágenes en bajorrelieve policromado grabadas en los zócalos de ladrillo del patio.

Representaban una procesión de hombres y mujeres con vestiduras litúrgicas llevando los objetos de ritual. Y se entretuvo en establecer las concomitancias de aquellas representaciones y de aquellos instrumentos culturales con los egipcios y los hindúes, cuyo simbolismo le era familiar.

El maestro de coros, entrando otra vez, lo sacó de sus introversiones. Le invitó a que lo siguiera.

Pronto se encontraron ambos en presencia de un grupo de ancianos magos sentados en sendos siales en torno a una mesa de cedro, con

incrustaciones de metal. Pitágoras se quedó suspenso, de pie ante ellos. ¡Cuan venerables le parecieron todos!. Sus vestes blancas, sujetas por cinturones de discos dorados, se confundían con sus cabellos y sus barbas sedosas.

Todos los ancianos volvieron la vista hacia el intruso y lo examinaron en silencio.

— Acércate, extranjero. ¿Qué quieres de nosotros? — preguntó a Pitágoras, levantándose de su sitial, el anciano de mayor prestancia, el Hierofante Zar-Aadas.

— Vengo en busca de sabiduría — contestó humildemente Pitágoras. — Anhele conocer los misterios del ritual caldeo. Sólo a eso vine a Babilonia.

— ¿Qué merecimientos aduces para lograr tan alto don? — inquirió el mismo anciano clavando con más penetración en él la magnética mirada.

— Toda una vida de ansiosa búsqueda — respondió decidido, aquél. Y prosiguió — Nací y me eduqué en Grecia. Pasé a Mileto y a Egipto. Estudié en los colegios sacerdotales de Heliópolis, de Menfis y de Dióspolis. Visité la antigua India. A orillas del sagrado Ganges, oí la palabra del iluminado príncipe Sidharta, llamado el Buda. Atravesé el Nepal. Navegué por el Indus y conocí los misterios de la tradición brahmánica. Anduve luego por toda la Persia y aprendí a venerar el puro fuego bajo la forma divina de Ormuz. De allí vine peregrinando a Babilonia para conocer el secreto ritual de los astros...

Los ancianos sacerdotes escuchaban atentamente el breve relato de Pitágoras y lo contemplaban con creciente interés.

Zar-Aadas, el venerable anciano que le dirigiera la palabra insistió, después de un momento de reflexión:

— ¿Puedes justificar ante todos nosotros el fruto real de lo conseguido en tus peregrinaciones?.

Entonces Pitágoras, sin decir palabra, serena y decididamente, dejó caer con un leve movimiento de los hombros la capa que lo cubría, abrióse la túnica con ambas manos, y mostró, colgada sobre su ancho pecho desnudo, la cruz ansata de oro, la enseña de los iniciados egipcios.

Al verla, todos los ancianos sacerdotes se levantaron de su sitial y se acercaron a Pitágoras inclinándose ante él reverentemente.

Y el más noble de los ancianos le dijo con voz solemne:

— Hermano, ningún secreto del rito te puede estar vedado. En adelante, este templo será tu morada. Contigo compartiremos el pan, el estudio, el recreo y el trabajo. Tuya será nuestra sabiduría.



En la madrugada del día siguiente, después de tomar su ablución purificadora, Pitágoras meditaba en la celda apacible que le había sido designada en la comunidad de sacerdotes del templo de Baal.

Alguien llamó suavemente a su puerta. Abrió. Ante él se hallaba su antiguo discípulo y amigo.

— Tengo orden de los ancianos — díjole — de hacerte los honores de la mansión del dios. ¿Quieres seguirme?.

Pitágoras se dispuso, de buena gana, al matinal recorrido. Y siguió complacido a su guía por las distintas dependencias del templo.

Atravesaron el patio, ya conocido de Pitágoras, los corredores y estancias de la víspera y llegaron a la amplia sala de ceremoniales, toda bañada de suave luz verdosa.

— Esta gran nave abarca toda la planta baja del edificio. Es, como si dijéramos, el lugar de concreción, de cristalización de la doctrina secreta de la religión caldea. Por ello, hablando en vuestra lengua y según la clasificación griega, se halla bajo la advocación de Cronos, el planeta Saturno. Sin él, ninguna ceremonia sería posible. Es el gran realizador. Este planeta da el tono musical medio de la escala septenaria y el color correspondiente a la tierra, el mundo de realización, también para nosotros, los encarnados. La música que oíste ayer y que emanaba de siete tubos medidos según el número de cada entidad planetaria, estaba acordada al diapasón de este planeta. La magia del sonido es una de las grandes palancas para el levantamiento espiritual de las almas y es aquí adecuadamente empleada. En cuanto al color verde que aquí predomina consagrado al mismo planeta, tiene concomitancias con el tono cromático de nuestra tierra contemplada a distancia, desde el espacio.

Después, Pitágoras y su acompañante ascendieron por una oscura escalera interior, al piso inmediato.

En el edificio enorme de siete cuerpos superpuestos y escalonados que era el templo de Baal, aquel estadio que se hallaba al ascender, representaba el segundo peldaño de la séptuple gigantesca escala.

Una gran terraza rodeaba el muro cuadrangular, esculpido de metopas con bajo-relieves entre verticales estrías de ladrillo cubierto de estuco rojo. Los corredores y salas interiores se hallaban también decorados y tapizados a base del mismo color.

Estos son los dominios de vuestro Ares, el planeta Marte que preside las guerras, las luchas, las conquistas, los esfuerzos, los impulsos, los deseos. Aquí tienen lugar las pruebas de carácter marciano a que se somete al neófito, aspirante a nuestros misterios. Algún día comprobarás el mecanismo interno y externo de tales pruebas adaptadas a esta raza y a su misión. Si el piso inferior representa lo denso, lo material, éste simboliza el mundo emocional o astral.

De allí ascendieron juntos al piso inmediato superior, cuya área era proporcionalmente más reducida por el perímetro circundante de la segunda terraza que lo rodeaba.

El tono dominante era el amarillo. A la luz matinal, las paredes, de revestimiento cerámico, ofrecían una grata y alegre reverberación a la vista. El interior era extraordinariamente luminoso. Los claros muebles de madera de limonero y olivo se hallaban incrustados de metal dorado y de piedras semejantes al ámbar y al topacio. Había, a lo largo de la habitación central, unas largas mesas rodeadas de sillares. Las paredes se hallaban cubiertas de altos armarios a la sazón cerrados.

— Este tercer estadio — comenzó el guía de Pitágoras — se halla consagrado a Hermes, el planeta Mercurio, el que rige los dominios de lo mental. Este departamento se halla destinado a biblioteca y sala de lectura. Todo cuanto se refiere al estudio y la investigación, a la enseñanza oral y al desarrollo del intelecto de los neófitos, se centraliza aquí. En estos profusos armarios, llenos de estanterías hallarás, si te interesa consultarlos, los famosos “Oráculos Caldeos”, la auténtica tradición cosmogónica; el “Libro de los Números”, mentor de todo nuestro ritual astrolátrico y la suprema teofanía de los genios planetarios según las siete claves de comprensión... Además, podrás releer si lo deseas, en el decurso de tu estancia entre nosotros, en lengua caldaica, los cuarenta y dos libros de Toth-Hermes, la profunda liturgia egipcia, la herencia de los viejos atlantes. En estas estanterías se hallan los libros sagrados de todas las religiones antiguas y modernas.

A invitación del maestro de coros, subieron ambos el siguiente tramo de la escalera central.

Se hallaban ahora en el piso azul.

— Este departamento se halla bajo la advocación de vuestro Zeus menor, el espíritu planetario de Júpiter. El influjo de este lugar opera sobre lo intuitivo o mente superior del individuo. Es también el estadio del amor en su sentido religioso, de la simpatía, de la fraternidad. Desde aquí operan los sacerdotes sanadores, en las horas propicias, sus curas mentales. Aquí tienen lugar las comunicaciones telepáticas a distancia.

Es también lugar consagrado a lo devocional, a la contemplación interior para el que así lo prefiera. Aquí halla el adepto su dimensión verdadera, su extensión en sus semejantes, la unión con el todo.

El piso inmediato superior, la quinta estancia en elevación, era de color índigo.

Desde la terraza, a primeras horas de aquella mañana fresca y pura, tenían las paredes el mismo color del cielo.

— Esta es la mansión del arte y de la belleza consagrada a Afrodita, vuestra personificación del planeta Venus — dijo el maestro de coros. Y sonriendo, añadió con visible satisfacción. — Son mis dominios. Aquí ensayamos las danzas, los corales, la poesía, el canto y la música vinculadas a los rituales de la planta inferior. En mi especialización, mucho debo a tus antiguas lecciones. Tu recuerdo, tus consejos de entonces han acudido a mi mente muchas veces. Tu presencia aquí, tu colaboración, puede sernos muy útil. Tu condición de griego te hace especialmente sensible al mensaje de lo bello y de lo armónico.

Constituía el piso una sola aula espaciosa, tapizada con el mismo delicado tono azul índigo sobre fondo blanco, representando alegorías de ángeles músicos y de genios que volaban y danzaban. Aquello parecía un cielo. Una gran alfombra cuyo dibujo era una vasta circunferencia dividida también en doce radios con un círculo interior central, llenaba todo el suelo del salón. Arrimados a la pared había varios instrumentos músicos: arpas, tiorbas, sistros, címbalos, trompetas, tamboriles, campanillas y trógonos diversos, así como discos sonoros de varios metales y medidas.

Ascendieron otro tramo de la interior escalera.

Se hallaban ahora en la penúltima estancia, la más reducida de las seis plantas cuadrangulares.

Era toda blanca, con un leve matiz violado.

— Es la mansión de Artemisa, la Luna, nuestra diosa Istar, la mujer sagrada vestida de luz, la madre del mundo, la esposa de Baal. Aquí se descubre al neófito una punta de los siete velos que cubren el cuerpo de la sabiduría. Aquí se enseña a desprenderse de la envoltura física a voluntad. Aquí se estudia el mecanismo de los sueños. En estas estancias se efectúa el tránsito del plano material a los mundos invisibles. Istar es la mediadora. Ella mantiene con su saber el lazo plateado que une el cuerpo con el alma. Se practican también los rituales metapsíquicos, las metamorfosis en la transparente materia estelar, luminosa y blanca que ella preside. El cuerpo en que actúan los iniciados es la barca en que ella navega. Este es, en suma, el

laboratorio de los mundos sutiles.

Subieron el último tramo de la escalera.

Desde aquella elevada terraza, la más estrecha de todas, oteábase en derredor la lejanía como a vista de pájaro.

Cerrando la dilatada perspectiva por oriente, divisábase, más allá de las verdes riberas del Tigris, la inmensa codillera lejana del Kurdistán. Por el otro lado, el aire transparente y fluido dilatada hasta el infinito la llanura desértica de Arabia. En torno, rodeada por su fuerte y famosa muralla, la inmensa ciudad de Babilonia.

A la plena luz del sol, las infinitas edificaciones de ladrillo daban a la urbe, desde aquella altura, una uniformidad rosada, como si tuviera naturaleza de flor. El río Eufrates, ceñido por el canal que partía la ciudad, dibujaba su contorno obscuro, viril, y rumoroso.

Más allá del enorme cinturón amurallado de la ciudad, el río, más claro y luminoso, se ensanchaba libre, entre prados verdes.

A la altura de los dos hombres no había más que la última dependencia del sagrado recinto.

Era un templete redondo, rodeado de columnas fingidas y coronado por una cúpula semiesférica de oro.

— Hemos llegado por fin al alto manantial de donde brota toda la vida del templo y el mecanismo oculto de su ritual sagrado. Esta es la morada de Baal, el sol, la vida de nuestro universo. Desde esta cúspide se ensancha al descender el flujo vital que de él mana pasando por sus séptuplas manifestaciones o reflejos, para desembocar en el mar del mundo — díjole a Pitágoras el guía. Y abocándose a la barandilla de la última terraza, señaló a sus pies la mole cada vez más ancha del templo, hasta su base máxima.

Era el templete solar de muros estucados con un tono ocre brillante. Sobre el dintel aparecía un gran disco alado. Ante la puerta, como un guardián permanente, se hallaba la estatua dorada de un gran león alado con cabeza humana barbada, tocada por un alto birrete de bordones circulares.

— Es el símbolo del iniciado de Baal — continuó el guía, señalando la extraña figura. — El cuerpo de bestia representa la constelación del león, la sede celeste del sol. Es, también, símbolo del poder y la fuerza del iniciado. Las alas son propias del ave sagrada, el ave de la vida y de la inmortalidad, tan exaltada también por los egipcios, y los orientales. La tau, la cruz primitiva, cuya representación se pierde en la noche de los tiempos, en su más primaria manifestación.

Entraron. Una música misteriosa, procedente, de una orquesta invisible,

llenaba el ámbito aquel. Sin embargo, el santuario de Baal se hallaba vacío. Pitágoras no vio en él más que una amplia mesa redonda de alabastro en el centro, incrustada de símbolos en piedras de color y cruzada de líneas geométricas.

Las paredes eran lisas, de un vivo color amarillo dorado. En su parte superior se abrían numerosos ventanales que seguían la alta comba que remataba la construcción y llegaban hasta el nacimiento de la cúpula central.

Viendo que Pitágoras los contemplaba en torno, díjole el guía:

— Son observatorios celestes. Con la ayuda de poderosos telescopios se puede observar desde aquí, de noche, todos los fenómenos del firmamento. Aunque rara vez hay que recurrir a esta índole de investigaciones, ya que los magos poseen otros sentidos desvelados que les permiten observar más clara y directamente, con la ayuda de cálculos matemáticos precisos, las evoluciones de los astros y todos los fenómenos celestes. Pero lo maravilloso de este recinto es esto — y el maestro de coros levantó el índice derecho señalando la concavidad interior de la cúpula que les servía de techo.

Pitágoras levantó la cabeza y vio de momento una hondura azul tachonada de puntos luminosos.

— Sigue observando — le advirtió el guía. Entonces, resguardando con sus manos junto a los ojos el reflejo luminoso de los ventanales, contempló un espectáculo maravilloso. Pequeñas esferas en relieve de distinto tamaño y color ocupaban un lugar distintivo en el gran hueco estrellado. Pero lo curioso era que del movimiento de aquellas miniaturas de los cuerpos celestes provenía la armoniosa música cuyo origen no localizara al entrar, pero que tan dulcemente hiriera sus oídos.

— Es la maravilla del templo de Baal — dijo al suspenso y mudo Pitágoras el maestro de coros. — Es el universo en pequeño. Cada uno de esos globos que ves tiene su ritmo y marcha propia. Cada astro, según su naturaleza y su órbita, da su correspondiente nota musical y su peculiar melodía al pulsar las cuerdas invisibles y sonoras del firmamento. Este mecanismo tan curioso, debido a nuestros sabios sacerdotes ingenieros, es como un mínimo anticipo de la coreografía y la música de las esferas que en sus éxtasis puede oír el iniciado en toda su indescriptible realidad. Pero notarás algo que llamará tu atención de culto observador. Si nuestra religión esotérica considera el sol como centro de nuestro universo, y así consta en nuestro ritual y en nuestra secreta teofanía, aquí ocupa el lugar central y fijo el astro que habitamos. Mira el mapa celeste de proyección — continuó, señalando ahora la circunferencia representada en la mesa de centro de alabastro —. El geocentrismo es

necesario para la práctica operante de toda teurgia astrológica que es la que nosotros empleamos. No se puede actuar espiritualmente en tal sentido sobre ningún individuo si no se conoce su filiación astral, la posición exacta de los astros en el instante de nacer en este mundo. Entonces el individuo en cuestión se convierte en el centro del universo. Lo mismo ocurre al estudiar los fenómenos históricos o geológicos. Para escrutar los arcanos del porvenir, se hacen aquí, sobre esta mesa, los horóscopos, a base de piezas movibles superpuestas en este completo diseño zodiacal con planos y medidas. Las posiciones planetarias exactas las da este mecanismo asombroso de la cúpula...

Pitágoras contemplaba aquella obra de ciencia o de magia con reverente silencio. Su alma veía entonces con más claridad las iluminadas perspectivas de sus estudios entre los magos astrólogos del templo de Baal. Sus ojos afanosos brillaban contemplando simultáneamente los signos de la mesa y la estrellada cavidad azul de la cúpula.

El maestro de coros dijo, satisfecho, después de una larga pausa:

— La morada material del dios solar ya no guarda secretos para ti.

Pitágoras pensó entonces, lleno de esperanza, en las últimas palabras del anciano sacerdote: “Tuya será nuestra sabiduría”.

V.- GRECIA

**En el Mar — Remembranzas — Otra Vez Samos —
Encuentro de la Madre — Tiranía de Polícrates — El
Emigrado — Creta — Esparta — Eleusis — Atenas — Delfos
— La Ruta del Sol.**

Desde la desembocadura del Meandro, costeano el litoral asiático, se abarcaba, con todos sus pormenores, el perímetro de la Isla de Samos desde el sur.

En la parte oriental, muy cercana a la costa del continente, aparecía la mancha blanca de la ciudad como una media luna recostada a orillas del mar.

Cuando la nave, más arrimada a la tierra continental rozaba con su quilla las sirtes del río, el alto y avanzado promontorio de Micale, con su gran templo de Poseidón, patrimonio de toda la federación jónica, parecía constituir, por su proximidad, parte de la Isla.

De pie, apoyado en el mástil central, sobre el albo fondo de la vela inflada, Pitágoras creyó un instante recordar, desde lo más lejano e impreciso de sus recuerdos, aquella misma visión.

¿Era un vago atisbo de su temprano viaje a la tierra de sus mayores cuando por primera vez contemplara desde el mar la isla en brazos de su nodriza o de su madre?.

En plena madurez, sazonado de conocimiento y de experiencias, retornaba ahora al hogar paterno.

Su pensamiento se anclaba retrospectivamente en las causas ocultas de su retorno a las tierras de Grecia. Veía mentalmente a toda la comunidad de los sacerdotes de Baal congregada para despedirle. Y le parecía oír aún el eco profundo de la voz profética del gran anciano: “He leído tu horóscopo. Los astros anuncian el comienzo de tu gran misión en el mundo. Bajo tu guía y tus enseñanzas, esperan a Grecia muy altos destinos. Sigue, tanto en lo interno como en lo externo, la ruta del sol. En el gran templo de Tiro, en tierra fenicia, nuestros hermanos te develarán otro fragmento del misterio que cubre a Isis-Astarté, la diosa velada, la sabia naturaleza. Luego tu genio te conducirá. Aún puedes aprender de tierras helenas. Hay semillas allí que fructificarán en el decurso de tu obra futura. Ve, hijo mío. En todo momento te acompañará

nuestra bendición”.

¡La bendición de los magos le acompañaba!...

De pronto, sintió incrementada su confianza. ¿Qué sino le aguardaba allí, en la isla que le vio nacer, la de sus primeros recuerdos?.

Después de sus largos viajes, de sus prolongadas estancias en tierra extranjera, sentíase unido y a la vez ajeno a todo lo personal y externo. El fenómeno de vivir no tenía para él significado más que como ofrenda a la ley divina que regía la evolución. Era ya el hijo, el hermano del universo.

Sin embargo, el súbito atisbo de aquel temprano recuerdo de su niñez le devolvió, en cierto modo, su personalidad anterior.

¿Qué sería de sus padres, de sus parientes y amigos, de sus primeros maestros?.

Recordó entonces, con extraordinaria lucidez, la imagen de su madre tal como la viera en la aparición de aquella noche inolvidable de Naucratis.

Luego cerró los ojos y no pensó en nada. Prefería obedecer, como el viento que hinchaba la vela, a las remotas causas del bien que guía nuestra existencia. El también, como la nave, era llevado...

Entonces le invadió una ternura honda, sin imágenes, serena e infinita. Y se afincaba en aquel transfondo, sólidamente cimentado, de su vigorosa personalidad.

Samos se iba aproximando. La blanca ciudad se reflejaba ya nítidamente, como miniatura de sí misma, en el agua quieta, en torno a la bahía azul.

Cuando la nave fenicia replegó velas, próxima al puerto, distinguió Pitágoras claramente, en la cima del bosquecillo familiar, la fina silueta del pequeño templo que su padre elevó a Apolo en recuerdo de su viaje a Delfos, antes de que él naciera.

Nadie sabía su llegada. A nadie reconoció al desembarcar entre la muchedumbre que se apiñaba en el muelle. Todos lo miraban como a un extranjero.

Tomó la avenida principal del Agora. Paseó un rato por los pórticos que velaran sus primeras inquietudes y bajo cuyas arcadas resonó el eco de su palabra temprana. Luego ascendió por una calle en rampa que conducía a los aledaños de la parte occidental de la ciudad donde se hallaba emplazada la morada paterna.

La fachada familiar apareció por fin, algo deteriorada ya, casi oculta por los cipreses crecidos y las nuevas acacias.

Llamó a la puerta. Una joven esclava le abrió. — ¿Vive aquí Mnesarco,

el mercader de joyas? — díjole Pitágoras.

— Extranjero, Mnesarco hace años que murió. Pero está su esposa Partenis y una hermana suya.

Tenía ese presentimiento. Dominó su emoción al instante. Sin embargo, su voz temblaba levemente cuando dijo a la esclava:

— Dile a Partenis que está aquí Pitágoras.

Al oír este nombre la muchacha lanzó una exclamación y desapareció hacia el interior de la casa.

Pitágoras entró tras ella. Atravesó la sala del umbral, el comedor conocido y al abrir la puerta encristalada que daba al vestíbulo del patio, vio que corría hacia él, insegura y tambaleante, una anciana con los brazos, tendidos.

— ¡Madre! — exclamó Pitágoras, adelantando unos pasos. Madre e hijo se unieron en un gran abrazo.

Partenis ahogaba el llanto, sin decir palabra. Su cuerpo, menguado por los años, parecía más leve e insignificante, pegado a la recia corpulencia del hijo maduro.

A las voces de la joven esclava, fueron acudiendo la hermana de su madre, un poco más joven que ella, los esclavos, los vecinos.

Pitágoras, en posesión de un gran dominio de sí mismo, apartó suavemente a su madre y la contempló un instante. Fue reconstruyendo ávidamente aquel semblante marchito, pero todavía noble y hermoso.

A través del velo de las lágrimas recordó, bajo la gran mata del pelo cano, aquellos hermosos ojos, siempre presentes a su imaginación a cada luna llena. Nunca había dejado de evocarlos, a lo largo de su peregrinación, con tierna fidelidad.

Partenis le habló entonces con una dulce y lejana vocecita de niña:

— Hijo mío, sabía que volverías... Sólo yo lo sabía. Nunca dudé de que volverías. Cuando mi esperanza decaía, el coloquio silente de la luna llena me renovaba cada vez la fe. Vivía con la esperanza de volverte a ver. No quería morir sin estrecharte, de nuevo, en mis brazos...

Pitágoras se instaló en su antigua morada llenando el deprimido ambiente de nueva alegría. Sentía hacia su madre el deber de aquella especie de renovada infantilidad. Día a día, la veía rejuvenecerse bajo su mirada.

— Precipitaron la muerte de tu padre dos amargas — le decía su madre —. Tu ausencia y la creciente tiranía de Polícrates.

Supo que su primer maestro, Hermodamas, vivía aún, viejo ya, solo y enfermo, perseguido por el tiránico régimen. Lo fue a visitar.

— Siento una inmensa alegría de volverte a ver, Pitágoras — le dijo el pedagogo, con voz débil y opaca. — Pero no debiste volver. Hoy no gobierna la isla un legislador griego, sino un sátrapa asiático. Polícrates se ha convertido, por su ambición, en el más cruel de los tiranos. Imperan ahora la inmoralidad y el vicio entre las clases pudientes y la miseria más espantosa entre los humildes. El terror ata todas las lenguas. La cultura decae. ¿Qué vas a hacer en un país donde no hay justicia, ni clemencia, ni libertad?. Hacia occidente, camino del sol, todavía Grecia conserva sus tradiciones libres...

Aquellas palabras le parecieron a Pitágoras una confirmación del dictado que le conducía. Parecían un eco de las últimas palabras del anciano sacerdote de Baal.

Realmente, un hombre de la categoría de Pitágoras, investido conscientemente de una misión, no podía morar mucho tiempo en una isla opresa.

Una noche tuvo un sueño decisivo. Soñó que él era un ave blanca. Se vio planear en el aire, como impulsado por un poder invisible hacia el oeste, siguiendo al sol. Vióse dejando tras sí la isla de Samos, cada vez más pequeña desde su creciente altura. En su raudo vuelo sobre un mar de menudas islas, vióse rozar la tierra ancha del Ida en Creta; luego la península del Peloponeso, atravesar el istmo de Corinto, bordear el golfo y lanzarse como una flecha por el mar Jónico en derechura a un ancho golfo de tierras lejanas e ignotas. Una voz le decía entonces: “Aquí está tu nido”. Y despertó.

Trató de coordinar el significado de aquel sueño. Y decidió seguir la insinuación del hado.

Antes, empero, quiso llevar a cabo un último intento. Fue a ver a Polícrates, el viejo tirano. Su semblante se había endurecido como si fuera de piedra. Lo recibió indiferente. Pitágoras puso en juego ante él su gran poder de energía y convencimiento para llevarle otra vez por la senda del buen gobernante, amado de sus súbditos. En un momento de vislumbre, frecuente en él, le predijo al tirano su trágico fin.

Pero se dio cuenta de la falta de responsabilidad en aquel hombre representativo y en los que lo rodeaban. El engranaje de aquel pequeño estado, antes feliz y floreciente, estaba enmohecido. Nada podía hacer.

Le advirtieron de que se preparaban posibles reacciones en su daño.

La idea de la partida se le ofreció entonces como única conjetura.

Inmediatamente pensó en su madre. ¿Qué decisión tomaría?. Su destino, en aquel momento, le parecía estrechamente vinculado al de ella. Y le habló así:

— Deberíamos emigrar, madre. Deberíamos liquidarlo todo, abandonar esta isla y buscar más propicia morada por las tierras libres de occidente.

— Hijo mío, — repuso con calma Partenis. — ¿Dónde iré yo con mis años?. Sé que no es este lugar adecuado para ti. No podrías moverte ni actuar sin convertirte en blanco del odio de los que mandan. Si tu misión es alejarte, sólo te pido una cosa: que mi amor no te retenga un día...

La anciana pronunció aquellas palabras haciendo un inmenso esfuerzo. Pitágoras lo comprendió. Y decidió abandonar el hogar y el país imperceptiblemente, en silencio.

La ocasión no se hizo esperar. Una nave mercante, propiedad de un antiguo amigo de su padre, zarpaba dentro de poco con mercadería destinada a Creta. No le fue difícil lograr pasaje.

Embarcó una madrugada de las postrimerías del largo verano jónico.

El viento norteño, el Bóreas, soplabla fuerte a primeras horas del día.

Entonces era preciso un piloto experto para conducir la nave veloz por entre el dédalo de islotes que afloraban en la superficie del mar Egeo.

Si el periplo de la nave era corto, de una jornada, el Noto, el viento sur, la empujaba de noche devolviéndola indefectiblemente, en dirección opuesta, al puerto de origen.

Cuando la ruta se prolongaba varias jornadas en dirección sur, era preciso, al fenecer el día, oponerse a fuerza de remos al impulso del viento contrario.

De este modo, al cabo de varios días de feliz navegación, arribó el navío en que viajaba Pitágoras al antiguo puerto de Gnosos, capital de la gran isla de Creta.

El aire salubre, la tradicional bonhomía de los cretenses, su riqueza, temperada por una justiciera legislación, que a todos los ciudadanos favorecía, su orden confiado, reconfortaron material y espiritualmente a Pitágoras.

Por una de estas curiosas disposiciones del buen hado que tan ostensiblemente actúa para ciertas almas formadas, especialmente en el decurso de los viajes, hizo allí en seguida amistad con Epiménides, poeta y sacerdote, a la sazón mentor espiritual de la isla.

Bajo su guía y protección, le fueron abiertas, como iniciado, las puertas secretas del famoso ádito subterráneo de Zeus, y conoció sus severos Misterios.

Ascendió al Monte Ida y los dáctilos, los sacerdotes danzantes idanos, le dieron a conocer sus ritos rítmicos catárticos, la música y los himnos, así como los aromas consagrados, como la famosa planta cretense dictina, que

ejercía su trascendente influjo sobre los centros nerviosos y ocultos de los presentes. También conoció allí el mecanismo y el entrenamiento de las purificaciones cíclicas que él adoptaría más tarde en su sistema de pedagogía integral, en el Instituto de Crotona.

De labios del anciano aprendió Pitágoras las sabias leyes de Minos, su antiguo rey, famoso legislador y padre de la organización social de los estados griegos.

En las misiones sacerdotales del anciano, pudo comprobar Pitágoras el poder actuante de la virtud cuando se une a un profundo conocimiento y dominio de las leyes ocultas de la naturaleza.

Vio por sí mismo aquellos hechos que la fama le atribuía: el ejercicio de su voluntad sobre los elementos desviando el curso de las tempestades, impetrando con éxito las lluvias en tiempo de sequía, purificando lugares, cortando epidemias, sanando enfermos y sobre todo, derramando a manos llenas, a todas horas, el influjo benéfico de su magnetismo personal.

El estudio de la legislación cretense despertó el máximo interés en Pitágoras. Llevaba, como una herida en el alma, el reciente ejemplo del cruel desgobierno de Samos. Por ello ansiaba llegar a las causas esenciales del buen gobernar y buscaba afanosamente el enlace, las concomitancias de aquellas justicieras leyes del divinizado monarca isleño con las prácticas de la purificación y la cultura de los gobernados.

Llegó a la conclusión de que, sin el fundamento de una bien asentada moralidad, sin una línea espiritual prefijada y sin la voluntaria aceptación de sus beneficios, no podía haber auténtico ejercicio legislativo.

Decidido a llegar a una completa experiencia práctica y a ampliar sus conocimientos en tal sentido, surcó de nuevo el mar rumbo al continente.

Al doblar la curva de la costa occidental de la isla de Citera, rica en pinares y rosaledas, aparecía, profundo y cerrado por la pinza de dos recios acantilados, el golfo de Laconia, al sur del Peloponeso.

Desde Cidón, lugar donde desembarcó Pitágoras, se dirigió, como en cumplimiento de un rito tradicional, a la verde y cercana desembocadura del Eurotas a cuyas aguas debía el pueblo espartano, según antigua fama, el temple y la fortaleza.

Se zambulló en sus ondas frescas y luego remontó el curso del río por sus bien cultivadas riberas hasta llegar a Esparta, la capital de la Laconia, que daba la gente más dura y disciplinada de toda Grecia.

Alzábase la limpia ciudad en un inmenso valle, a la vera del río, y a la sombra de la alta cordillera que presidía el Taigeto, de nevada cima.

La “honda Lacedemonia” era famosa por su severa legislación, desde la justiciera regencia de Licurgo.

Las leyes de Minos se habían hecho más viriles al enraizarse en el suelo duro y ferruginoso de Esparta.

Allí encontró Pitágoras la mayor igualdad en las clases sociales. Todo hombre poseía la formación guerrera. Todo tendía a alejar a sus habitantes de la molicie y el afeminamiento. Licurgo quiso una raza sana, vigorosa y resistente. Y para lograrlo, hizo obligatorio el más duro entrenamiento de la juventud, tanto hombres como mujeres.

Nunca había contemplado Pitágoras doncellas como las espartanas. Casi desnudas, pero castas, de carnes ceñidas y ágiles músculos, doradas por el sol, templadas por los elementos, alegres y sanas de cuerpo y de espíritu, eran las ideales progenitoras de aquellos varones fuertes, invencibles, de tan alabado tesón y resistencia.

Licurgo hizo de los espartanos más destacados, cualquiera fuese su cuna, una oligarquía de aristócratas. Parceló el país en porciones iguales. Obligó a celebrar las comidas en común. La riqueza se hallaba equitativamente repartida. El trabajo tenía preeminencia ante la ociosidad y el lujo. El estado intervenía en todo, pero cada ciudadano tenía conciencia de que participaba en el gobierno.

Con su fino instinto de catador de ambientes, pudo valorar Pitágoras los elementos cualitativos de aquella organización, acaso excesivamente rigurosa y unifacética, que daba preeminencia a la disciplina y a la formación militar común, pero que ofrecía posibilidades de adaptación magníficas en un ensayo de estado ideal bajo altas directrices pedagógicas, que se iba perfilando en su mente de noble y audaz creador. De Esparta, le admiró, sobre todo, el fruto moral del método de gobierno, el fraterno clima colectivo, la sobriedad, rica en valores internos y el estoicismo de sus habitantes.

Eran un ejemplo, el de los espartanos, único en la historia. A los ojos sagaces de Pitágoras aparecían sin embargo aquellas grandes virtudes como un arma de dos filos. Calibró hasta dónde se puede llegar con el hábito de una selección racial, una férrea disciplina y el encauzamiento del esfuerzo colectivo. Pero también lo que tiene ello de posible contención de los valores espirituales, de todo cuanto nace de la contemplación de un clima de belleza y de amplitud mental libremente asimilado.

Su naturaleza de jonio, soñador y dulce, le permitían considerar como espectador las características de aquel pueblo admirable y redondearlas y pulirlas con un alto y completo criterio de iniciado.

Antes de abandonar el Peloponeso visitó Pitágoras en Flios a uno de sus más notorios monarcas, Leontes, quien al conocer su gran interés por los sabios temas, acogió a Pitágoras como a un huésped de honor.

El ilustre samio halló en aquella alma condiciones propicias para la expansión de sus elevadas teorías. Departió con él a propósito de profundas verdades, de su concepto del hombre y de la vida, aprendidos a través de largas experiencias y profundas meditaciones.

El interés de Leontes crecía ante la elocuencia de su interlocutor.

— Pocas veces depara la vida el honor de hospedar a un sabio como tú — díjole, admirado.

— Yo no soy sabio, sino sólo “amante de la sabiduría”. Llámame, pues, *filósofo* — replicó Pitágoras.

— Nunca había oído semejante palabra — contestó con súbito entusiasmo el rey. — En verdad que con esta nueva definición sumas al conocimiento posible de la sabiduría, la gran virtud de la humildad. Muchos he conocido que se llamaban a sí mismos sabios. Pero nunca a nadie que, con tales conocimientos, se diera la simple y bella denominación de enamorado de la sabiduría. Con ello, abres sin duda nuevas posibilidades a la investigación del hombre y del universo.

Su ansia de aprender, llevó a Pitágoras a través de la idílica Arcadia, de valles tiernos y floridas praderas, propicias al pastoreo. Allí, entre bosques, naranjos y limoneros, rodeado de inmensos rebaños de vacas y de ovejas que pacían al son de las flautas armoniosas de los pastores, su oído se dulcificó. Aprendió los misterios melódicos de la siringa, la flauta de Pan, que imitaba la música de la naturaleza. La placentera sencillez de los arcadios halló suave eco en su alma de soñador y de poeta.

Continuó su viaje hacia el norte en carros tirados por yuntas de bueyes, y llegó a Corinto, la ciudad que presidía la entrada del istmo del Peloponeso. De allí pasó a Eleusis, donde se hallaba emplazado el famoso santuario consagrado a las dos grandes diosas Demeter y Perséfone.

La hermandad que regía tradicionalmente el templo y ordenaba los Misterios, la familia de los Eumólpidas, recibió en su seno a Pitágoras merced a sus probados merecimientos. Allí conoció la trama secreta de las pruebas y rituales cósmicos y naturales, las esencias del mito profundo de las dos diosas, interpretado según las claves iniciáticas. Conoció también el revestimiento espectacular de los misterios menores adaptados a la comprensión popular.

Era el mes de Boedromion, la época de las cosechas.

La belleza de los festejos religiosos que entonces tenían lugar en el gran

escenario del Telesterión prendió en el alma de Pitágoras. Aquel lenguaje de didáctica espiritual era el más adecuado a la naturaleza de los áticos, los más finos entre todos los helenos. Allí se convenció el filósofo samio de la gran palanca que representaba la espectacularización de una leyenda de trasfondo tan humano y simbólico como era el drama de la madre que perdía a su hija. Más allá de su significado trascendental y cósmico, la receptividad de los espectadores se abría así a las grandes verdades a través de la plasmación colectiva del elemento emotivo.

Una senda de cipreses enlazaba a Eleusis con Atenas. Por ella anduvo Pitágoras para conocer las instituciones del pueblo más culto y refinado de Grecia.

Su estancia coincidía con la celebración máxima de los atenienses: las Panateneas. Toda la ciudad se agitaba en preparativos con miras a la apoteósica celebración. Llegaban a la urbe múltiples extranjeros para presenciarla.

Llegado el día de la gran procesión, Pitágoras pudo contemplar el alarde de organización, el fasto y la belleza de aquella colectiva ascensión a la Acrópolis donde se hallaba el santuario de Atenea, la diosa de la sabiduría, protectora de la ciudad.

Precedían propiamente a la procesión los delegados de todas las instituciones públicas a cuyo frente se hallaban los arcontes, con sus fastuosas vestiduras de gala. Seguían luego los más hermosos ancianos electos. Tras ellos, la comitiva gentil de las canéforas, las bellas doncellas ofrendadoras de presentes con sus canastas doradas sobre la cabeza; los representantes de las ciudades aliadas portadores de vasos y objetos de oro y plata cincelados; los atletas con sus brillantes indumentos a pie, a caballo o montados en sus cuadrigas. Y escoltada por los mejores guerreros, la galera sagrada sobre ruedas en cuyo mástil lucía el nuevo velo que las vírgenes del Erecteo habían bordado para la diosa. A la sagrada carroza seguía el pueblo, muchos de cuyos jóvenes llevaban disfraces de faunos y de ninfas y danzaban al son de sus instrumentos.

Pitágoras contempló admirado aquella nutrida manifestación pública que era una síntesis de las mayores excelencias de los atenienses. Y pudo comprobar cumplidamente el gran poder que tenía el fomento entre el pueblo, del sentimiento sagrado de la belleza y sus alcances posibles.

Estudió Pitágoras en los días que siguieron, las costumbres y las instituciones de cultura. Frecuentó el teatro, los templos, los gimnasios, los baños públicos, el museo, el ágora. Departió con buen número de hombres

representativos. Estudió las leyes de Solón que regían la ciudad y que se hallaban expuestas al pueblo en la Acrópolis grabadas en columnas giratorias. Y admiró al gran estadista ateniense que obligó a que todos los ciudadanos tuvieran un oficio, elevando así el trabajo a primer credo público.

El conocimiento de Atenas representaba para Pitágoras el mayor acicate entre todas las experiencias de aquel viaje. La culta capital del Ática era como la maestra que cincelaba el bloque en desbaste ya de su labor futura.

Del Ática, el bello país de las anchas riberas, pasó Pitágoras a Beocia y bordeando el golfo de Corinto, llegó a la Fócida. Allí hizo hasta Delfos el viaje en común con dos diputados áticos que iban al Concejo de las Anfictionías, la gran institución político-religiosa de Grecia.

Durante el resto del trayecto, que hicieron en ligeros carros tirados por ágiles corceles, pudo informarse el filósofo profusamente del funcionamiento de aquel sin par organismo administrativo.

Eran las Anfictionías una confederación de estados y constituían el estrecho nudo de la unidad griega.

Dos veces al año, en primavera y en otoño, cada estado de la confederación enviaba a Delfos dos anficiones o diputados elegidos entre los mejores ciudadanos. En la liga anfictiónica se planteaban, debatían y aprobaban toda índole de asuntos de interés patrio, desde las mejoras públicas y los asuntos de equilibrio económico, hasta las bases éticas y culturales del país. Allí se establecían las relaciones políticas y comerciales, de común acuerdo, con todo el mundo. El auge, la frondosidad de la civilización griega, tenía por raíz aquella tradicional institución vinculada a la común fe religiosa. Su gran prestigio provenía de que sus reuniones se celebraban en el recinto del santuario de Delfos que era, para todos los helenos, el corazón del mundo.

Bajo la protectora cercanía del dios de la luz, la inteligencia de los hombres dispuestos al mejor servicio de la comunidad, se iluminaba. Los reglamentos de los anficiones eran sagrados como sus votos. Era general creencia de que en sus trabajos y acuerdos, intervenía la divinidad.

Después de asistir como espectador a una de las asambleas anfictiónicas, visitó Pitágoras a la comunidad sacerdotal del templo de Apolo. Allí, Temistoclea, la famosa pitia deífica, lo acompañó como guía espiritual en su peregrinación interna y le confirió el más alto galardón concedido a los iniciados solares. Debido a su categoría, se abrieron para él los secretos del santuario y le fue revelada la esencia esotérica de la doctrina. Puso él su interés en conocer el simbolismo de los ritos, la naturaleza de las pitias, el mecanismo de los oráculos y, especialmente, las fórmulas de interpretación

que le fueron confiadas.

Antes de despedirse, hizo Pitágoras renovada ofrenda íntima al dios a cuyo servicio habían puesto sus padres su anunciada existencia. En la bella imagen de Apolo, reverenció al cósmico sol oculto, el animador de todas las religiones conocidas.

Aquel dios genérico de los helenos era el demiurgo, el mismo que vio adorar en Egipto con el nombre de Osiris, en la India con el de Krishna, en Persia con el de Ormuzd, en Caldea como Baal, en Fenicia como Anu.

Al salir del templo tomó al azar una de las rutas que conducían al monte Parnaso, todo cubierto de olivos, de laureles y de mirtos en flor.

Al pie de una gruta velada de enredaderas se puso a soñar, recapitulando la suma de sus recientes experiencias.

La última lección de su vida había intensificado en él al artista que llevaba dentro. Atenas y Delfos y por último, aquel dulce remanso en el bello solar de las Musas, llenaban su solitaria meditación como de ecos musicales y de visiones resplandecientes. Formas y sonidos convergían en la síntesis experimental de su alma como ofreciéndose a su poder de evocación y de plasmación. Se sentía extrañamente, armoniosamente asistido. ¿Le rondaban acaso las Musas creadoras?. El, hombre de fe, sabía que era un instrumento de fuerzas superiores más conscientes.

Y confió más que nunca en su destino...

La tarde declinaba cuando se puso de nuevo en camino por la ladera occidental de la montaña.

Unos pastores conducían sus rebaños al redil al son melodioso de sus flautas.

Se detuvo y contempló el horizonte. Se ponía el sol. Una gran paz se extendía sobre el mundo.

¿Dónde le conduciría ahora el dios de la luz?. ¿Hacia dónde dirigiría el vuelo el ave agorera de su sueño?.

Debía seguir la ruta predestinada; la del sol. Siguió andando al azar por las veredas occidentales de la montaña.

A las últimas luces del día, contempló la soberbia perspectiva del largo canal que cerraba el golfo de Corinto y a lo lejos, el mar Jónico, ancho e inmóvil, de un rosa metálico, como una plancha de cobre bruñido por las nubes grana del poniente.

Al final del golfo, del etoliano puerto de Calidón, salían las naves hacia la Magna Grecia.

VI.- EL INSTITUTO PITAGÓRICO

**Sibaris — Crotona — La Primera Siembra — El juicio —
Defensa de Pitágoras — El Montecillo de las Musas —
Erección del Edificio Escuela — Los Primeros Pitagóricos.**

De todas las colonias griegas de occidente, era Sibaris el más codiciado mercado de la Grecia metropolitana.

El lujo más desenfrenado imperaba en la urbe italiota de la Magna Grecia cuando Pitágoras descendió del navío y puso pie en los atiborrados muelles de la ciudad.

La vida fácil, el gobierno tolerante y democrático, la fertilidad del suelo, la prosperidad de todas las fuentes naturales de riqueza y, sobre todo, la afluencia de extranjeros ricos atraídos allí por la placidez y benignidad del clima, coadyuvaron a fomentar la molicie y el vicio.

Se advertía en las gentes esa elegante condescendencia que justifica todo desenfreno. Y como corolario de la laxitud propia de la hartura, un escepticismo creciente. La religión era relegada a sus formas más superficiales. El materialismo imperaba.

Pitágoras no podía adaptarse a aquel ambiente impuro. Trató por todos los medios de analizar, a través de su percepción más sutil, las posibilidades de reacción del medio a su alta doctrina. Y llegó a la conclusión de que toda semilla caería en terreno estéril.

Decidió seguir su peregrinaje bordeando el litoral del sur de la floreciente península itálica.

Llegó a Crotona, la urbe más próxima, pareja a Sibaris en importancia y riqueza.

El golfo de Tarento dibujaba, con sus playas de oro, una amplia curva precisa sobre el azul profundo del mar Jónico.

El cabo Laciniano, próximo a Crotona, resguardaba a la ciudad de las tormentas marinas. Todo era apacible allí; el aire, el mar, el carácter de las gentes.

Las tierras verdes, bien regadas por canales y riachuelos, ofrecían cultivos ubérrimos. El suelo se hallaba bien repartido entre los crotoniotas. La hermosura de los paisajes, las necesidades colmadas y el buen gobierno,

contribuían a la bondadosa índole de sus habitantes.

Pitágoras pensó que no era en vano la fama que pregonaba que el último de los crotoniotas era el mejor de los griegos.

Su tradicional hospitalidad y sus virtudes naturales captaron desde el instante de la llegada, la voluntad de Pitágoras.

Si bien iba cundiendo allí el ejemplo de los sibaritas, la afición al lujo y a la molicie, los habitantes de Crotona eran más sencillos y más puros que aquéllos y sentían inclinación natural por las cosas del espíritu.

Pitágoras percibió claramente que era aquél el ambiente propicio a la expansión de su doctrina.

El emplazamiento y hermosura de la ciudad le cautivaron. Doquiera hallaba Pitágoras caras risueñas y amables ofrecimientos. El aire salobre le llenaba de vitalidad y de optimismo.

Decidió instalarse en Crotona. ¡Por fin el ave blanca de los altos destinos había hallado el nido de sus sueños!

Se mezcló entre todos los estamentos sociales y sembró en ellos a boleo sus enseñanzas. En todas partes eran bien recibidas.

Poseía Pitágoras sobresalientemente las cualidades que más admiraban los crotoniotas: la hermosura, el talento y la sencillez unidas a una extraordinaria simpatía.

Cautivaba con su don de gentes. Fue pronto atraído, por sus raras dotes oratorias, en los medios intelectuales y rectores. Su prestigio crecía día a día.

Entonces pensó en dar forma concreta a la suma de experiencias de su pasado y al plan formulado para adaptarlas a la idiosincrasia helena. Era llegada la hora de intentarlo.

Un día reunió a las mujeres en el templo de Hera Lacinia, que se alzaba en la punta del acantilado próximo, a la vera del mar.

Inspirado por el genio de su misión, habló a las crotoniotas de la necesidad de que abandonaran el nefasto ejemplo de las sibaritas. Díjoles que la belleza verdadera dimanaba de la pureza y de la sencillez. Que la elegancia reposaba en la armonía de todas las cualidades desenvueltas y apropiadamente aplicadas. Que el mayor atractivo de la mujer era su bondad unida al cultivo de su inteligencia. Despertó al numeroso auditorio femenino el ansia ferviente de regeneración a través de un lenguaje cálido y convincente y las persuadió de las ventajas del estudio y del trabajo, fuentes de sana alegría, alejándolas así de la vagancia, madre de todos los vicios. Con gran elocuencia, las responsabilizó de la alta misión de la mujer en la sociedad, especialmente a través de la maternidad consciente. Por fin, las instó a la renuncia de tanto

adorno superfluo a trueque de las más valiosas galas del espíritu.

Las mujeres escuchaban con religiosidad y creciente interés a aquel original predicador que desvelaba ante sus ojos con inusitado colorido, el panorama de una nueva vida más completa, más feliz y hermosa.

Ganadas por los postulados pitagóricos, hicieron allí mismo, colectivamente, ofrenda de sus joyas a la diosa. Y prometieron a Pitágoras su ayuda para toda obra en que tratara de poner en práctica los ideales expuestos.

Prosiguiendo la línea trazada, reunió otro día a los hombres en el templo de Apolo. E invocando la luz de la inteligencia al dios solar, les instó, con verbo viril, entusiasta y vibrante, a que abandonaran las tentaciones materiales, a que se apartaran de la crápula, de la vida muelle y vana, de la codicia y del afán de atesorar riquezas en detrimento del equilibrio social y del bienestar de sus conciudadanos. Hizo un llamamiento a la generosidad en todas sus formas. Les aconsejó la práctica de los principios morales y religiosos pero en forma racional e inteligente. Estimuló en ellos el ansia de instruirse y al mismo tiempo, de practicar los métodos de una cultura física integral basada en el acrecentamiento de la fuerza, de la resistencia y de la belleza. Y por encima de todas estas consecuciones, les aconsejó el desenvolvimiento de las facultades espirituales.

Desde entonces, el prestigio de Pitágoras creció de tal modo que, dondequiera que se hallara, iban a su encuentro gentes de todas las categorías para solicitar su orientación o para recabar su consejo y ayuda.

Esta fe general que iba despertando, aumentaba en su persona el magnetismo radiante que poseía ya en tan gran medida. Un halo de simpatía y de confianza le rodeaba. Era ya el ídolo de Crotona, el mentor de elección espontánea, popular e indiscutible.

No dejaba esto de inquietar a los gobernantes y a los sacerdotes quienes, desde la aparición de Pitágoras, sentían en cierto modo menoscabada su representación, menguada su autoridad.

Llegaron algunos a atribuir a aquel extranjero que irrumpía de tal manera en la vida pública, aviesas intenciones. Podía ser un ambicioso de poder que enmascaraba sus propósitos con apariencias filantrópicas.

Y acordaron pedirle cuenta pública de sus intenciones.

El solo anuncio de este acontecimiento soliviantó los ánimos de los ciudadanos que tantos beneficios allegaban de él.

Todo el pueblo de Crotona acudió a la interpelación del sabio jonio.

Llegado el día anunciado, compareció Pitágoras ante la tribuna en que se hallaban representados todos los organismos de gobierno de la ciudad.

Seguro de sí mismo, sonriente y sereno, confiado en el alto poder en cuyo nombre obraba, esperó a que le interpelaran.

Cuando se hizo el silencio, el primer magistrado se levantó y dijo, dirigiéndose a Pitágoras:

— El concejo que regenta esta ciudad y su sacerdocio, cuyos organismos en este instante represento, se ve precisado a pedirte detallada cuenta de tu proceder. ¿Qué te propones con tus reuniones y tus prédicas a la juventud de Crotona?. ¿Qué fin persigues?.

Pitágoras respondió con su misma sencillez, concisión y seguridad proverbiales, dirigiéndose, ora a sus jueces, ora a la excitada multitud congregada:

— Erráis vosotros, vestidos de cargos rectores, si suponéis que intento socavar vuestra autoridad irrumpiendo en vuestras funciones de legítimo gobierno. No ambiciono cargos, no deseo suplantar a nadie, sino llenar mis deberes de ciudadano del mundo.

Si sois capaces de velar en verdad por los crotoniotas, ¿Qué hacéis para impedir el descenso de la moralidad, pública, el auge de la degeneración, de la enfermedad, del egoísmo en las clases pudientes, de la miseria en las humildes?. Y vosotros, intérpretes de la divinidad — continuó señalando a los sacerdotes — ¿Qué hacéis para ganar almas a la práctica de la virtud, alejándolas del vicio creciente, de la irresponsabilidad, del escepticismo y de la mala fe?. ¿Qué positivo bien hacéis a vuestros fieles?.

El pueblo me pide a mí porque todos vosotros sois incapaces de responderle.

Pitágoras se iba convirtiendo de interpelado en interpelante. Su dominio de la dialéctica le permitía usar el tono adecuado de la voz, el ademán preciso y la frase justa que el momento requería.

Tuvo conciencia de que era llegado el momento decisivo. Y, dirigiéndose al público que le escuchaba de pie, pendiente de su palabra, dijo:

— ¿Tienes algo que aducir en contra de mi conducta, pueblo de Crotona?.

La multitud prorrumpió entonces en gritos y exclamaciones en favor de Pitágoras manifestándose de manera creciente contra los jueces.

Estos, preocupados, deliberaron entre sí mientras el murmullo de la multitud seguía.

Pitágoras, inmóvil, en actitud digna y serena, esperaba el resultado de las deliberaciones.

Por fin, el primer magistrado se levantó y dijo con voz un tanto

insegura:

— ¿Qué remedios propones para estos males de nuestra sociedad que has puesto de manifiesto?. Los aquí reunidos te invitamos amistosamente a que lo hagas.

— Ante todo, la conveniente educación de la juventud. No basta que los padres cuiden tiernamente de sus hijos en la infancia. No basta que el estado les procure la primera enseñanza y haga obligatorios los ejercicios del gimnasio. No basta que más tarde se dé a los hombres los cursos de entrenamiento militar. En la hora crítica de la mocedad, cuando las pasiones aparecen y la inteligencia creadora se despierta, cuando es más necesario el cuidado y más difícil la formación integral de las jóvenes generaciones, tanto los padres como el estado se desentienden de ellos y los abandonan, no a su libre albedrío, que debe ser el resultado del orden interno y externo, sino al libertinaje, aliado siempre de la inconciencia. Asistid como simples ciudadanos a la plaza pública, asomaos a los hogares y veréis los resultados.

Entonces se levantó uno de los sacerdotes y con voz conmovida, conciliadora y amable, dijo:

— Reconozco en ti a un enviado de los dioses. Pido al tribunal que deponga al instante sus fueros y que, como simples ciudadanos, oigamos a este hombre que ha venido a Crotona a enseñarnos a todos.

Acto seguido hizo uso de la palabra el magistrado y dijo:

— Extranjero, desde este momento te otorgamos la ciudadanía en nuestro país. En virtud de ello, te rogamos que expongas libremente tus ideas. Si son dignas de atención y ayuda, sumaremos todos nuestros esfuerzos para llevarlas a buen término.

Hacía rato que Pitágoras esperaba aquella advenida coyuntura que tan bien servía a sus propósitos.

Entonces, con tono dulce y a la vez enérgico y persuasivo, haciendo gala de sus mejores dotes de orador, habló largamente a la sumada concurrencia.

Bajo el hechizo de su perfecta oratoria se fueron descorriendo a la vista interna de todos los presentes, sus panoramas iluminados.

Les habló de la posibilidad de erigir para el pueblo de Crotona y para los que en él desearan acogerse, una Escuela-Internado de la que saldrían los mejores hombres y mujeres de Grecia. En esta Institución ideal, se llevarían a la práctica sus planes pedagógicos y sus doctrinas aprendidas y cimentadas a través de muchos años de pruebas, de estudios, de viajes y de estancias entre los más sabios y selectos núcleos humanos del mundo.

Díjoles que era llegado el momento de la misión espiritual de Grecia. Ella debía, en el porvenir, dar las normas a todo el occidente. Los más altos y democráticos predicados sociales que la metrópoli y las colonias poseían, debían enriquecerse con la más elevada aportación espiritual ofrecida a todos aquellos que fueran capaces de asimilarla, practicarla y difundirla.

Era necesario crear en Grecia una autoselección de ciudadanos, (que constituirían la auténtica clase rectora de la nación), agrupando a los hombres y mujeres mejores.

La democracia no tiene valor — dijo por fin — si no anteponemos a todas nuestras leyes la ley superior, la divina, y a ella no ajustamos los preceptos prácticos de la vida integral. Hay que formar la verdadera aristocracia de las almas. Sin adecuada levadura, no puede levantarse la masa de la sociedad. Es, pues, necesario crear esta levadura humana educando convenientemente a la juventud bien dotada.

Los dioses han elegido este lugar para ensayo de esta sociedad ideal. Por su clima, por su ambiente, por la buena disposición de sus habitantes, cábele a este país la primogenitura de la elección. Sepamos todos hacer honor a la ofrenda de la divinidad al pueblo de Crotona.

En el auditorio, suspenso de la palabra del maestro jonio, iba creciendo el entusiasmo. Su capacidad dialéctica, unida a la fuerza de su espiritualidad y a su magnetismo radiante, lograron cumplidamente el objetivo apetecido. Se afinca cada vez más en el ánimo de todos la realidad de la obra entrevista y sentían el ansia ferviente de colaborar en ella.

Como inmediato resultado a su peroración, los fondos comunales de la ciudad abrieron sus arcas repletas para la construcción del gran Instituto Pitagórico.

Todos los ciudadanos, sin distinción de clases, aportarían su esfuerzo voluntario a aquella empresa de beneficio común.

A los pocos días, toda Crotona centralizaba su afán en competir el alcance de sus dádivas en la fábrica que se estaba cimentando, puestas sus esperanzas en la obra magnífica que debía anclar su ejemplo en lo hondo de los venideros siglos.

Entre la alta comba saliente que formaba la punta del cabo Laciniano y la ciudad de Crotona, se alzaba una suave colina toda cubierta de olivos y cipreses.

Era un lugar tranquilo y risueño, al abrigo de los vientos. Un cielo sereno y transparente lo cubría. Por su belleza, la tradición había consagrado aquel lugar a las Musas.

Por ello fue cedido para la fundación del templo y del recinto pitagórico.



Había pasado mucho tiempo ya de aquella agitada reunión que derivó en el formal planteamiento de la obra, ahora concluida.

En la cima de la colina se alzaba ya, espacioso y magnífico, con sus elegantes líneas de arquitectura jónica, el edificio que debía albergar a la mejor juventud de Crotona.

Hasta entonces, incansablemente, con una fe y un tesón admirable que renovaba día a día la presencia de Pitágoras, se relevaron en el trabajo, mancomunadamente, técnicos y operarios constructores, artistas estatuarios y ciudadanos que en gran número se fueron turnando voluntariamente en el trabajo de erección del edificio destinado a Instituto.

Desde la playa, un poco hacia el interior, se ascendía, a través de umbrosas rampas arboladas, a una plazoleta rodeada de mirtos y de rosaledas y de cuyo alto muro frontal brotaba una fuente de siete caños. Esta, pródiga fuente perpetua, alimentaba un estanque semicircular bordeado de delfines de mármol.

Adosados a ambos extremos del muro se hallaban dos amplios tramos de escalinatas que daban acceso a las altiplanicies de los jardines próximos a la terraza que rodeaba el edificio.

Desde este amplio mirador de la cima se oteaba un panorama incomparable.

En frente, el mar, siempre tranquilo, dibujaba la dilatada curva del golfo de Tarento.

A un lado, en el saliente del acantilado, se levantaba el templo de Hera Lacinia, cuyo esbelto peristilo perfilaba el albor de sus columnas sobre el azul profundo de las aguas.

Al otro, en la parte baja, junto a la playa de dorada arena, se extendía la ciudad de Crotona, con su puerto siempre repleto de esbeltas naves, semejantes a aves posadas, con sus avenidas de árboles, sus parques, sus edificios públicos. En torno a ella, más allá de sus arrabales, tierra adentro, diseminadas hasta el infinito, se divisaban multitud de villas de recreo y alquerías, todas rodeadas de campos de labrantío o de huertas llenas de frutales.

Constaba la fachada del edificio pitagórico de tres cuerpos principales. Ocupaba el centro el Templo de las Musas que constituía una gran rotonda rodeada de columnas.

De este cuerpo central partían dos anchas alas de construcción semicircular, bordeadas de pórticos.

A través de ellos se llegaba al interior, formado por una recia construcción cuadrangular destinada a aulas de estudio, a biblioteca y a laboratorio. En la parte posterior se encontraba el largo comedor común y las viviendas particulares.

A un lado y a otro de este gran edificio que ocupaba toda la cima de la colina, por la falda posterior, donde se iniciaba el declive y casi ocultos por la frondosa arboleda, se erigían varios departamentos independientes destinados a gimnasio, baños, talleres y almacenes. Descendiendo un poco más, ya en la parte baja del montecillo y aprovechando una anfractuosidad del terreno, se encontraban las graderías en semicírculo del teatro y en la base llana la orquesta con su tímele central, el templete de la escena y las columnas laterales sobre un fondo de arboledas.

En todo el recinto pitagórico crecían abundantes flores en parterres y en grandes jarrones erguidos sobre pedestales. Aquí y allá, diseminados entre los árboles del bosque o en las glorietas de los jardines, había multitud de estatuas representativas de dioses y héroes, de genios de la mitología que encarnaban las fuerzas actuantes de la naturaleza, y las efigies de grandes poetas, legisladores y maestros de la humanidad.

Por el sendero bordeado de cipreses y de jóvenes tamarindos que enlazaba la ciudad de Crotona con el Instituto pitagórico, avanzaba Pitágoras acompañado de un grupo de discípulos de ambos sexos.

Era el mediodía soleado de un día festivo. El sol se tamizaba a trechos entre las aristas de sombra cruzada y las ramas bajas de los arbolitos, de un verde jocundo y tierno, sembrando la senda de lunares temblorosos.

Avanzaba el grupo lentamente hablando entre sí con visible animación. Eran seis muchachos y cuatro doncellas escogidos entre los crotoniotas más instruidos, probados a través de múltiples disciplinas, aleccionados bastamente por el propio Pitágoras que andaba a la sazón entre ellos como un compañero más, a pesar de su melena y su barba grises y de su sazónada madurez.

Daba el conjunto una sensación de diafanidad y de alegría mesurada. Llevaban todos sus mejores atavíos de fiesta.

Las mujeres lucían mantos ricamente orlados, sandalias doradas y sujetaban sus cabellos con cintas de colores en las que iban prendiendo en el

camino florecillas silvestres.

Entre los muchachos destacaba por su estatura elevada, por sus ademanes vivos y por su afán de controversia, Lisis, el predilecto de Pitágoras. Las mujeres departían con preferencia entre sí y guardaban silencio sólo cuando el maestro hablaba.

Llevaba Pitágoras en la diestra la gran llave de entrada del Instituto, ya completamente terminado y dispuesto para ser habitado. Acababa de serle entregada, tras simple y emocionante ceremonia, por el elector de la ciudad en nombre de las autoridades y del pueblo.

Detúvose un momento y con ambas manos la contempló con satisfacción visible. Los discípulos lo rodearon más estrechamente. Sonrió él y dijo, como hablando consigo mismo:

— Es curioso a veces considerar la distancia que media entre las costumbres establecidas y los propósitos individuales.

— ¿A qué te refieres, Maestro?. — le preguntó Lisis.

— Esta llave es un doble símbolo — siguió Pitágoras en el mismo tono y sin hacer caso aparente de la pregunta —. Genéricamente, como llave común, representa el resguardo y por tanto, la afirmación de la propiedad privada. Por otro, como objeto específico, patentiza el traspaso de una magnífica vivienda a nuestra comunidad y el inicio del Instituto, nuestro hogar futuro.

— Sin embargo, todos nosotros hemos aportado a la obra nuestra herencia, nuestra fortuna individual — recalcó el discípulo.

— No olvides, Lisis, que el recuerdo de ciertos hechos nos retorna al pasado. Y ahora vamos a empezar una vida nueva. Hemos de hacer renuncia total de lo que tenemos y de lo que somos.

— Todos estamos dispuestos a consagrarnos a la obra y a seguirte — intervino, tímidamente, deseando interpretar el sentir de todos, la hermosa Teano.

— Yo quisiera que estuvierais todos tan enamorados de la sabiduría, que sus dictados se hallaran como un código perpetuo, por encima siempre de mi persona. Los hombres pasamos. Las verdades y la obra permanecen. Pero tenéis que pensar que no todo el mundo está dispuesto a someterse, por amor a la sabiduría, a las restricciones que supone la aceptación de las altas doctrinas que han de presidir nuestra conducta de aquí en adelante, durante todas las horas del día.

— Nosotros defenderemos al unísono la integridad de nuestro hogar y lo haremos contra los posibles intrusos y aprovechados — intervino el

apasionado Lisis.

— ¿No crees mejor que nos propongamos defenderlo, ante todo, de nosotros mismos? — respondió Pitágoras, dirigiendo a su discípulo una de aquellas hondas y radiantes miradas que eran para todos ellos el mayor acicate y el mayor estímulo —. El principal objeto de nuestro futuro hogar, en su significación social y externa, es que su inviolabilidad la inspire el respeto a su propia obra.

Llegaban al término del sendero y ya a pleno sol, lindaban, en la base del montecillo de las Musas, con el seto que circundaba todo el recinto pitagórico. Era la entrada una simple arcada de mármol. En lo alto acababa de hacer grabar Pitágoras estas palabras: “No entren los profanos”.

Mostró con el dedo levantado a sus discípulos esta inscripción y díjoles:

— He , aquí nuestra única llave.

Luego, tras pasando él solo el leve portal, enfrentóse a sus discípulos y añadió en forma levemente imperativa y cortada:

— Permitidme que por esta vez me anticipe. Aguardadme en el bosquecillo de pinos, junto a la playa.

Y ascendió por la rampa principal que daba acceso a la plazoleta donde cantaba la fuente.

Mudos e inmóviles ante el arco del portal, obedientes al mandato, los diez primeros discípulos de Pitágoras se quedaron alternativamente mirando el lema de la entrada y la figura del maestro que se alejaba.

Sin comunicárselo entre sí, una duda asaltó el pensamiento de todos aquellos jóvenes: ¿Se hallarían ellos entre los profanos?. ¿Les esperaban nuevas pruebas y nuevos estudios?. ¿Qué requisitos les faltaban aún para su ingreso?.

Obedeciendo al mandato, se dirigieron hacia el pinar cercano.

Cuando Pitágoras abrió con la gran llave la puerta del edificio, era la hora que los astrólogos consagraban al sol.

Entró primero en el templo de las Musas, encendió una pira en el ara central y quemó en ella unas resinas de ocultas propiedades que trajera del templo de Caldea.

Cuando el humo perfumado llenó la estancia, invocó en voz alta, siguiendo el ritual teúrgico de las purificaciones de los lugares, al espíritu de Apolo, el dios solar y a sus hijas las Musas protectoras de aquel paraje y por fin, a los nuevos lares de la Escuela.

Con un pequeño incensario fue recorriendo todas las dependencias, impregnando todo el recinto de leve humo embalsamado mientras repetía las

fórmulas de invocación y realizaba los signos de ritual.

Terminada esta primera parte de la simple ceremonia, aspergió todas las dependencias con agua previamente magnetizada atrayendo el concurso de los espíritus de los elementos.

Investido de su poder sacerdotal, el lugar quedaba dispuesto, tras aquella simple ceremonia, para la conveniente labor futura.

Cumplido este preliminar deber, salió del edificio sin cerrar las puertas. Descendió la colina y se dirigió hacia el lugar donde lo esperaban sus discípulos.

Los saludó a todos, expansivo y jovial. Su llegada devolvió el optimismo a los jóvenes.

Inmediatamente avanzó solo Pitágoras hasta la misma orilla y, ante el testimonio de ellos, que permanecían suspensos, arrojó con fuerza la llave del Instituto al mar.

— En adelante — dijo, volviéndose — todo el que desee entrar, deberá hallarse en posesión de su propia llave interna. ¡Vamos!.

Y con un amplio gesto cordial y expansivo, tendió los brazos e impulsó a los muchachos hacia adelante, tierra adentro.

Al poco rato, atravesaban juntos, alegremente, el portal del Instituto Pitagórico y ascendían bajo la sombra de los altos cipreses que bordeaban la senda.

VII.- LAS PRUEBAS DE INGRESO

Interrogatorio Preliminar — Análisis Frenológico y Fisiognómico — El Horóscopo — Observación del Maestro — Reacciones en el Juego y la Danza — Comida en Común — Las “Cavernas de las Apariciones” — El Aula Desierta y los Problemas — Examen Definitivo — Comunidad de Bienes — La Bienvenida.

Al poco tiempo de su fundación, ya gozaba el Instituto Pitagórico de singular prestigio.

Un halo de misterio, mezclado de admiración, envolvía aquel centro docente comunal y ejemplar.

Esta fama oponía a todo candidato a su ingreso una especie de muro de contención invisible. Pero nadie ignoraba que sus puertas se hallaban abiertas a todo aspirante fervoroso, apto y sincero.

La primera selección de los pitagóricos se realizaba, pues, en forma espontánea antes de franquear el portal que daba entrada al vasto recinto.

El lema, grabado en su dintel: “No entren los profanos” imponía un creciente respeto a los curiosos.

Había trascendido al exterior, a través de juicios diversos, una leve proyección de las pruebas preliminares a que se sometía al solicitante y del difícil entrenamiento que las sucedía. Y esto sólo, ponía a la expectativa a los tibios y hacía retroceder definitivamente a los apocados e ignorantes.

Aquel que, siguiendo el imperativo interior, decidía arrostrar el periodo probatorio, franqueaba solo, desligado de toda compañía de parientes o amigos, aquel poético y a la vez severo umbral.

Ya en la cima del montecillo de las Musas, se le invitaba a permanecer en el amplio vestíbulo del Instituto Pitagórico.

Allí el nuevo candidato al ingreso era detenidamente observado e interrogado respecto a sus intenciones y aspiraciones. Se le pedían especiales informes sobre sus progenitores, sus antecedentes, su estado físico y sus aptitudes y condiciones de vida.

Si esta primera exploración resultaba favorable, se le sometía ya a un minucioso y detenido examen científico. A su estudio quirosófico,

fisiognómico y frenológico, seguía la erección de su mapa estelar de nacimiento y la interpretación de su horóscopo. Por lo que a esta ciencia fundamental se refiere, no se dejaba como esencial requisito, de consultar también a las estrellas en el instante preciso de efectuar el pretendiente a pitagórico su solicitud, ya que ello equivalía siempre a un segundo nacimiento en el orden espiritual.

Pitágoras aplicaba en cierta medida a través de estas fórmulas certeras para el conocimiento individual, las ciencias ocultas a cuyo examen él mismo se vio sometido en Egipto como preliminar a las terribles pruebas que siguieron y cuyo vencimiento lo elevó a la dignidad suprema de iniciado.

El conocimiento integral del individuo era muy importante para la administración apropiada de la índole de los ejercicios probatorios que seguirían si era aceptada la solicitud del joven o de la joven. Además, tendría trascendencia y utilidad en sus estudios, especialización y profesión posteriores, además de constituir en todo momento un índice valiosísimo en la orientación interna del candidato que en último término era lo más esencial dentro del método pedagógico instituido por Pitágoras.

Para que se manifestara con toda naturalidad, estas pruebas se realizaban en forma progresiva. El candidato debía adquirir ante todo confianza y hacer amistad con aquellos con quienes entraba en contacto y con buen número de sus futuros compañeros, escolares probados y adiestrados ya para esta misión.

Luego salían a pasear por los jardines y lo invitaban a visitar el gimnasio, cuyo edificio, anexo al de los baños, se hallaba en el declive oriental que miraba la ciudad, y su ámbito, abarcaba un dilatado terreno llano, contiguo a la falda más suave de la colina de las Musas. Era aquél el campo de Ares, el estadio rectangular donde tenían lugar, durante el buen tiempo, los juegos y ejercicios al aire libre.

Bordeaban su perímetro estatuas de atletas en actitudes gímnicas.

Después de desnudarlo en el local y untarlo con aceite, se le hacían practicar toda índole de ejercicios de entrenamiento en común. Luego, sobre la pista enarenada, al aire libre, cubierto sólo con una breve túnica, realizaba con sus compañeros las pruebas atléticas del pentatlón, consistente en los cinco juegos fundamentales y reglamentarios: la carrera a pie, el lanzamiento del disco, el lanzamiento del venablo, el salto y la lucha.

Según la índole y el resultado de las primeras experimentaciones, el propio Pitágoras observaba, sin ser visto, las facultades del candidato no sólo a través de ejercicios y pruebas físicos, sino de otra índole de reacciones

psíquicas.

Porque mediante los juegos y merced a acuerdos previos, se procuraba que el candidato saliera vencedor. Entonces se le tributaban desmedidos elogios para ver cómo soportaba la prueba de la gloria y la vanidad personal.

Más tarde, como contraste, se procuraba en otros ejercicios vencerle y humillarle en una forma también desmedida e injusta. Los compañeros que antes le ensalzaran, luego lo censuraban y escarnecían y por fin lo relegaban temporalmente.

El contraste, los opuestos emotivos a que estas situaciones daban lugar en el ánimo del neófito, eran un campo de experimentación inapreciable para quien, como Pitágoras, poseía un desenvuelto grado de clarividencia y un profundo conocimiento del alma humana. La forma de reaccionar era de por sí un veto a su propio ingreso o bien una etapa vencida en el orden de las pruebas establecidas.

Si se ensoberbecía, envalentonaba y endiosaba a través de los triunfos y plácemes, considerándose superior a los demás y se manifestaba despótico con sus compañeros, o por el contrario si se amilanaba o entristecía a consecuencia de los fracasos, se le comunicaba que el primer deber del pitagórico era el sentido práctico de la fraternidad, del autodomínio, del buen temple de alma revelados en la sencillez y la ecuanimidad.

Si a pesar de su fracaso en estas primeras pruebas demostraba especial empeño en superarse y en su deseo de ingresar, se le rogaba que volviera a su vida habitual y tratara de perfeccionarse en el seno de la sociedad y la familia desarrollando con voluntad las cualidades que le faltaban para ello.

Pero si se manifestaba en todo momento sereno, impersonal y dueño de sí mismo, indiferente tanto al halago como al vituperio, se le sometía entonces a pruebas de mayor sutileza.

Eran siempre estas pruebas una revelación de primer orden en lo referente a la gama más fina y delicada de la naturaleza y sensibilidad del griego: el arte.

Para ello se le hacía tomar parte en dos primordiales danzas: la guerrera y la religiosa, que representaban los dos puntos extremos de este arte síntesis.

Era la danza en Grecia considerada como suma de todas las otras bellas artes y el medio más eficaz para la manifestación de las más elevadas cualidades del carácter así como revelación de la sensibilidad y las facultades creadoras. Por su forma espectacular y coreográfica, por sus valores plásticos, rítmicos y expresivos, por sus posibles exquisiteces líricas, era considerada la danza, en unión de la poesía y la música, como el más eficaz de todos los

métodos educativos y de perfección de la raza.

Era la pírrica la danza guerrera de los dorios, el pueblo viril por excelencia.

Por ello era considerada danza prototípica masculina esa ascensión a arte y a belleza de la técnica militar. Ella permitía transferir a la paz, al orden, al ritmo acusado, al valor, y al dominio personal, todas las ventajas de la lucha.

Equipados los mozos con lucientes cascos y escudos, el gladio en la diestra, descalzos y vestidos sólo con cortas túnicas de color púrpura, daban comienzo a este bélico ejercicio rítmico al son de las trompetas, de los címbalos y de los tambores. Entonces los pasos, saltos y movimientos mimaban el orden de la batalla. Los enlaces, los conjuntos, los choques de las armas, justos y medidos, hacían sonar, de acuerdo con la música de los instrumentos, los escudos, los cascos, las espadas en conflicto, a través de los simulados ataques, fijando las posiciones estratégicas preestablecidas en las pausas.

La precisión del conjunto, los sonidos de percusión y sus ecos junto con los vigorosos y esquematizados movimientos, repercutían de manera palmaria en la psiquis de los ejecutantes. En el fragor de aquella danza manifestaban, si las poseían, cualidades de táctica, de valor, de perspicacia, de sagacidad, de dominio y de orden.

Por contraste a esta danza fuerte, plástica y movida que requería gran dosis de resistencia y atención por parte de los ejecutantes, tenía lugar la lenta y armoniosa danza hiporquema en honor a Apolo que presidía los juegos de los jóvenes.

Esta danza parsimoniosa, a la que se unían el canto y recitado de himnos religiosos idóneos, se ejecutaba por lo común al son de las liras.

A través de las hieráticas hiporquemas se ponía de relieve el extremo opuesto temperamental de los ejecutantes, o sea, los matices de suavidad, método y delicadeza así como en cierto modo la disposición devocional y sentimiento místico que en el otro orden del desenvolvimiento superior consideraba Pitágoras de gran valor pedagógico.

Por ello prestaba el maestro especial atención en observar a sus discípulos mientras danzaban, ya que confiaba especialmente en este arte síntesis como valioso auxiliar de su sistema de educación integral del individuo.

Transcurrido el tiempo consagrado a la danza, iban los muchachos a la orilla del mar.

De común acuerdo y cuando menos lo esperaba, zambullían por sorpresa al novato en el agua y lo retenían allí un rato.

De esta prueba debía salir también sin protestas y con ánimo sereno si mantenía la voluntad de triunfar.

Luego lo invitaban a una comida en común. En el transcurso de ella, sus aficiones y maneras eran también consideradas. Se le interrogaba amistosamente por lo que hacía referencia a sus manjares predilectos, al orden y cantidad de ellos, a sus gustos y costumbres cotidianas en general.

A los postres, venían las pláticas, los ensayos de oratoria, los dichos espontáneos que a menudo derivaban en polémicas en las que se ponía de manifiesto la capacidad dialéctica, de improvisación, la manera de enfocar los temas y las controversias, la agilidad mental, el ingenio, y las facultades creadoras del aspirante.

Después salían de paseo por el jardín o por los alrededores. Era la hora de las confesiones íntimas, de las anécdotas, de los chismes. Era una forma sutil de invitar al aspirante a manifestar ciertas facetas subconscientes de su carácter que tenían una gran importancia para el conocimiento y el trato posterior de cada individuo confiado a la guía pitagórica.

El resto de la tarde se dedicaba a visitar la biblioteca, lo que constituía un buen medio para poner de manifiesto las aficiones y la cultura del aspirante.

Cuando llegaba la hora de la comida de la tarde, se le hacía pasar al comedor sin invitarle esta vez a sentarse a la mesa. Entonces todos comían y departían alegremente haciendo caso omiso de él. A hurtadillas, los encargados de la prueba del novato lo observaban, tratando de, apreciar la forma cómo reaccionaba a aquel extraño relego y al hambre.

Ya anochecido, uno de los discípulos mejor preparados conducía al neófito a través de los pinares, siguiendo la orilla del mar, hacia la parte escarpada y rocosa de la costa que conducía a la punta del cabo Laciniano en cuya cima se alzaba el gran templo de Hera, la diosa protectora de Crotona.

Este arenoso y húmedo trayecto por la vera del mar conducía a un paraje roqueño apenas transitado constituido por profundas grutas naturales abiertas en la resquebrajadura de un saliente de la costa, casi a flor de agua.

Los habitantes del país consideraban aquel lugar, desde lejanos tiempos, teatro de extrañas y espeluznantes leyendas. Creíase que habitaban aquellas grutas genios elementarios, monstruos marinos, náyades y oceánidas que ya amedrentaban, ya seducían al osado que se atrevía de noche a penetrar en sus dominios.

Este temor tradicional, iba unido a un extraño respeto por el lugar mencionado, ya que era fama que tales espíritus de los elementos formaban guardia nocturna para proteger de intrusos la morada de la diosa y la ciudad a ella confiada.

Aquel lugar era comúnmente conocido por “Las Cavernas de las Apariciones”.

El aspirante a pitagórico era conducido al fondo de una de tales cavernas y se le obligaba a permanecer en ella toda la noche en vela hasta la salida del sol, combatiendo los asaltos del miedo y haciendo examen de conciencia.

Si el temor, las alucinaciones o las apariciones reales, que es fama que de todo había, no hacían huir despavorido al neófito en esta dura prueba, cosa que ocurría muy a menudo a los que habían salido triunfantes de las anteriores, se le iba a buscar al amanecer del día siguiente.

Sus compañeros, entonces, le hacían contar con todo detalle sus experiencias de la noche, que eran escuchadas y analizadas de acuerdo con las normas preconizadas por el maestro.

En la mañana del mismo día, tenía lugar la última experiencia probatoria, la decisiva para el ingreso.

En ayunas y sin haber dado lugar a que se repusiera de las emociones y fatigas de la noche, se le encerraba en una celda solitaria y desnuda. Sólo había en ella una gran pizarra adosada a la pared y un ánfora de agua.

En la pizarra se hallaban insertos unos difíciles teoremas de los superiores grados de la enseñanza pitagórica y algunos de sus símbolos interpretables a través de varios significados y que, en forma oscura, encerraban los altos postulados esotéricos del maestro.

Se inscribía, por ejemplo, la siguiente sentencia:

“No ocultes el lugar de la antorcha”.

O esta otra:

“No cantes sino con auxilio de la lira”.

O bien:

“No te detengas en los límites”.

En la misma pizarra se hallaban dibujadas algunas figuras geométricas y problemas matemáticos expuestos allí para su acertada solución.

El neófito permanecía encerrado en la celda durante unas horas que a él se le antojaban interminables y angustiosas, ya que difícilmente, en el estado en que se hallaba, podía formular acertadas soluciones.

Por fin, moral y físicamente decaído y desalentado, comparecía ante un

tribunal de exámenes.

Allí debía exponer el fruto de sus meditaciones, y se le recababa una acertada solución a todos aquellos abstrusos problemas. Además, y como corolario, debía objetivizarse a sí mismo como suma de las experiencias físicas, morales e intelectuales y dar a los jueces el resultado de su autoexamen.

Sus palabras eran recibidas con jocosos comentarios y burlas de diversa índole con el fin de ponerlo en ridículo y de apurar hasta el extremo límite su paciencia, su voluntad, su tesón y la capacidad de su propósito de ingresar en la comunidad pitagórica.

Era la prueba del amor propio.

Harto a menudo, sobreexcitado por el cúmulo de las emociones pasadas, irritado por el hambre, el insomnio y la fatiga, no resistía el candidato aquel aparato de trucos y vallas puestos adrede para obtener de él los suficientes datos para su conocimiento y capacidades reales. Los escarnios, los desprecios, las frases sutiles e irónicas, los comentarios hirientes, las agudas observaciones, le hacían prorrumpir en explosiones de llanto o de ira, reaccionando negativamente, deshaciéndose en improperios e insultos contra sus jueces. En tal caso, el mismo candidato procedía a su expulsión abandonando el recinto pitagórico.

Si por el contrario daba, muestras de estoicismo, de austeridad, de equilibrado temple de alma y hacía caso omiso de los juicios e insultos adversos, dominando la prueba del amor propio y tomando todas las anteriores como elementos en su favor, manteniéndose inalterable ante las burlas y los denuestos, y daba ejemplo de paciencia y voluntad de vencer, era felicitado por sus compañeros y admitido en el seno de la fraternidad.

Desde aquel momento, todos sus bienes de herencia personal, si los poseía, pasaban a formar parte de la comunidad. Con ello renunciaba al más falaz de los derechos humanos: aquellos que no cuestan el esfuerzo ni la aptitud de ganarlos. Si era pobre, se le admitía en las mismas condiciones que los otros y tenía opción a idénticos derechos en la Escuela.

Pitágoras, que había seguido sin ser visto o a través de fidedignos informes todas las incidencias del período de prueba del solicitante que había salido vencedor en todas ellas, dirigía entonces la palabra al nuevo pitagórico.

Ante todo le explicaba el propósito y la finalidad ulterior de todos los experimentos a que se había hallado sometido y su importancia a través de los distintos grados de instrucción y en el desenvolvimiento integral del individuo.

Ante los ojos del triunfador, aparecían a la sazón, iluminados por la palabra elocuente del maestro, los panoramas rientes y estimuladores de una vida nueva bajo la luz de una superior conciencia y responsabilidad humanas.

Pitágoras daba al nuevo candidato las lecciones precisas, porque sabía entonces en qué medida podía confiar en su nuevo discípulo. Conocía el alcance de su inteligencia, el índice de su voluntad, sus capacidades más delicadas, sus reacciones más sutiles. Sabía qué aptitudes lo adornaban, qué cualidades poseía en latencia y en desarrollo, qué peligros y debilidades lo circundaban. Sabía a ciencia cierta, qué estudios, qué juegos, qué plan de vida eran más convenientes para su desenvolvimiento integral ulterior y qué provecho podía, en fin, sacar la Escuela y la sociedad de aquel muchacho o muchacha que desde aquel momento se confiaba a su superior formación.

Por todo ello, la plática de la admisión era, no sólo para el nuevo candidato, sino para el auditorio de alumnos que la escuchaban, una ocasión de ahondar en su doctrina práctica y de aprender a conocer todas las facetas de la naturaleza humana a través de aquel hombre que tanto sabía del hombre porque se hallaba investido por la divinidad.

Si el candidato a pitagórico era una mujer, la plática final del maestro se realizaba con la misma sencilla aleccionadora ceremonia y sus frases tenían idéntico objetivo y finalidad.

Sin embargo, conociendo él también como nadie la fina naturaleza de la mujer, cuya misión y símbolo adoraba, había instituido las pruebas femeninas en forma adecuada.

En su conjunto eran parecidas, como estructura, a las masculinas.

Los ejercicios y juegos gímnicos respondían en parte, debidamente adaptados, al concepto que del desenvolvimiento físico femenino tenían los espartanos. Pero con el auxilio de la música, dulcificaba, redondeándolos, restándoles angularidad y rigidez, los gestos.

De las danzas femeninas eran eliminadas la pírrica o guerrera y se sustituía por la ditirámica o dionisiaca, danza movida y exaltada, rica en movimientos y en consecuciones plásticas. En ella las muchachas empuñaban tirrosos.

Pero las danzas más característicamente femeninas eran las de origen jonio, las de infiltración oriental, suaves y amorosas, que contribuían en gran medida al desenvolvimiento de los tiernos sentimientos y los naturales encantos de la mujer.

El vencimiento del miedo se realizaba en ellas en forma más íntima, por etapas y con muchos paliativos, si bien las otras pruebas revestían a menudo

complica das gamas de sutilidad y se intensificaba el índice de tentaciones externas.

Sin embargo, dentro de un orden general, las pruebas se hallaban establecidas en forma de educir, tanto en el hombre como en la mujer, las condiciones atañentes no tanto al sexo, como a la individualidad, ya que Pitágoras, educado en la superior escuela del ego, tenía por ideal humano el andrógino, el ser humano completo.

VIII.- LA VIDA EN EL INSTITUTO PITAGÓRICO

El Himno Matinal — La Meditación y el Silencio Colectivo — Consagración Planetaria del Día — Mañana de Estudio — Ejercicios Físicos y Recreo — El Ágape Comunal — Labores Profesionales — Himno a la Puesta del Sol — Loa y Profundidad de la Noche Pitagórica — Las Celebraciones.

Cada mañana era, para los pitagóricos, una renovada ofrenda. Cada aurora, una gema engastada en el espíritu de los que sabían con su conducta glorificar el valor de la jornada.

Por eso, la primera hora del día era dedicada al sol, el dios de la vida y de la luz.

La oración matinal era el primer ofertorio, el baño espiritual de belleza y de armonía, el saludo del día. Aquel himno invocatorio en común era, además, el lazo que unía en estrecha fraternidad a todos los pitagóricos.

Al amanecer se levantaban y después de las obligadas abluciones, se reunían en la amplia terraza por la parte que daba al oriente.

Cuando el sol surgía, tierno y rosado entre las matinales brumas, sus primeros rayos besaban por igual las copas de los árboles más altos del montecillo de las Musas y a los jóvenes pitagóricos.

Entonces, hombres y mujeres entonaban a coro, acompañados de la lira heptacorde, el himno órfico a Apolo, el dios solar:

“Ven a nosotros, Apolo bienaventurado, matador de Pitón, el monstruo de la noche, con tu lira de oro”.

“Ardiente y puro, nos traes cada mañana la ofrenda de la vida”.

“Tú diriges el curso armonioso del cosmos. Tú contemplas el éter inmenso y la rica Tierra postrada”.

“Principio y fin de todas las cosas, tus raíces sagradas se hallan en todo el universo”.

“Por ti florece todo. Regulas el espacio a los sonos de tu oculta lira y conduces armoniosamente por tu senda las razas sucesivas de los hombres...”.

Después de la primera oración diurna venía la hora del general silencio.

La música y el canto habían llenado las almas de los pitagóricos de armoniosa y dulce beatitud. Entonces se hallaban propicias al recogimiento.

El respeto a este precepto era algo sagrado entre los pitagóricos, que rendían culto al silencio a lo largo de sus vidas.

Una inmensa paz, una profunda quietud no turbada más que por el piar de los pájaros mañaneros y los murmullos de la naturaleza que despertaba, se extendía entonces por todo el recinto.

Cada cual tenía libertad de cumplir este precepto de callada meditación a su modo.

Quien se ausentaba, solitario, entre los árboles del bosquecillo. Quien meditaba apoyado en la balaustrada de la terraza, cara al sol naciente. Quien penetraba en la media luz recogida del templo de las Musas. Algunos preferían recluirse en la intimidad cerrada de su propia celda.

Pero en aquella hora de absoluta quietud y de general introversión, del aura del recinto pitagórico emanaba un fluido beatífico que se extendía en torno y era como una bendición para el resto del día.

Para estos momentos de introversión, la ética pitagórica daba normas que trazaban los cursos básicos y señeros del pensamiento disciplinado.

Eran aquellas meditaciones fuerzas conscientes, vinculadas a la tónica universal. Ya que cada día, debía encauzarse la meditación individual hacia la virtud correspondiente al astro-dios que lo presidía. Esta costumbre matinal tan extraordinariamente salutífera y purificadora para la psiquis de aquella ejemplar juventud, se imprimía también en la práctica de toda la jornada y constituía el guión ético de la general conducta a manera de un placentero y perdurado acto de sacrificio.

El silencio aquel equivalía, pues, a una plegaria práctica y consciente que trascendía luego en todos los actos del pitagórico.

El día solar era fiesta porque en él se entronizaba el ciclo septenario de la semana. La meditación matinal de este día se desenvolvía en torno a la virtud expansiva, radiante y magnética, a la voluntad actuante y su consecuencia, el poder y la fuerza resultantes de la armonía de todas las facultades del individuo.

El segundo día, el lunar, era consagrado a la paciencia, a la dulzura, al mayor bienestar del hogar comunal, a la maternidad y a todas las virtudes femeninas y pasivas.

El tercer día era el de Ares, el dios bélico. La meditación era entonces sobre las cualidades de la osadía, el cultivo del valor, de la fuerza, la

eliminación de todo miedo.

El cuarto se consagraba a Hermes, el mensajero de los dioses y se meditaba en los distintos atributos de esta deidad que eran, especialmente, todas las formas de relación, la amistad y el buen trato, así como el planeamiento de estudios. También regía la vida en el más allá, puesto que era Hermes el dios que conducía a las almas liberadas del cuerpo por los sutiles mundos.

El quinto día se dedicaba a Jove y se meditaba en el valor de los sacrificios, en la unificación y origen de todas las religiones, en el culto universal o del espíritu, en la ascensión de la personalidad que separa, al ente superior que une.

En el sexto día se consagraba la hora de la meditación a Afrodita, la diosa del amor, y al desenvolvimiento de sus atributos, las cualidades de la simpatía, de la dulzura, del cariño manifestado, de la amabilidad y de la cortesía en todas sus formas. Era el día en que se prestaba mayor atención a todas las delicadezas en el trato y en el pensamiento.

Era el séptimo el día de Cronos y se rendía tributo en él a alguna máxima de sabiduría antigua, ya que era el dios que presidía la edad de oro. Su virtud preferente era la continuidad, la comprensión y la perseverancia, así como aquellas relacionadas con toda modalidad conservadora de la existencia bien organizada.

Cada pitagórico, hombre o mujer, salía de esta meditación matinal renovado interiormente. En ese proseguido culto al silencio, iban lentamente quemándose y desapareciendo, como en una fragua de purificación, las escorias de los días anteriores. Y en las jóvenes conciencias se iba sedimentando el oro purísimo del espíritu.

Del silencio salía el pitagórico fortalecido y serenado.

Los más avanzados entre ellos oían en el silencio más claramente las insinuaciones de su daimon-guía, la voz de la intuición o de la íntima divinidad.

Después de las meditaciones venía el frugal desayuno consistente en frutas, pan, leche y miel.

Entonces comenzaba la activa jornada pitagórica.

Las horas que seguían se dedicaban a los estudios, a las asignaturas del curso respectivo, según las capacidades de los alumnos y la época del ingreso en la Escuela. Arte, religión, ciencia y filosofía se hallaban debidamente estructurados y dosificados para la comprensión progresiva de sus problemas y enseñanzas, a base de un perfeccionado plan pedagógico experimental.

En los grados primeros, la instrucción corría a cargo de los discípulos más adelantados, preparados expresamente por el mismo Pitágoras para el ejercicio de la maestría.

Esto formaba parte del plan de desenvolvimiento de los grados superiores, porque ellos sabían que nunca se aprende tanto como cuando se enseña.

Además, el ejercicio pedagógico desenvolvía grandemente las cualidades de la paciencia, del ponderado equilibrio, la habilidad del método expositivo rico siempre en iniciativas, la oratoria simple y comprensiva y, sobre todo, el hábito de la concentración mental.

En los grados superiores de la enseñanza pitagórica, era el mismo Maestro quien daba las lecciones.

Si corrientemente los cursos técnicos tenían lugar en las aulas respectivas donde se hallaban los instrumentos y aparatos de experimentación idóneos, cuando la enseñanza era simplemente oral, tenían a menudo lugar las pláticas de Pitágoras al aire libre, ya que el maestro prefería siempre el contacto y la colaboración de la naturaleza.

Entonces se reunía con sus discípulos en la terraza, bajo la sombra de los árboles de la colina o más lejos, entre los pinares olorosos de yodo y de resina, a la orilla del mar.

Era una visión encantadora la que ofrecía aquella pléyade de jóvenes de ambos sexos, sanos, robustos y hermosos, vestidos con túnicas y peplos de tonos claros, esparcidos en torno y siguiendo con la mirada inteligente y ávida la palabra y el gesto armonioso del Maestro. De vez en cuando se les veía tomar sus notas respectivas punzando con su estilo de metal reluciente la tablilla de blanda cera sostenida sobre las rodillas. Tales anotaciones constituían luego las directrices de los deberes y temas a desarrollar por el discípulo y eran a menudo índices de preguntas e investigaciones y aun motivos de polémicas posteriores entre los mismos condiscípulos.

Terminadas las clases de la mañana, dedicaban los pitagóricos un buen rato a ejercicios gimnásticos progresivos, a juegos y danzas.

Pitágoras había instituido la costumbre de realizar todos los ejercicios físicos con ayuda de la música, porque creía que ella suavizaba la brusquedad de los movimientos, otorgaba majestad al gesto y armonizaba, a la par, el cuerpo y el espíritu.

A los ejercicios integrales de entrenamiento, seguían el baño y el masaje. En el buen tiempo, muchos preferían el ejercicio de la natación.

Luego el reposo o el libre asueto precedían al ágape comunal, el más

variado y copioso del día, que tenía lugar en el refectorio de la comunidad.

La comida era rica en elementos nutritivos a pesar de no contener ningún producto de sacrificio animal. El pescado y la carne eran eliminados por lo común del alimento del pitagórico, ya que Pitágoras, como iniciado, seguía las directrices de la vida órfica, adaptada a la naturaleza de los griegos de su época. Sabía el Maestro cuánto influía en el carácter del individuo la índole de los alimentos que ingería y cuánto contribuía a la purificación interior un régimen vegetariano, que no infería dolor a ser viviente alguno y era sólo producto espontáneo de las dádivas de la naturaleza.

Este yantar consistía en legumbres y verduras, huevos y ensaladas, pan integral, aceitunas, queso, frutas tiernas y secas y tortas de harina y miel. Tampoco se tomaban alcoholes. Las bebidas consistían en agua natural y zumos de frutas frescas del tiempo.

Antes de iniciar la comida, distribuidos los comensales por grupos en amplios triclinios, por afinidades electivas, realizaban en común el ofertorio de los manjares, según el rito sencillo y tradicional del hogar heleno y terminaban con una acción de gracias.

Después de comer, tras un breve descanso, daban comienzo a los trabajos manuales, a los oficios y a las labores respectivas de acuerdo con las aptitudes y aficiones de cada cual.

La segunda parte de la tarde se destinaba al paseo y a las pláticas y según los casos, a visitas dadas o recibidas, a intercambio de opiniones y a ensayos oratorios sobre temas propuestos o espontáneos.

El que sentía afición por el cultivo de alguna de las bellas artes, trabajaba en su respectivo taller y recibía las lecciones requeridas.

A la puesta del sol, todos los pitagóricos se reunían de nuevo en la terraza, en la parte que miraba a occidente.

Y acompañando el canto coral con la lira, despedían al sol con el himno órfico:

“¡Oh sol, Titán omnividente, que corres en tu carro de fuego al fenecer el día y resplandeces por igual al engendrar la mañana y al extender sobre la tierra la pacífica noche!.

“Moderador de los tiempos, ilumina y sé espejo de los que te cantan, tú que diriges el curso armonioso del universo”.

A menudo, en las noches serenas, después de la postrera frugal comida, gustaban algunos pitagóricos de contemplar el cielo y del estudio de los astros.

En tales ocasiones, y como fruto de las magnificencias de la contemplación celeste, resonaban espontáneos los himnos a la noche, al aire libre, acompañados de la dulce cítara, de la flauta pastoril, de los exaltados címbalos de múltiples ecos o de la gran arpa egipcia, de numerosas cuerdas y cuyos acordes imitaban en el silencio la música de las esferas.

Entre aquellos himnos nocturnos, tenían preferencia los de Orfeo, aquel que con su lira, la más melodiosa entre todas, domaba a las fieras y divinizaba a los hombres.

Uno de ellos invocaba a los astros con estas dulces palabras:

“Astros uránicos, descendientes de la noche de obscuro peplo: Vosotros, que os arremolináis en torno a su trono, ígneos y resplandecientes y regentáis el dominio de las Moiras, reveladoras de todos los destinos, mostradnos, a través de siete rayos, la vía divina a todos los mortales”.

Después de estas jornadas plenas de sazón y de belleza, el descanso era profundo en la mansión pitagórica.

En la alta noche, bajo la luz protectora de las estrellas, un grupo de elegidos descansaba de los trabajos de la jornada sobre el montecillo de las Musas, en un rincón de la Magna Grecia.

Pero en él tenían puestos los ojos los genios que dirigen el movimiento ascendente de la humanidad. Para ellos resplandecía la morada pitagórica como un faro de luz sobre la tierra oscura.

Este ritmo placentero, era a menudo alterado en la Escuela de Pitágoras.

Tenía también instituidos sus festejos públicos y privados a través de aniversarios y solemnidades. Algunas de tales celebraciones eran adaptadas de los misterios menores de los templos cuyos espectáculos rituales conocía Pitágoras a través de sus viajes.

El maestro había previamente ajustado a la psicología juvenil y optimista y al afilado sentido estético y racional de su raza, los más asequibles de aquellos ritos.

Eran fiestas de arte, de alegría y de espiritualidad, cuyo simbolismo podía ser comprendido e incorporado a la experiencia íntima de los espectadores helenos, mediante el inmenso poder de la delectación que procuraba la visión del espectáculo de belleza.

Los equinoccios, los solsticios, las lunaciones y los grandes acontecimientos siderales ofrecidos por las conjunciones y aspectos mutuos de

los astros que Pitágoras sabía interpretar, canalizando mediante tales ritos el influjo que de ellos se derivaba sobre la humanidad, eran frecuentes temas de tales festejos.

Los más populares y externos tenían lugar en el teatro enclavado en la falda de la colina. A algunos de tales espectáculos concurrían algunas personalidades y aun público de Crotona. A veces llegaban invitados de ciudades vecinas.

Pero aparte de esos espectáculos, se celebraban secretamente en el Instituto Pitagórico ceremonias en las que sólo podían tomar parte los discípulos iniciados, los herederos directos de la sabiduría del Maestro, aquella que sólo podía ser confiada oralmente y después de múltiples pruebas consecutivas.

Generalmente, tales celebraciones privadas tenían lugar en una cripta subterránea, en la rotonda circular del Templo de las Musas, o en el recinto vedado del aditum o santuario.

En el templo se efectuaban por lo común las danzas cíclicas, ya que su construcción y perímetro se había levantado de acuerdo con esta función y planeamiento.

Era admirable la consagración de aquella selecta juventud a tales espectáculos. Ellos conocían no sólo la mecánica del rito, sino su oculta finalidad. Al sentimiento estético, a la beatitud que procuraban, se unía la fe en su irradiación, en su trascendencia benéfica. Oficiaban a conciencia porque sabían que, en el transcurso del ritual, cada uno de ellos centralizaba un celeste influjo y lo expandía en torno. Educados sus cuerpos y sus almas en las leyes del ritmo, operaban la más sublime de las magias: la de la belleza y la de la armonía que rigen el universo.

Pitágoras aleccionaba convenientemente a sus discípulos para tales esotéricas celebraciones. La preparación física iba acompañada del adiestramiento de los cuerpos sutiles en ellos. Las leyes superiores del hombre y del cosmos, las verdades eternas de la ética trascendental, las reglas de la sabiduría antigua, se iban imprimiendo así, insensiblemente, sirviendo al ideal armónico de perfección, en las almas de aquella juventud capaz de hacer el más elevado uso de las doctrinas.

En las danzas sagradas se intensificaba su natural belleza y majestad. Diríase que en algunos momentos, el alma de los dioses, altos agentes cósmicos, encarnaba en ellos. Aquellos ritos los divinizaban. Y ellos experimentaban con naturalidad el magno fenómeno que es siempre la finalidad última de todo ritual, cuando se ajusta a las corrientes vivas

universales.

De este modo, y siguiendo un plan completo de formación integral, se desenvolvía la vida pitagórica.

En aquel punto diminuto de la tierra, en la Magna Grecia, una selección de hombres y mujeres se preparaban para servir de injerto a la sociedad y elevar el nivel de la vida griega.

Ellos darían al mundo el más alto ejemplo de elegancia y de hermosura internas y externas. Su organización, como toda institución humana, tendría un fin. Pero su influjo y su ideario, perdurarían a través de siglos y siglos.

IX.- PRIMER GRADO DE LA ENSEÑANZA LOS ACUSMÁTICOS

La Musa Tácita — Recepción y Bienvenida — Plática del Maestro — Valor del Silencio — Deberes del Oyente — Los “Versos Áureos” — Período de Purificación — Las Asignaturas — Labores y Oficios — La Amistad Entre los Pitagóricos.

En medio del umbral de la sala donde recibían sus lecciones los alumnos de primer grado, se erguía de pie sobre un plinto, la estatua de mármol de la Musa Tácita.

Era ésta la efigie de una hermosa mujer velada que, por todo atributo, acercaba a los labios el índice de su mano derecha.

El día del ingreso del candidato al curso preparatorio, el mismo Pitágoras acompañaba al alumno a la sala donde tendría lugar su enseñanza.

Antes de franquear el umbral, deteníase el maestro ante la estatua de la Musa del Silencio y dirigía las siguientes palabras a su discípulo:

— Esta imagen no se apartará un instante de tu mente mientras dure el período de tu noviciado. Ella te recordará el deber que contraes desde este momento, de guardar el más riguroso silencio. No podrás nunca dirigir una sola palabra a tus compañeros ni a tus instructores durante las clases y en las horas de trabajo. En los ratos de asueto y descanso hablarás lo menos posible, ciñéndote a lo indispensable. Desde este momento rendirás, pues, culto constante al símbolo que esta Musa representa. Ella será la mentora de tu vida mientras dure el período de instrucción en el primer grado preparatorio. Amarás el silencio sobre todas las cosas. Observarás sin hacer nunca objeción alguna. No preguntarás ni responderás. Pero tratarás en tu beneficio de concentrar la atención en retener todo cuanto se te enseñe.

No te será concedido el privilegio de hablar en la Escuela hasta que tu palabra valga más que el silencio a que te hallarás sometido como disciplina. En tanto, tus palabras no sean justas, armoniosas y sabias y tengan el poder de ayudar a los demás, te será más beneficioso callar. Observa bien este esencial mandamiento: Callarás hasta que tu palabra merezca ser oída. Hasta que la emitas como una dádiva para los dioses y para los hombres. Hasta que posea

su fuerza, su número y su música. Hasta que se halle, en fin, adiestrada en el conocimiento y en la virtud, merced al ejercicio del silencio que esta Musa representa y ensalza.

En tanto dure tu período de preparación, seguirás cumpliendo tus deberes religiosos. Consagrarás a los dioses el fruto de tus meditaciones. Al mismo tiempo, te irás familiarizando con las labores, artes, ciencias y oficios, que se hallan bajo la advocación de las nueve musas bajo cuya protección se halla este recinto. Pero sobre todas tus aptitudes, desenvolverás, a través del silencio, las facultades de observación y retentiva. Piensa que la madre de las Musas, Mnemosina, representa la memoria, así como Zeus, su padre, encarna el poder-sabiduría.

A través del silencio, culto constante que rendirás a la décima Musa, la Musa Tácita, cultivarás estas dos esenciales virtudes: la concentración mental en los temas de la enseñanza, y la prudencia, consecuencia de la medida. Cuando te sea concedido el don de hablar, hallarás tú mismo el gran beneficio de ese enriquecimiento. Entonces recibirás mis lecciones directas, no antes.

Con tales palabras, se despedía el Maestro del acusmático sin haber traspasado el umbral del aula donde transcurriría su instrucción primaria encargada a los más adelantados discípulos de Pitágoras.

El alumno, con los labios sellados, penetraba allí solo, dispuesto, ahora que comprendía el significado de su período de silencio, a ser un perfecto oyente.

Si las lecciones eran aprovechadas y si la conducta del novicio era aprobada, al cabo de dos años, o sea, de dos cursos completos, pasaba a formar parte de los discípulos internos del primer grado, período que abarcaba, según las aptitudes del estudiante, de dos a tres años más.

Esta segunda fase del noviciado, aun en el grado de acusmático, consistía en pasar al aula de los alumnos del segundo grado, los llamados matemáticos, aquellos a quienes se había levantado ya el veto del silencio. Pero en tanto no hubiera trascendido el período preparatorio, mientras fuera acusmático, sólo podría entrar allí en calidad de oyente.

Mientras los discípulos más avanzados, sus compañeros matemáticos tenían derecho a hablar, preguntar y expresarse, el acusmático debía seguir manteniendo el mandamiento del más riguroso silencio. En tal período, podía, sin embargo, escuchar, no sólo a sus instructores, sino también a sus condiscípulos más adelantados y valorar, en la práctica, el fruto recogido por ellos durante el primer período de su enseñanza preparatoria.

Los primeros cursos correspondientes al grado externo comprendían,

además de todas las asignaturas que constituían la instrucción completa e integral del pitagórico, aunque en su fase elemental, las normas morales dadas por el Maestro en la primera parte, la más exotérica y preceptual, de sus “Versos de Oro”. Tales “Versos” constituían la síntesis, clara y sencilla, de la práctica de las virtudes esenciales a todo pitagórico.

Estaban escritos tales “Versos” en forma de lemas en lo alto de los muros de la sala de enseñanza. Cada día, el instructor de turno los comentaba por partes, adaptando su lección práctica a la comprensión de sus discípulos.

Además de esta forma didáctica o comentada de los “Versos de Oro”, un coro los recitaba con acompañamiento de música, en forma cadenciosa, para los acusmáticos. Así, el poder de su armonía penetraba directamente en el alma expectante de los silenciosos que, sobre el conocido sentido ejemplar de las máximas, asimilaban la belleza y la dulzura de su ritmo y de su cálida eufonía.

Los “Versos Áureos” rezaban así:

*“Honra ante todo a los dioses inmortales
de acuerdo con la ley. Rinde al juramento fe.
Respeto toda creencia. Consagra a los bienaventurados
seres de luz. Honra asimismo a todos los genios
terrestres, dándoles el debido culto.
Honra a tu padre, a tu madre
y a tus parientes próximos.
Elige entre los hombres por amigos
a los más destacados en virtud.
Cede siempre a sus dulces advertencias,
sigue el ejemplo de sus actos
útiles y honestos. Evita en cuanto puedas
repudiar a tu amigo por mínimas faltas.
Piensa que lo posible habita siempre
cerca de lo necesario*. Trata
de vencer todas las concupiscencias.
Sé sobrio en el comer. Vence del mismo modo
la pereza, la lujuria y la ira.
No te entregues nunca a actos reprobables
ante los demás ni ante ti mismo.*

* Se refiere a la “Ley de Necesidad” que así denominaban los griegos el karma o ley de causa y efecto.

*Sobre todo, respétate. Observa la justicia
así en tus palabras como en tus acciones.
No adquieras la costumbre del desorden
ni actúes sin causa ni razón.
Reflexiona que el Hado ha dispuesto
nuestra muerte. Que los bienes externos
son inestables y nada seguros.
Y que las desgracias de la vida
vienen por voluntad divina.
Sufre con paciencia tu suerte, sea cual fuere,
y no te enojés nunca. Pero trata
de remediarla sin embargo en lo que puedas.
Piensa que el destino ahorra
muchos males a los comprensivos
y a los bondadosos. Discierne con cuidado
las opiniones de los demás, buenas o malas.
No las admitas fácilmente, ni presto las rechaces.
Cuando adviertas engaño, serenamente escucha
y practica la paciencia. No te dejes
seducir jamás por palabras ni por hechos
ajenos. No digas ni hagas nunca
cosas que te perjudiquen. Procura realizar aquello
que de veras conozcas. Pero esfuérgate
por aprender, ya que al estudio
acompaña la dicha. No descuides
jamás la salud de tu cuerpo. Dale con regla
alimento, bebida y ejercicio,
pero todo en debida medida
para que nada te perjudique.
Acostúmbrate a vivir limpia y sencillamente,
sin lujos. Evita provocar la envidia.
No realices extemporáneos dispendios
propios de aquellos que no reflexionan.
Pero rehúye la avaricia y la mezquindad.
Ama el justo medio en todas las cosas.
Medita antes de obrar, aquello
que es más conveniente hacer.
Y no permitas que en la noche*

*cierre el sueño tus párpados,
sin examinar juiciosamente todas
las acciones del día. Pregúntate:
¿En qué habré faltado?. ¿Qué dejé de realizar
que debía haber hecho?.
Si en este estricto examen
hallas que obraste mal,
repréndete severamente. En cambio,
regocíjate de tus propios aciertos.
Practica bien estos consejos. Medítalos.
Ámalos con toda la fuerza de tu alma.
Que ellos te conducirán certeramente
por el sendero de la virtud divina”.*

Esta primera parte, la más asequible, de los “Versos de Oro” de Pitágoras, eran cantados una y otra vez, de modo que tanto la forma armoniosa como los preceptos de su contenido penetraran poco a poco en los discípulos del primer grado.

Toda su conducta, toda su vida, debían ajustarse a tales reglas mientras durara el período de su purificación bajo el imperativo del silencio.

Los “Versos de Oro” eran a manera de un bálsamo de salud externa e interna para el joven pitagórico.

No sólo los actos del acusmático, sino su apariencia, su expresión, sus gestos, eran observados detenidamente en el decurso del largo período que duraba su silencio.

Creían los discípulos avanzados, de acuerdo con las enseñanzas del Maestro, que los actos, así como las palabras y más aún los pensamientos, imprimen en nuestro cuerpo una huella inconfundible. Ellos nos modelan lenta, pero seguramente.

Por ello y antes que los superiores conocimientos del pitagorismo les pudieran ser revelados, era preciso que el cuerpo, las emociones y la mente del alumno, como la copa de las consagraciones, se hallaran limpios y puros, dignos de transparentar las aguas de la sabiduría.

Paralelamente a la asimilación de tales reglas de ética práctica, los acusmáticos recibían lecciones de artes y ciencias, dosificadas y adaptadas a su estado de comprensión.

La instrucción de orden intelectual o teórica comenzaba por tres asignaturas fundamentales: la aritmética, la geometría y la música.

Pitágoras había declarado estas tres asignaturas como las básicas de toda su enseñanza.

Sobre el fundamento de estos conocimientos esenciales, se levantaba luego el inmenso edificio de su sistema de educación integral.

Cada una de tales asignaturas se ampliaba y sub-dividía luego, en forma escalonada, a medida de la capacidad y progreso del discípulo.

El conocimiento primario de los números o aritmética, el de las formas simples o geometría y el de la música o armonía, constituían no sólo el fundamento de la cultura externa del pitagórico, sino que eran los pilares inmovibles de toda formación posterior, ya que en tales asignaturas se estructuraba la filosofía y el régimen de vida interna del iniciado en la sabiduría. Ya que todo en el universo se basaba en ellas.

De todas las bellas artes, la más cultivada por los acusmáticos era la gimnasia rítmica y la danza.

La danza era la suma de todas las demás artes. Además, creía Pitágoras en su inmenso poder para la elevación interna del individuo, ya que constituye el ritual perfecto de la belleza, cuando se ajusta a las leyes de la armonía universal.

Al contenido plástico de la rítmica y la danza uníase su aportación lírica, su cultura musical, su sentido esotérico y planetario aparte su inmenso valor higiénico como gran forjadora de salud, de agilidad, de esbeltez, proporción y hermosura. La danza, además era la maestra de la estatuaria. Ya que el arte estática de la plástica debía encerrar la eurytmia, el equilibrio de masas del movimiento medido.

Pitágoras concedía un gran valor a la formación espiritual a través del arte. La contemplación de la belleza crea en el individuo el hábito de todo lo armónico que se va impregnando y asimilando en el alma.

A través de la cultura artística se lograba un gran avance en la formación integral del pitagórico. Sabía el ilustre samio que el arte era una magia positiva. Convenientemente administrado el cultivo de las artes bellas, lograban, por traspasadura, por penetración sutil, que se manifestase la propia deidad interna. En tal caso, era ella directamente la que operaba el progreso del alumno naturalmente sensible.

Este proceso era siempre un misterio para el mismo acusmático y para sus instructores. En la hora de dar el fruto, solía sorprender la eficacia y los alcances conseguidos por este método sugerido de cultura artística.

Por ello tenían las bellas artes un lugar preferente en la formación del pitagórico.

Respecto a las ciencias, se prefería, ante todo, la enseñanza de las naturales, que ponían al discípulo en contacto con las maravillas de la madre Tierra. A tal fin, poseía el Instituto un museo de ciencias físicas y naturales, así como laboratorios de investigación y granjas de cultivo.

El mundo circundante, con sus maravillosos y variados fenómenos, era estudiado a través de la geología que experimentaba en los elementos terrestres y sus secretos. De la zoología, que familiarizaba a los alumnos con la naturaleza, costumbres e intimidad de los animales. De la botánica, que les descubría esta inmensa hermandad vegetal que cubría la tierra en sus diversas latitudes y climas, por familias.

El cultivo, también, de los productos de la tierra en huertas y jardines, les daba a conocer prácticamente la naturaleza de las semillas, de los frutos y las flores así como la utilización y elaboración de ciertos productos vegetales.

Paralelamente a tales trabajos de colaboración común en beneficio de la Escuela, los alumnos y alumnas de primer grado practicaban labores manuales propias de ambos sexos en los talleres respectivos, de acuerdo con sus aptitudes y aficiones.

En tales talleres se elaboraban las prendas de uso de los mismos pitagóricos y los utensilios y enseres de la Escuela y de sus viviendas, así como toda índole de objetos de arte y adorno.

Todos estos trabajos en común, la forma de desenvolvimiento de los estudios, la mancomunidad de ideales y el roce constante, fomentaban entre los pitagóricos la más alta forma de amistad y confraternidad, que crecía a medida del pulimento y progreso de cada individuo aislado.

Especialmente en los juegos, las danzas y el recreo, en las excursiones y los paseos, el vínculo amistoso se iba intensificando insensiblemente día a día. Este descubrimiento, la valoración de la gran dádiva del mutuo afecto, la capacidad del amor y del gozoso sacrificio por el compañero se convertía, andando los años, en el mayor estímulo, en el mayor halago de la convivencia en la Escuela.

Esta capacidad de amor que el ideal mismo en común les despertaba, habría de convertirse en el gran vínculo, en la poderosa fuerza de unión de la fraternidad pitagórica que sería en los siglos venideros la fórmula más eficaz de siembra y perduración de la doctrina.

Esta estrecha vinculación del sentimiento amoroso y fraterno, creaba entre los pitagóricos un clima en el cual el gozo de toda virtud y de todo logro individual era compartido, el hito de cada conocimiento transmitido como una común riqueza y la hermosura y la elegancia de cada pitagórico, hombre o

Josefina Maynadé – La Vida Serena de Pitágoras

mujer, admirados como una dádiva de los dioses hecha para el noble orgullo de la Institución.

X.- SEGUNDO GRADO LOS MATEMÁTICOS

Día de Oro — Nacimiento de la Palabra — “Versos Áureos” del Grado — Bienvenida al Matemático — Suma Ética del Silencio — El Ciclo del Conocimiento — Símbolos Esenciales del Pitagorismo.

Los pitagóricos llamaban “día de oro” aquel en que Pitágoras daba la bienvenida a los alumnos de segundo grado.

Siempre coincidía el fausto acontecimiento con la fiesta de un día solar. Era fama entre los griegos que en la jornada que encabezaba el ciclo septenario semanal, el sol tenía una luz y una irradiación distintas. El vínculo entre el espíritu solar y el humano se estrechaba entonces misteriosamente, merced a los enlaces de la vida humana con la vida de los astros.

Según las creencias del pitagorismo, en tales días, faustos para todo memorable acontecimiento, la humanidad se halla más cerca del Padre universal.

En verdad, aquel celebrado día de la ascensión del acusmático a la inmediata categoría de matemático, nacía a la verdadera luz solar el pitagórico, ya que participaba en el misterio y la comunión de la palabra.

Entonces empezaba para él el período de derecho en la Escuela.

En adelante recibiría las lecciones directas del Maestro y podría ya tomar parte en los trabajos ejecutivos como en los directivos si manifestaba aptitudes para ello.

Era costumbre que, a la hora señalada de la recepción, todos los discípulos que cursaban el segundo grado, tanto varones como hembras, fueran al encuentro de los recién llegados a su aula para darles la enhorabuena.

Amistosa y efusivamente los acompañaban hasta el lugar que tenían designado en la sala, a la sazón adornada para el acto solemne de la recepción.

Allí, un coro de voces armoniosas cantaba para ellos, al compás de las liras, los siguientes “Versos de Oro”, adaptados al estadio intelectual y moral de los matemáticos del segundo grado de la enseñanza pitagórica:

***“Juro por Aquel que ha transmitido
a nuestra alma la tétrada sagrada,
inmenso y puro símbolo
fuente de la naturaleza de perenne curso,
que no actuaré nunca sin antes
invocar la ayuda de los dioses”.***

Este juramento lírico, debían repetirlo, conjuntamente con el coro, los recién ingresados. Así la comunión de sus voces en el canto, era el primer bautismo de su palabra recién nacida y armoniosa.

El solemne y simple recitado era como un fausto augurio y sellaba el advenimiento del derecho de hablar.

La prez cantada era el compartido ofertorio, el simbolismo vivo de su participación en la hermandad activa, en el derecho de ejercicio de las facultades integrales del pitagórico.

Después del breve coral, los nuevos matemáticos eran invitados a guardar silencio, a oír y a meditar en los “Versos” siguientes que los alumnos más avanzados cantaban:

***“Cuando hayas adquirido esta costumbre,
conocerás la constitución de los dioses inmortales
así como la de los hombres.
Sabrás cuáles son sus posibilidades
así como el medio que los contiene
y la divina ley que los une.
Conocerás en justicia la identidad
de todas las cosas del universo.
Y ya no esperarás lo que no te sea debido
porque nada en la tierra se te podrá ocultar”.***

Tales estrofas, que oía por vez primera el pitagórico recién ingresado en el grado segundo, interpretaban la oculta promesa del matemático.

No era ya los preceptos morales y las reglas de vida contenidas en los “Versos” del primer grado y cuya teoría y práctica había asimilado en los años de silencio.

Estos otros “Versos” implicaban, aunque de manera algo velada, lo que la ciencia matemática iría revelando en el transcurso de la nueva enseñanza,

tanto a su mente concreta como a su cada vez más desenvuelta capacidad abstracta, ya bajo la guía directa de Pitágoras.

En el transcurso de las lecciones que comenzarían, de los comentarios mutuos y de las pláticas del Maestro, los nuevos alumnos irían desentrañando su sentido así exotérico como esotérico.

Pero su repetición cantada los haría llegar envueltos en alquimizadas y sutiles formas de comprensión inefable merced a la magia de la armonía. De este modo entrarían en su ser más hondo y se afincaría en el alma del pitagórico y su mensaje, su experiencia, le penetrarían suave, pero certeramente, incrustándose en su conciencia.

Al cesar los últimos prolongados acordes corales, se hacía un solemne silencio general que el Maestro aprovechaba para impetrar de los dioses la bendición sobre los recién llegados.

Rodeado de sus discípulos, de pie en la tribuna, se erguía, la figura mayestática de Pitágoras que, con la faz levantada y los ojos entornados, recibía las elevadas corrientes de las potestades invisibles que presiden ocultamente toda solemnidad de alto significado celebrada en su nombre.

Al cabo de un rato, rompía el silencio dirigiendo la ponderada palabra a sus discípulos que se hallaban pendientes de sus labios.

— Bienvenidos seáis en este hogar del conocimiento. Desde este momento puedo llamaros “Hijos del Silencio” puesto que acabáis de trascender la dilatada prueba de saber callar, una de las más arduas del discipulado.

Pero esto no basta. En los cursos que ahora os esperan, revestidos de la dignidad de matemáticos, esta augusta filiación tiene que granar en sabiduría. De lo contrario, habríais sólo obtenido el silencio estéril de las piedras.

El pitagórico debe llegar al silencio positivo, articulando a través de él todas las fuerzas de su pensamiento y de su radiante magnetismo. Sólo en este caso se recibe en el silencio el privilegio de su acción benéfica. En sus aguas tranquilas se halla la purificación de la humildad y de la reverencia.

Estas virtudes serán en adelante el firme soporte de vuestro progresivo adelanto, de vuestro enriquecimiento interior. Porque en ningún caso, ni en la superación del mayor logro, deberéis desecharlas.

No olvidéis nunca que la elegancia completa, la que dimana a la par del cuerpo y del espíritu, es resultado de la serenidad, del equilibrio de todas vuestras facultades y potencias. Y que la serenidad es la flor secreta de la humildad y de la sencillez.

A través del hábito del silencio, aprende el pitagórico a escuchar.

Primero las palabras, luego las vibraciones. Porque todo tiene un lenguaje en la vida, aun lo que nos parece mudo. Todo habla al que es capaz de escuchar y comprender. Y el lenguaje de la vida es el que sustenta mayor sabiduría. Pero hemos de aprender a interpretarlo. Su verbo es un canto puro, una armonía pura, ya que la vida es un don y un privilegio divino. Todo consiste en saber hallar esta armonía.

Ahora empieza para vosotros, trascendido el período de preparación, el ciclo de conocimiento.

No entenderíais en este sentido trascendente, a pesar de vuestro adiestramiento en el silencio, si antes no conocierais.

A eso venís, engrosando las filas de los matemáticos.

Responsabilizados ya en lo que se refiere al valor de la palabra, deberéis tender en todo momento, al hablar, a officiar con ella. No lo olvidéis.

Así que, emplearéis el lenguaje como un afinado instrumento armonioso. Sólo así penetrarán vuestras palabras en el alma de los que os escuchen. Así crearéis con ellas música de pensamiento.

En estos años de abstinencia hablada, habéis aprendido ante todo a valorar y a dar categoría al silencio. Ahora pondréis este silencio conquistado al servicio de la expresión interior. De este modo, palabra y silencio recobrarán al unísono para vosotros su más alta y noble categoría.

Sin embargo, os aconsejo que seáis siempre parcos en hablar. Reflexionad antes de hacerlo. Compulsad el móvil de vuestra íntima intención. Comprobad por anticipado si hay armonía en lo que vais a decir.

Cultivad la dulzura del lenguaje si queréis que sea una fuerza, si anheláis que sea en verdad un medio eficaz de persuasión.

Pero antes que nada, sed verídicos. Únicamente la verdad da a la palabra el poder de la lira de Orfeo. La palabra del pitagórico debe ser sagrada como un juramento pronunciado ante el altar de un dios.

No pronunciéis jamás palabras vanas e inútiles. Son un dispendio de energía, una falta de administración interna. Que todas las palabras que pronunciéis en el día puedan resumirse en una inédita plegaria, grata a la íntima deidad.

Pensad siempre antes de hablar si lo que vais a decir beneficia a alguien o a vosotros mismos en el real sentido de la expresión, apartando a un lado toda forma, aun la más sutil, de vanidad.

Yo experimento el regocijo profundo de vuestro ingreso aquí, como discípulos directos míos.

Desde hoy, el ambiente del Instituto se enriquece con el sonido de

vuestra voz. Ello casi significa recuperaros en vuestra integridad consciente de pitagóricos.

Tanto yo como mis allegados discípulos, esperamos que en adelante haréis honor a la dignidad de matemáticos que en este momento os otorgo en el sagrado nombre de los dioses.

Con esta breve peroración, quedaba admitido el alumno como escolar del segundo grado. Entonces adquiriría la facultad de oírse a sí mismo. Al sumar su voz a la de sus compañeros, sentía al principio un asombro parecido al que se experimenta al oír la música de un instrumento desconocido.

Entonces comprendía todo el beneficio de los años pasados en el silencio. ¡Cuánto le habían enseñado!. ¡Cómo saboreaba ahora el privilegio de hablar y cómo mesuraba sus palabras!.

Poco a poco, en este nuevo período consagrado a la adquisición de superiores conocimientos, su lenguaje debía ir adquiriendo aquella fluidez y aquel ritmo propio de la medida y de la prudencia que hacen de la palabra del sabio la mayor dádiva.

Allí iría aprendiendo las leyes de la eufonía, la estructura y capacidad armoniosa del lenguaje, doble corona de la ya tan musical lengua griega.

Con el dominio y posesión del privilegio de saber hablar y de saber callar, asimilaba el matemático la enseñanza fundamental del segundo grado: la ciencia superior de los números que sostenía todo el armazón del edificio interno del pitagorismo.

Del aspecto concreto de los cálculos y reglas aritméticas, pasaba el estudiante a las matemáticas abstractas y de ellas a los símbolos o imágenes filosóficas.

El conocimiento de los números abarcaba pues, desde su expresión más simple y exotérica, hasta su más profundo significado: las leyes matemáticas del universo.

En posesión ya de ciertas claves de interpretación, se relacionaban los números con fuerzas cósmicas cuyo conocimiento y dominio permitían al matemático emplear sus conocimientos en el porvenir con fines superiores. Ellas le permitirían conocer al hombre en toda su vasta naturaleza, como un microcosmos o mundo menor, así como el complejo medio de su desenvolvimiento y el planeta que nos sustenta, hasta alcanzar las magnitudes de la proyección macrocósmica dentro de los ámbitos universales.

Allí aprendía el matemático la correspondencia de los números con los cuerpos geométricos, su símbolo y su interpretación correspondiente.

Aquella estructura lineal de las formas aprendida en el grado de

acusmático, adquiriría ahora volumen y estado. Eran ya como representaciones de cosas vivas, de verdades y de leyes permanentes.

— El uno es el principio de todo — decía Pitágoras —. Es el símbolo de Dios. El uno es el germen del inmortal e infinito Espíritu, la causa eterna de la que emanan todas las cosas temporales, visibles y sensibles.

Al manifestarse este Uno indivisible, se convierte en mónada, como una extensión de sí mismo. Es entonces Dios manifestado, el Padre.

Entonces el uno halla su reflejo en el dos, los pares de opuestos, la dualidad esencial, símbolo del Padre y de la Madre, y aparece la díada.

Del uno y del dos nace el tres que completa la tríada. Es la Trinidad antropomórfica de todas las religiones: Padre, Madre e Hijo o Espíritu Santo. El tres es el Hijo, el Avatar, la manifestación divina en el tiempo.

Con la tríada tenemos el símbolo primario, el triángulo equilátero, la forma perfecta.

La tríada representa la continuidad de la vida.

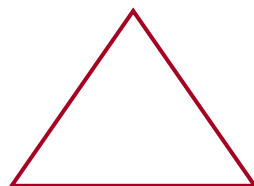
Sucede al número tres el cuatro, la cifra básica, del mundo objetivo, pilar de los elementos terrenos. Estos primeros números forman, al unirse, el símbolo del cuaternario.

Manifestado este cuaternario en planos de extensión, cuando al sentido del tiempo se une la realidad del espacio, aparece, con el cuaternario elemental, la primera unidad corpórea, la forma volumétrica, el poliedro simple, o sea, el tetraedro.

Si sumamos los cuatro primeros números, $1 + 2 + 3 + 4$ obtendremos el diez, la década sublime, el principio y fin de todas las cosas, el uno y el cero, el punto y la circunferencia, cuerpo máximo y perfecto.

Del cuerpo simple — el cuaternario — llegamos, a través de su misma suma simbólica, a la tetractis, el principio universal que le dio nacimiento.

El triángulo representa las tres cualidades o atributos de la divinidad, cuyos correspondientes predicados ostentará como lema interno todo pitagórico. Ved su esquema en este triángulo:



El vértice superior es el punto (el uno) que se convierte en mónada, símbolo de la línea descendente. De la mónada nace la dualidad, (el dos)

punto desdoblado en la segunda línea, la díada.

Ambos brazos celestes tendidos hacia abajo señalan el comienzo de la manifestación, necesariamente limitada, circunstanciada, formando otra línea, (el tres) que une el extremo de ambos brazos descendentes.

Esta última línea, la que simboliza la continuidad, el hijo en la trinidad, divina, es el horizonte o plano estable, la creación.

Si consideramos el mismo triángulo en su sentido cualitativo, atribuiremos cada lado, respectivamente, a la Verdad, la Bondad y la Belleza, correspondientes al Padre, la Madre y el Hijo.

Esa trinidad cualitativa tiene sus predominantes en la constitución triangular de la misma sociedad en la forma siguiente: la Verdad preside la ciencia, la Bondad la religión, la Belleza el arte en sus formas puras y aplicadas.

Y completando lo antedicho en su sentido superior y universal, añadiremos el simbolismo del Triángulo Pitagórico ya en su dimensión seupercósmica en que la cualidad de la Verdad se traduce en Ley — ley universal o suma de leyes —; la Bondad en Providencia — divina — y la Belleza en Armonía.

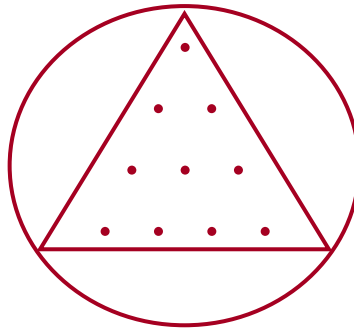


De estas tres cualidades que, en su dinamismo puro, como vibración podríamos definir también, respectivamente, como Energía, Sensibilidad y Armonía, brotan las tres grandes ramas de las esenciales actividades humanas: la Ciencia, derivada de la Verdad-Energía. La Religión, forma concreta del ideal de Bondad-Sensibilidad. Y el Arte, consecuencia de la Belleza-Armonía.

De la trinidad pasaremos al cuaternario, representado como elemento de volumen, como cuerpo primario simple en el tetraedro y cuyo símbolo terrestre es el cuaternario.

Por otro lado, si como hemos dicho ya, de la suma de los primeros cuatro números que lo componen obtendremos el 10, la década,

representaremos a ésta con el diagrama síntesis de todas las verdades humanas, terrestres y divinas, llamado triángulo pitagórico de los diez puntos inscritos, suma de todas las sabidurías:



La circunferencia, el cero, el infinito, con el punto central, el uno, principio y fin a la vez, integran el triángulo con su triple interpretación representada por los nueve puntos (las nueve unidades o números simples).

La interpretación de este símbolo puede realizarse a través de múltiples y misteriosas claves, que no están ahora al alcance de vuestra capacidad. Actualmente estamos empleando sólo la primera de ellas: la numérica o matemática.

Siguiendo el análisis filosófico del simbolismo de los números simples, a partir del cuatro, nos encontramos con que el cinco es la representación genuina del hombre.

El hombre, en su origen, es una pentalfa, una estrella de cinco puntas:

Es el quinario glorificado, el ser perfecto, con los brazos tendidos en señal de fraternidad a todo cuanto le rodea. Esta actitud es también símbolo de sacrificio, de acto sagrado, ya que el que ama y siente la fraternidad, comparte con sus hermanos la dádiva celeste. Es el sacrificio del banquete de los dioses, en su acepción mística. Es partir el néctar y la ambrosía de los liberados cuya dulzura no es más que la suma espiritual de muchas amarguras superadas. Es, también, el famoso Número de Oro de los cabalistas.

Si la interpretación de los dos brazos horizontales equivale al oriente y occidente de la estrella de cinco puntas o pentalfa, las dos inferiores, equivalen a las dos piernas humanas, en este caso separadas, indicio de marcha, de evolución.

El número siguiente, el seis, representa el doble triángulo enlazado. El superior es el positivo cuyo vértice se dirige hacia lo alto. El inferior o

negativo, posee el vértice dirigido hacia abajo. Es la divinidad contemplando su reflejo invertido en las aguas de la manifestación.

El siete se transforma en el septenario divino, símbolo a la vez del hombre y del universo. Es el ser humano como microcosmos, el individuo completo, perfecto, el andrógino, que aúna las experiencias masculino-femeninas. Tal es el ser evolucionado que integra ya en sí los reflejos o cualidades distintivas de los siete planetas, el septenario celeste. A través del tiempo, ascendiendo en la evolución, ha trascendido los principios inferiores, el cuaternario de la materia, mediante la trinidad superior o divina, que, potencialmente, todos somos susceptibles de alcanzar puesto que la poseemos en estado latente.

El ocho, el doble cuadrado, ha sido llamado el símbolo de la pureza ya que, mediante esta virtud, los cuatro elementos inferiores del hombre se transfieren al trascenderse, a su fuerza, a su elevada potencia. Es el óctuplo poder. Es el óctuple sendero del budismo, o sea, el siete sagrado de la iniciación planetaria, más la liberación, la superación de toda prueba o senda.

El nueve es la triple trinidad, *la tres veces grande* deidad del cosmos. Nuestra religión le ha dado la forma esotérica de las nueve hijas de Zeus, las Musas divinas, cuyo simbolismo es mucho más profundo y abstracto del que comúnmente se imagina el profano.

A través de estas enseñanzas, que, partiendo de la más concreta raíz del conocimiento, los números, se remontaba a las más elevadas abstracciones del pensamiento filosófico, las graduales teorías de Pitágoras iban abriendo nuevos surcos de luz en el alma de sus discípulos.

Su palabra devenía como riego de otras pródigas aguas de sabiduría en el fértil campo intelectual y moral. A través de la escala de las matemáticas llegaban de este modo a las puertas de la Teofanía.

XI.- TERCER GRADO LA TEOFANÍA

El Misticismo Pitagórico y el Hieros Logos — Axioma Hermético — En el Templo de las Musas — Naturaleza de las Diez Deidades — Pláticas y Coral — La Tríada de los Misterios Griegos — La Triple Némesis — Las Tres Parcas — El Misterio de la Muerte — La Reencarnación a Través del Mito Griego — La Anastasis, Fin de la Iniciación — Los Trasgresores de la Ley.

El pitagórico que culminaba todas las asignaturas del segundo grado, entraba en la fase del desenvolvimiento de la mente abstracta.

Como consecuencia, se abrían para él horizontes infinitos ya que, superados los conocimientos básicos de los grados preparatorios, llegaba ininterrumpidamente a otros métodos superiores de desenvolvimiento. Entonces su alma se abría como una flor a la contemplación de las leyendas explicadas a través de las clases iniciáticas.

De hecho, empezaba entonces para el pitagórico, con la Teofanía, el proceso místico.

Comprendía ella la revelación esotérica no sólo de los mitos, sino de otras profundas verdades de ellos derivadas. Merced a una dosificada y progresiva ordenación de muchas materias que constituían el fondo secreto de los Misterios religiosos, pudo escribir Pitágoras su famoso manuscrito conocido como el *Hieros Logos* o Palabra Sagrada.

Era este tratado a manera de guión didáctico de sus cursos superiores.

La primera parte se hallaba dedicada al grado teofánico.

Este precioso manuscrito contenía todos los símbolos explicados así como la alta filosofía que encerraban. Multitud de leyendas religiosas aparecían en él a la luz traducida de la verdad iniciática. Era, en fin, la suma de los conocimientos asimilados por Pitágoras durante toda su vida y el resumen de las experiencias de sus viajes y estancias en las sedes de la oculta sabiduría de su época.

Siguiendo, pues, las normas diseñadas en su *Hieros Logos*, estructuraba

Pitágoras las progresivas lecciones a sus discípulos durante el período teofánico y el siguiente.

En cuanto a los temas a tratar y a sus apropiadas circunstancias, seguía el Maestro también, a ejemplo de los sabios egipcios y caldeos, las insinuaciones de las estrellas.

De acuerdo con el axioma de Hermes: “Como arriba, así es abajo”, Pitágoras hacía confluir siempre sus actos y labores, como los de sus discípulos, dentro del ritmo de las corrientes universales, merced a su profundo conocimiento del firmamento y de sus leyes operativas.

El inicio de la Teofanía iba siempre precedido de una solemnidad religiosa, ya que en el fondo, inicio religioso era la fase en que entraba a la sazón el pitagórico.

Generalmente, ese momento culminar, ese bautismo espiritual, se efectuaba de acuerdo con las insinuaciones de los astros propicios, en la cripta subterránea, en contacto con el magnetismo terrestre y que se hallaba excavada en las mismas profundidades del Templo de las Musas.

Esta simple ceremonia de ingreso al tercer grado, marcaba huellas indelebles en el alma del pitagórico porque tenía un carácter esencialmente esotérico y operaba su influjo en su naturaleza interna.

Los conocimientos asimilados desde el ingreso en la escuela, entraban entonces en un período de realización. El discípulo debía operar en sí mismo a través de aquellos materiales pacientemente almacenados, la transformación y la ascensión a un estado de mayor florecimiento.

La recepción se realizaba en el Templo de las Musas, en el cuerpo central y circular del edificio, en el corazón del Instituto, donde el Padre de los dioses se encarnaba en los símbolos esenciales de las asignaturas pitagóricas personificadas en sus hijas, las Musas.

Pero si ellas representaban en lo concreto las distintas actividades de los trabajos del pitagórico, en lo abstracto devenían estados y facultades de un orden que el vulgo desconocía.

Formaban las estatuas de mármol de las nueve diosas un triple triángulo y se hallaban distribuidas en torno del ámbito interior del templo, también de forma circular, rodeado de esbeltas columnas jónicas.

En el centro se erguía la imagen velada de Hestia, la diosa guardiana del fuego divino. Ante ella, perpetuamente, ardía la pira sobre el ara propicia.

Después del himno vespertino, cuando en la paz solemne del anochecer se encendían en el cielo las primeras estrellas, penetraban en el Templo y en religioso silencio los discípulos, hombres y mujeres, que acababan de

trascender al grado de matemáticos.

El himno al sol poniente resonaba aún en sus oídos. Era para ellos aquel día la despedida armoniosa a una fase trascendida de la disciplina pitagórica.

En la mañana siguiente despertarían, con el dios de la luz, a la vida teofánica.

En la semipenumbra del Templo, las estatuas de las nueve Musas, erguidas sobre sus pedestales, parecían dar la bienvenida a los pitagóricos reunidos en su morada, acogidos en torno a sus imágenes.

Tras ellos aparecía en el sagrado recinto Pitágoras vestido con alba túnica y seguido de algunos de sus discípulos más avanzados.

El Maestro se situaba en el centro, a los pies de Hestia, la diosa velada, frente al ara sobre la que ardía una pira.

Entonces los discípulos que lo acompañaban formaban estrecho círculo en torno a la diosa central, detrás y a ambos lados del Maestro.

De pie, erguido y majestuoso, elevaba Pitágoras la noble faz iluminada desde abajo por los ígneos reflejos de la llama, concentrábase unos momentos y daba comienzo, con voz queda y pausada, a sus palabras de bienvenida a los alumnos del tercer grado.

Aquella plática era a la par una exaltación del misterio teofánico o sea, una exaltación del elemento divino actuante en nuestras vidas y un programa anticipado de las actividades que aguardaban a los jóvenes advenidos.

— Os halláis desde este momento — comenzaba — bajo el amparo y la guía directa de las diosas. Ante vosotros irán cayendo, uno tras otro, los velos que las cubren a vuestra comprensión. En su nombre, pues, os recibo en este santuario. Que bajo su divina advocación os sea propicia esta nueva etapa del sendero.

Hestia, la guardiana del fuego del hogar para los profanos — decía, volviéndose y mostrando la imagen de la diosa velada que se hallaba tras él — será para vosotros, desde ahora, la encarnación del espíritu del fuego cósmico, la vida del universo manifestada como poder maternal, providencial y benéfico en vuestras vidas de incipientes conocedores de sus misterios. A ella invocaréis en vuestras preces conscientes, ya que ella completa y resume la década divina, con las nueve Musas aquí presentes.

La Musa Tácita es a manera de doble velado de Hestia. Si aquélla era el silencio, ésta representa la lengua de llama, el verbo puro, la palabra operante como fuerza viva del pensamiento.

Para vosotros, purificados en el silencio y ejercitados en la palabra consciente, Hestia representa el culto que debéis a toda forma de actividad

creadora y purificadora. Tal es el símbolo de este fuego cuya llama nos ilumina.

Como la madre del mundo vela sobre este fuego, debéis velar en vosotros mismos el símbolo de la llama eterna: la sabiduría como poder y como elemento de pureza.

Mis periódicas enseñanzas os darán sólo el germen de esta facultad creadora que está en vosotros y que debe iluminarse por la intuición. En esta cualidad se resume la doble actividad que tendrá lugar en cada uno de vosotros en el actual estadio de vuestro desenvolvimiento. Ella representa el punto sutil de convergencia entre la ascensión mental a las ideas abstractas y el descenso de la aportación divina.

Para ello son necesarias dos cosas: el conocimiento y la adoración aspectos activo y pasivo de la Teofanía.

Desde ahora os rodean, no ya las imágenes de las Musas que veis con vuestros ojos físicos en este recinto, sino su espíritu, su verdad esotérica y sin forma.

Si para la vulgaridad de los hombres, Urania es la encarnación del cielo que vemos, con sus maravillosos fenómenos, sus estrellas y sus rotaciones, para vosotros será la ciencia que enseña los influjos de estas estrellas y de estos fenómenos sobre el carácter y la idiosincrasia de los hombres, sobre sus destinos y posibilidades de transmutación a lo superior, siguiendo su propia tónica.

Si se tiene a Erato, la diosa coronada de mirtos y de rosas, por la Musa de la poesía lírica, erótica o amorosa, para vosotros será el amor como ley de las afinidades electivas, de las corrientes universales de la simpatía. Ella sellará altamente vuestros sentimientos, llenará de amor y de dulzura vuestros pensamientos y vuestras palabras. Eliminará toda sombra de odio en vuestros corazones aún en sus más sutiles y engañosas formas y os enseñará a amar todas las cosas y a todos los seres hasta que sus candidos atributos florezcan en pureza en vuestra aura.

Si Clío es la Musa de la historia para los profanos, para vosotros será en adelante la gran mentora de la evolución del hombre y de la humanidad, la registradora de las experiencias atesoradas de los ciclos de civilización a través de la filosofía de los acontecimientos colectivos.

Si se considera a Polimnia la deidad de la persuasión y la retórica, para vosotros será la dadora del poder mediante el himno y el oficio religioso de la palabra a través del misterio inspirativo como agente del bien y de la verdad. Será, pues, la palabra plasmadora de los espíritus, la acción mediadora del

genio.

Si Melpómene se considera vulgarmente la Musa de la tragedia, vosotros la consideraréis la alumbradora espiritual, la purificadora por la acción del dolor como acicate de perfeccionamiento, como algo transitorio con que enmascara la vida como vehículo de mayor adelanto y comprensión, como estímulo para la compasión ajena.

Si Euterpe es, exotéricamente, la divina encarnación de la música y del placer que procura, para vosotros será la mentora de la armonía como ley del espíritu, aquella que dirige la música de las esferas y que al encarnarse en nosotros, nos enseña a vivir de acuerdo con la ley compensativa, en equilibrio la acción y la reacción, la causa y el efecto. Que no otra cosa es la armonía como ética universal.

Si Calíope se considera la musa de la poesía heroica, para vosotros será la señora del poema de vuestra propia conducta, elaborada en el ideal de la escuela al sumarse al gran canto de la vida. Merced a ella, se os hará perceptible el significado rítmico de todo sueño, de toda aspiración y acontecimiento, la vida como alta e iluminadora poesía.

Si Terpsícore preside la danza de los cuerpos, presidirá en vosotros el orden de vuestros pensamientos, de vuestras emociones y de vuestros actos, la danza de significados cósmicos, en el juego de una acción completa y perfecta.

Y por fin, si Talía, la floreciente, gobierna para el común de las gentes la comedia, para vosotros representará el deber constante de la alegría, la capacidad de objetivizaros a vosotros mismos como actores en la escena de la vida, enseñándoos a representar gozosamente el papel que os ha asignado el gran Autor que todo lo crea, administra y gobierna.

Del mismo modo que ahora se van desvelando ante vuestros ojos internos estos dulces atributos que son las Musas, todas las leyendas y mitos de la religión se os irán revelando poco a poco a medida de vuestro adelanto y comprensión de su esotérico significado, en los cursos que os esperan.

Y así, algún día descubriréis en vosotros mismos la deidad secreta, el ente divino que subyace dormido en lo profundo de vuestro ser interno y que tenéis que despertar. A medida que os vayáis conociendo, esta deidad íntima se irá manifestando. Y en ello subyace la gran finalidad de la existencia. He aquí el fin de la filosofía.

Cuando os conozcáis de verdad a vosotros mismos, conoceréis todos los misterios del universo.

Que el símbolo de esta llama estimule vuestro afán en las labores que os

esperan para que la Teofanía se realice en vosotros.

En adelante vuestra vida externa apenas sufrirá cambio visible.

Seguiréis ampliando vuestros conocimientos sobre ciencias y artes. Daréis cumplimiento a todos vuestros deberes. Cultivaréis el oficio de vuestra preferencia. Tomaréis parte, en la medida asignada, en la administración de la Escuela.

Realizaréis vuestros ejercicios físicos, morales, mentales y espirituales. Gozaréis de las mismas compensaciones en el juego y en el recreo.

Tendréis más libertad de iniciativa y de acción, porque cada vez iréis siendo más aptos para autogobernaros. Sin embargo, habrá en vosotros una mayor responsabilidad, por lo mismo que os someteréis a mayor autovigilancia.

Un consejo debo daros como fin y remate de esta bienvenida. Sed discretos al comunicar vuestros conocimientos sobre las materias de este grado a los alumnos de las clases precedentes que no están todavía preparados para asimilar estas enseñanzas.

Y ahora, que los dioses me ayuden para que yo os ayude en el curso que comienza.

Después de esta peroración preliminar, los recién ingresados a la categoría de teofánicos, siguiendo una indicación del Maestro, se acercaban más a él. Y en torno a la llama invocaban en silencio con el pensamiento, por indicación del propio Pitágoras, la presencia espiritual de las Musas.

Durante aquella meditación, se oía una música melodiosa lejana.

Entonces, los discípulos más avanzados que formaban la escolta del Maestro, juntaban sus voces para entonar a coro los “Versos Áureos” correspondientes a la enseñanza del nuevo grado.

*“Debes conocer que son los mismos hombres
los que atraen sus desgracias
por propia voluntad y elección libre.
Ignoran que el bien nos circunda, y por ello,
no saben ni pueden librarse del dolor.
Tal es la suerte de la humanidad
que avanza a obscuras, privada
de comprensión. Los hombres son a manera
de barquillas a merced de los vientos y las olas
siempre opresos en sus limitaciones.
Les son impuestas infinitas luchas*

*doquiera, y ellos ignoran su por qué.
En vez de provocarlas e incitarlas,
deberían evadirlas mediante sacrificios.
¡Oh Zeus inmenso, Padre de los hombres!
Quita la venda de sus ojos, ya que su raza
es divina, y lleguen a discernir el error
y a contemplar la Verdad pura, sin velos.
La sagrada Naturaleza les revelará entonces
sus más ocultos Misterios.
Si ella te hace partícipe de sus secretos,
fácilmente lograrás la perfección
y sanando tu alma, la libraré para siempre
de toda turbación, lucha y dolor.
Abstente de carnes, que hemos prohibido
en las purificaciones. Libera
poco a poco tu alma, discierne lo justo,
y aprende el significado de las cosas.
Deja que te conduzca siempre
la inteligencia soberana y el soplo
de lo superior. Y cuando, emancipado de la materia
seas recibido en el éter puro y libre,
vencerás como un dios a la muerte
con la inmortalidad”.*

Con el canto de estos “Versos Áureos”, terminaba la sencilla ceremonia del Templo de las Musas.

A través de las lecciones de los cursos del grado teofánico. Pitágoras iba develando a sus discípulos, en el debido orden y en forma cada vez más amplia, el sentido interpretativo de los mitos religiosos que hacían referencia a la evolución del alma.

Esta exégesis de los mitos tenía lugar, casi siempre, en el propio recinto del Templo, cuya aura era especialmente propicia para crear el debido clima mental y espiritual de los alumnos.

Allí y en fechas prefijadas siempre, aleccionaba Pitágoras a sus discípulos. Su verbo, madurado en la experiencia de tales temas, mostraba a sus oyentes el profundo contenido de su *Hieros Logos* e iluminaba la mente de aquellos capaces ya de traducir en conocimiento y experiencia propios, la verdad revelada.

En religioso silencio, pues, escuchaban los graves muchachos y muchachas, conscientes del privilegio que ello suponía, la palabra magnética, justa siempre, de Pitágoras y trataban de asimilar su contenido y su acicate creador.

Explicaba él a los discípulos del tercer grado que toda la sabiduría antigua circula por los cauces secretos de los tres grandes Misterios griegos.

Estos tres aspectos de la religión griega se hallan del mismo modo encuadrados dentro de la trinidad esotérica cuyo simbolismo y cualidades habían estudiado los alumnos en cursos anteriores como matemáticos.

El primero de los Misterios de Grecia fue el de Dionisos, instituido por Orfeo y correspondía al Padre, primera persona de la divina trinidad. Tenía por lema la Verdad.

Orfeo fue el primer iniciado que llevó a Grecia las ocultas verdades religiosas de Egipto y de oriente y estructuró, con el culto dionisiaco, las más austeras disciplinas en la primitiva Tracia.

Dionisos es el aspecto solar de la misma deidad de nuestro universo, adorada por las antiguas religiones bajo otros nombres, pero con idénticos atributos. Por tanto, es el avatar, o encarnación cíclica y divina, el mentor de la luz interna, el gran iniciador de los hombres, el animador de todas las religiones que han sido y que serán.

El segundo de los Misterios religiosos de Grecia corresponde a la Madre, segunda persona de la trinidad mística, y fue instituido en Eleusis, la ática morada de las grandes diosas Demeter y Perséfone.

El distintivo moral de su culto es la Bondad a través del *pathos* de su dramatismo que conduce a una exaltación de lo emotivo.

El drama de los Misterios eleusinos se fundamenta en el proceso de la evolución del alma humana (Perséfone) a través de la encarnación y desencarnación, de las estancias sucesivas en la tierra y en los Infiernos o más allá, siempre ansiosa de recuperar a su madre, Demeter, el aspecto cósmico o divino de la propia alma humana.

El tercero de los Misterios griegos lo hallamos en Delfos, templo de la Fócida, la morada de Apolo, el dios hijo, la belleza glorificada, la acción de la luz espiritual en el alma liberada.

Los Misterios delficos representan la acción, la prosecución, el plano horizontal, la manifestación concreta. El estamento social, en suma, de la vida griega a través de sus anfictionías (Sabio inicio de la democracia) y de sus nobles juegos de emulación, nexo de unión de todos.

Al mismo tiempo, este dios, con sus estatuidos oráculos, representa la

sucesión en el tiempo del imperio de la divinidad en las acciones individuales y colectivas de los hombres.

Por otra parte, la cualidad ética e intelectual de estos Misterios han dado la tónica activa, la misión espiritual de la civilización griega: la belleza. A través del lema de la tercera persona de la trinidad mística con su gran poder de plasmación, imprimirá en la historia de Grecia su máxima capacidad de artífice del ideal humano y político concebido por los hombres de todos los tiempos.

Como ampliación de estos fundamentos esenciales que encarna la religión griega dentro de lo que se puede llamar doctrina teofánica, hablaba Pitágoras a sus discípulos, preferentemente, de la interpretación de los mitos que hacían referencia al misterio del hombre mismo en trance de evolución.

Las más profundas verdades pertinentes a la vida y a la muerte, así como a sus móviles y la acción divina en la administración sabia de los medios conducentes a su perfeccionamiento, se hallaban encerrados en el mito de la triple Némesis, uno de los más misteriosos y de los más filosóficos de la religión griega, cuando se interpretaba a la luz iniciática.

Pitágoras enseñaba que, entre los iniciados, Némesis no es una deidad vengadora, sino la personificación de la gran ley de equilibrio que rige el universo y administra la vida de los hombres.

Ella es triple en sus manifestaciones y designios. Por ello se la ha representado en triple forma y bajo tres nombres, siendo una misma la deidad, como toda ley de armonía manifestada.

Cuando la gran ley reguladora del universo equilibra la causa con el efecto en la creación de las cosas y los seres, la suma es la acción perfecta, la armonía. Este aspecto superior de Némesis se llama Temis, la diosa de la justicia providencial y divina, la dadora de la paz y la felicidad.

Cuando Némesis administra el destino de las almas en trance de evolución, en lucha todavía con sus propias pasiones y deficiencias, que comparten las elevadas aspiraciones con los bajos deseos y egoísmos, aparece la diosa en forma severa y benigna a la vez. Ella castiga y otorga beneficios según los casos, da y quita según convenga al mejoramiento, que es equilibrio de valores en cada alma.

Némesis dosifica las pruebas con sabiduría infinita. Conoce la justa fuerza y la resistencia de cada ser. Por ello, jamás envía pruebas desmedidas ni compensaciones no merecidas. Es ella la gran maestra de los hombres porque es la que otorga el fruto, la que extrae su dulzor secreto, la que nos abre el libro de la experiencia y nos enseña a deletrearlo, con una paciencia

infinita, vida tras vida, hasta que comprendemos.

Cuando Némesis opera para los malvados, aparece en forma de deidad maligna y atormentadora. Entonces es Adrastea, el fatalismo, lo inevitable. Pero cuando ella envía a los hombres los mayores castigos, las más horribles desgracias, es porque conoce las causas que a su vez las crearon, parejas a tales consecuencias. Entonces no hace más que administrar las fuerzas creadas por los mismos, y ponerlas en juego para que sean trasmutadas en bien.

Cualquiera sea la forma en que se manifieste Némesis, siempre es justa, porque conoce el misterioso por qué de los destinos que envía. Para el que no ignora la trama oculta de la vida, los castigos aparentes de la diosa no son más que útiles y provechosas enseñanzas, las más apreciables lecciones en la ciencia suprema de vivir. Ya que siempre cosechamos al nacer nuestras siembras anteriores.

He aquí explicado el enigma de la diversidad de condiciones que acompañan el nacimiento de los hombres. Unos nacen sanos y otros enfermos; unos poderosos y otros esclavos; unos hermosos y otros deformes; unos amados y otros odiados.

Pero como no existe la injusticia en el universo, una vez se conocen las causas de los parciales efectos que contemplamos, divididos en el tiempo de la manifestación, resulta que somos en verdad nuestros propios artífices. Némesis es sólo la ley imparcial. Ella administra nuestras propias riquezas internas, nuestras deudas y haberes, buenos o malos.

La triple diosa halla una réplica también en el simbolismo de las tres Parcas o Moiras, las hermanas del destino, dadoras de la vida y de la muerte a cada mortal que nace.

Cada una de ellas tiene su correspondencia filosófica en la triple Némesis. Cloto, coronada con siete estrellas, hila la trama de cada destino. Ella señala el instante apropiado en que debe nacer un niño, de acuerdo con las oportunidades que brindan en aquel momento las estrellas al sellar la vida naciente.

Laquesis, vestida con rosada túnica, simboliza el período vital del alma encarnada, la vida física. Es la Moira dadora de la suerte mundanal, las condiciones faustas o infaustas de las distintas etapas de la existencia.

Atropos, es la Moira de la muerte y también la de la resurrección. Ella corta el hilo de cada vida de acuerdo con los registros de la eternidad, abre el período de espera, de asimilación y de reposo después de la muerte, a las almas fatigadas de vivir en la tierra dentro de las limitaciones del cuerpo físico, en un mundo donde impera la necesidad. Átropos otorga el gran

lenitivo celeste, el sueño feliz, la condición propicia en que se asimila la experiencia del tránsito por la tierra. Luego, acompaña a las almas en el ciclo descendente, otra vez a la encarnación hasta que las deja en manos de su otra hermana, Cloto.

Cada plática de Pitágoras abría a los alumnos del tercer grado los ojos del conocimiento al significado filosófico de la mitología. Al meditar sus palabras, llegaban por sí mismos a la conclusión lógica de que, tras las figuraciones fantásticas de las leyendas, se ocultaban profundísimas verdades.

A medida que el Maestro iba recorriendo para ellos una punta del velo que cubría su significado, la vida humana y el espectáculo del mundo y de los acontecimientos cobraba para ellos un interés creciente. Y se asomaban al devenir con ojos maravillados, dispuestos a contemplar y a comprender. Comprender qué era, en síntesis, el fin último de toda filosofía. Se daban cuenta, en suma, de que a través de cada plática de Pitágoras se les ofrecía una partícula del don sagrado de la verdadera sabiduría.

— Una vida en la carne no es más que una anilla en la larga cadena de la evolución del alma — les decía en una ocasión Pitágoras a sus discípulos, ya más avanzados en el grado teofánico, en la semipenumbra de un sereno atardecer —. Lo diré en forma más poética. Una vida es una rosa en la guirnalda de las múltiples encarnaciones del alma.

La metempsícosis es una doctrina antigua como el mundo. Todas las religiones, en sus sabios orígenes, la han sustentado. Esta ley de las vidas sucesivas da la adecuada explicación a todas las desiguales manifestaciones de nuestra existencia. Ella explica, no sólo el dilatado campo del alma en que opera la triple Némesis como deidad ejecutora, sino el pequeño ciclo de ida y retorno que se cierra con la muerte de un ser y se abre con su próximo renacimiento.

La doctrina de la metempsícosis o reencarnación aclara el por qué la memoria humana apenas puede poseer ligeros atisbos de este proceso. El cerebro físico es un órgano circunstancial al servicio del alma y por tanto no puede registrar de manera concreta las experiencias que tienen lugar antes o fuera del cuerpo, así en el sueño real como en el período que llamamos después de la muerte, que equivale a un sueño más profundo.

Las grandes desigualdades, las diferencias de condiciones y aptitudes en que nacen y se desenvuelven los humanos, revelan la fragmentaria experiencia que es siempre la corta vida humana para la larga y compleja evolución del alma.

Necesitamos muchas vidas, revestirnos de múltiples cuerpos, nacer y

morir y volver a nacer muchas veces para llegar al fin último de la perfección que es el que los dioses nos reservan.

El proceso de cada uno de los pequeños ciclos individuales que empieza al morir y acaba al renacer, se oculta tras el mito del viaje del alma desencarnada, que constituye uno de los más fundamentales y sugestivos temas de la filosofía trascendente.

La religión griega habla veladamente, en forma alegórica, de esta doctrina a través de imágenes. Para desentrañar su verdadero significado hay que procurar no perder el hilo de la interpretación a la luz teofánica.

Al morir un individuo, si su alma es de tipo inferior o poco evolucionada, despierta, después de un breve período de inconciencia, en el Erebo, la región sombría más densa, la más próxima al mundo Material.

Es esta una región de sufrimientos y angustias. El alma se halla allí prisionera de sus propios pecados y sus vicios, atada por sus mismas cadenas. Su más ferviente anhelo, es, pues, salir de allí. Pero un río cenagoso rodea aquella región de martirios: el Aqueronte. No puede el alma atravesar su curso hasta que el tiempo y el sufrimiento operen la debida purificación desarraigando del lodo infecto al recién desencarnado y librándolo de las partículas más groseras de su naturaleza inferior.

Los que han vivido una vida más pura y honesta atraviesan estas oscuras regiones, este plano denso de expiación en la barca de Caronte a través de los ríos Aqueronte y Cocito y de la laguna Estigia.

El óbolo que pagan las almas por el traspaso no es más que el símbolo de su opción merecida a pasar flotando por las aguas de aflicción creadas por sus propios elementos inferiores.

En el curso de aquel viaje por aguas cenagosas, deja el alma parte de su lastre terreno. Y al desembarcar en la región del Hades encuentra a los seres queridos muertos anteriormente entre los que se hallan muchos familiares y amigos.

En el Hades la vida se desliza de un modo muy semejante al término medio de la vida terrena. En este plano se desgastan y queman los residuos emocionales de la índole que sean. Cada cual puede crear allí su propio ambiente. El alma va desechando paulatinamente en el Hades sus hábitos vulgares, sus rutinas cotidianas y se va posesionando de la naturaleza más sutil y permanente de su doble.

Cuando ha agotado las experiencias del Hades, se opera en el desencarnado la llamada segunda muerte. Aquel cuerpo astral también fenece al fin por inanición psíquica, por desintegración natural. Y, tras un período de

semi-adormecimiento, pasa al Tártaro, región más serena y diáfana, el plano de la mente. En él recoge el alma el fruto asimilado de sus experiencias y de sus estudios. Allí se traducen en realidad sus conceptos, su razón de las cosas. Desgajada ya de sus deseos y emociones, vive de aquellas ideas por las que no fluyen los vientos inestables de lo emotivo y transitorio.

Las almas de los que han desenvuelto en la tierra su contraparte superior, su naturaleza espiritual, del Tártaro pasan, después del juicio del alma, a los Campos Elíseos, la tierra de la perpetua felicidad.

Allí gozan las almas de los muertos de un dilatado estado de bienaventuranza. Viven en una contemplativa paz entre paisajes de inenarrable belleza.

En los Campos Elíseos reina una primavera eterna. En medio de prados floridos y llenos de verdor, bajo bosques umbríos y apacibles donde cantan pájaros de plumajes multicolores, donde el rumor del agua de fuentes y ríos se une al de las brisas en una sinfonía interminable, viven las almas en un éxtasis sin fin. Allí acumulan reservas de beatitud que en su próximo descenso a la tierra alimentará cual chispazos del recuerdo celeste, sus idealismos, sus nobles propósitos, sus sueños de esperanza.

En aquella tierra feliz y tibia que parece toda sembrada de piedras preciosas, donde las almas se sumen como en un dilatado encantamiento amoroso en una contemplación perpetua, se curan de todos los dolores del mundo, de la herida de vivir en la tierra, para sumirse en la egoencia del Ser real y permanente. Sólo el dulce fruto, la esencia experimental tamizada por todos los planos sutiles atravesados, les llega de la tierra y allí la saborean y asimilan.

Cuando el alma desencarnada, según sea su capacidad de adelanto y saturación ha asimilado la experiencia benéfica y gozosa en los Campos Elíseos, siente la necesidad de retornar a la tierra en busca de nuevas experiencias.

Entonces atraviesa descendiendo, la corriente del Leteo o río silencioso, y transita, incorporándose, aquellos elementos necesarios de cada plano en sentido inverso, o sea, por relación de menor a mayor densidad. Y atraviesa nuevamente el Tártaro, el Hades y, vadeando los ríos que los separan, vuelve a la tierra donde las Moiras y los espíritus de los elementos, de acuerdo con sus deudas y haberes anteriores, le ofrecen una nueva envoltura material en adecuado ambiente donde allegará las nuevas y necesarias experiencias para el progreso del alma.

Una vez en la tierra, no guardan las almas por lo común, de su largo

viaje por el más allá, así como de sus vidas anteriores, más que leves reminiscencias.

Es necesario haber obtenido la *anastasis* o existencia continuada para no perder la conciencia ni el hilo del recuerdo. Con la *anastasis*, no hay traspaso inconsciente de un plano a otro de existencia para el discípulo.

Esta plenitud de conciencia continuada es el mayor galardón que puede ofrecer la dádiva de las pruebas trascendidas en los Misterios.

Entonces, todas estas teorías, esta exégesis de los mitos religiosos interpretados con la clave iniciática, se tornan experiencia viva.

Es éste y no otro, el símbolo de todos aquellos que el mito ha glorificado como visitantes conscientes de los Infiernos, los que en vida han transitado por los planos sutiles del más allá, por los reinos de las almas desencarnadas: Orfeo, Heracles, Ulises y todos los grandes iniciados habían alcanzado la conciencia permanente y sin interrupción a través de los planos sutiles del cosmos.

En cambio, aquellos osados que, sin haber logrado el dominio de su naturaleza inferior se atrevieron, merced a algunos conocimientos y poderes adquiridos, a lanzarse por los vedados mundos sutiles, fueron víctimas de su propia osadía. Es el castigo que espera a todos cuantos transgreden las leyes de la naturaleza, aventurándose sin guía por las regiones del más allá.

Tal verdad expresan las leyendas de los grandes sufrientes de los infiernos: Tántalo, el que padece inextinguible y devoradora sed que no puede apagar y que personifica al iniciado que reveló los secretos jurados de los Misterios. Por ello se halla condenado a la sed de sabiduría, cuyas aguas se apartan cada vez que intenta beber en ellas.

Sísifo es el ambicioso de poder que sin cesar empuja, ascendiendo trabajosamente por la pendiente de la montaña, una piedra enorme que vuelve a rodar siempre al valle en cuanto llega a alcanzar la cima.

Ixión representa al que cayó en la prueba de la sensualidad después de adquirir el conocimiento y la responsabilidad de la pureza. Por ello se ve condenado a rodar, sujeto a una rueda llameante que gira sin cesar.

Narciso es el que cayó en la prueba del orgullo espiritual, el más sutil peligro del que ha entrado en la vida superior. Enamorado de su imagen, que ve reflejada en las aguas de la vida ilusoria, se convierte en la flor que lleva su nombre.

Tito es el esclavo de su falso saber, de su vanidad y egoencia representados por el buitre que le roe sin cesar en el tártaro o plano mental, el hígado y las entrañas.

A base de tales ejemplos, interpretados a la luz clara de su filosofía, Pitágoras aleccionaba a sus discípulos respecto de las leyes estrictas que regían la conducta del hombre superior a que aspiraba el pitagórico.

Las ricas imágenes de la mitología griega, con su formidable poder plástico y su envoltura poética, eran un poderoso incentivo para el ansia de saber de los alumnos del grado teofánico.

De este modo, la verdad que se ocultaba tras los mitos les era revelada y la lección que entrañaban, puesta de relieve, ejemplarizada.

Así, el logro de la Teofanía iba cobrando cuerpo de realidad viviente a medida que el aspecto antropogénico de los mitos religiosos se encarnaba en su propia y juvenil experiencia.

XII.- CUARTO GRADO REALIZACIÓN - ARMONÍA

Elegancia del Pitagórico — La Semilla Espiritual — La Gran Familia — Primavera — Los Enamorados — La Ética de los Símbolos — Secreta Vocación de Teano — Glosas Nocturnas — La Melodía Astral — Eros Divino — Mensaje de Partenis — Amor y Compromiso.

El fruto de la Teofanía era la realización armoniosa de la plena vida pitagórica.

El discípulo salía de los cursos superiores con una gran madurez espiritual. Había trascendido ya todo el contenido teórico del pitagorismo.

El continuado ejercicio de todas sus facultades así físicas como volitivas, habían desenvuelto en él aquella suprema elegancia que era la cualidad síntesis del pitagórico. El desenvolvimiento integral de todo su ser le confería esa irradiación y prestancia, esa majestad que, sobre todas sus virtudes y conocimientos, hacía que el mundo reconociera y admirara a los discípulos de Pitágoras sólo por su aspecto y apariencia.

Al culminar, pues, el grado superior teofánico, entraba de lleno en posesión de todos sus derechos, por lo mismo que había desenvuelto todas sus capacidades. Entonces el pitagórico se convertía en el ideal encarnado de la Escuela. Ya podía con dignidad representarla doquiera.

Si era su deseo establecerse en un lugar lejano, sembrando la semilla del pitagorismo fundando núcleos de hermandades y nuevos centros docentes en otras ciudades inspirados en el ideal de la Escuela, como si prefería desempeñar cargos legislativos en la propia Crotona o si decidía permanecer como pedagogo en el Instituto y auxiliar directo del Maestro, el pitagórico era arbitro de sus decisiones. En cualquiera modalidad de vida elegida, se convertía en un ferviente sembrador del ideal.

Eran muchos, los más adictos por natural afinidad al Maestro, los que decidían continuar a su lado. Entonces pasaban a formar parte de la gran familia.

La superación de todas las pruebas, la culminación de los estudios, les otorgaba este título inefable, el más valioso a que podía aspirar el verdadero

pitagórico: la íntima convivencia con el Maestro.

Esta peculiar agrupación de miembros, en una familia autoselectiva, sazónaba lo más fino e imponderable del alma del pitagórico.

En el calor de aquel hogar único se fraguaban, en forma insensible, los más grandes ideales de servicio y fraternidad que era, en último término, la finalidad máxima, la corona de la filosofía.

Para aquellos discípulos elevados al grado supremo de compañeros, no tenía ya Pitágoras reservas mentales de ninguna índole. Se conllevaba con ellos con esta cordialidad del amor sublimado por la amistad que llena la vida de iluminaciones y de encantamientos. En el hogar de Pitágoras, los días y las horas transcurrían plenos de las mejores dádivas: los frutos de la experiencia espiritual que enriquece la vida de inefables dulzuras.

Un ambiente de colaboración entrañable, unía los actos y los pensamientos de aquella original familia.

La pura intimidad hacía el ambiente cada vez más estimulador, más grato y provechoso para la convivencia.

Allí, cada cual daba cumplimiento a su modo a los deberes sociales, religiosos y profesionales. Los bienes materiales conjuntos, perfectamente administrados por los alumnos ecónomos mediante una sabia explotación de la riqueza, permitían vivir con poco esfuerzo material a aquellos que preferían la consagración a las cosas del espíritu. Sin embargo, el sentido natural del deber y el amor que los unía a todos, constituían el mayor acicate del esfuerzo particular, siempre encaminado al bienestar común.

Entonces aprendía el pitagórico a delinear su vida con entera autonomía. Fraguado su entendimiento a través del roce y la experiencia, se hallaba en condiciones de librarse a sus preferencias, dejando que la intuición definiera su propia conducta.

Pero se daba el caso admirable de que nunca como entonces, el alumno emancipado, hombre o mujer, ejercía sobre sí mismo el deber de la autovigilancia. Cuando ya sabía, se sentía más que nunca dispuesto a aprender. La obediencia al Maestro se había trocado en una natural y sencilla reverencia. ¡Cuánto enseñaba el contacto diario con él y qué admirable era su ejemplo!

Poseía Pitágoras un gran encanto y un poderoso magnetismo personal. Envueltos en su aura benéfica, los alumnos que de este modo constituían su familia, hallaban la máxima coyuntura de perfección ya que entonces, las lecciones eran prácticas y sugeridas. A veces se captaban a través de simples juegos. Otras, en chispazos de inefable profundidad. Y por ello se daban

cuenta de que sólo entonces realizaban la verdadera vida pitagórica, porque vivían la perfecta armonía.

En las reuniones íntimas, en los simposios, en los paseos, en toda coyuntura de recreo y de trabajo, brotaba en experiencia beatífica la flor de todo lo anteriormente aprendido. Sus diálogos eran como la esencia de la sabiduría espontánea y a menudo les desvelaban un estado de gran lucidez espiritual.

En aquellos momentos la clarividencia de Pitágoras, estimulada ocultamente por el ambiente, se agudizaba. Todos sabían adivinar esos momentos de iluminación súbita en él. Entonces lo escuchaban religiosamente, bebiendo con avidez el chorro purísimo de su palabra.

Entre ellos, sin embargo, el trato mutuo ofrecía cambiantes y ricas imágenes movidas, propicias para formar el criterio y la experiencia alerta. Había también opiniones dispares y en ellas, esgrimía cada cual sus armas dialécticas, pero noblemente combativas, abriendo nuevos panoramas a las ideas comunes como correspondía a quienes habían trascendido las pruebas del amor propio, de la vanidad personal y del orgullo en todas sus formas.

El amor era tema dilecto y apasionado de aquellos jóvenes, en la edad en que la oleada de la vida inunda todas las facultades. Entre aquellos hombres y mujeres sanos y cultos, llegados a la plenitud de su hermosura y de su vigor, el roce mutuo encendía a menudo la llama del amoroso incentivo.

Pitágoras era un gran amante del amor. Sus ojos se enternecían ante el espectáculo de las parejas que formaban sus discípulos enamorados, y complacía en verlos sumergidos en la beatitud de aquel incomparable mundo de cálidos vislumbres, con aquel temblor secreto de divinidad inconsciente que confiere siempre el amor.

Los miraba y le parecía que lo mejor de su alma encarnaba en ellos en una forma más perfecta todavía. Sentía que, juntos, ellos amándose y él bendiciéndolos, formaban un círculo completo, un mundo infinito, como una estrella nueva encendida en la noche de las almas.

Entonces se sentía aún más poeta de la filosofía. Sus discípulos eran algo vitalmente suyo. El había contribuido a modelar en belleza aquellas almas y aquellos cuerpos que ahora iban a consagrarse, a través del amor, a su propia perennidad terrena, a la magna labor de la creación, ya que se disponían a ofrendar en el altar de la raza cuerpos evolucionados que servirían de vehículos adecuados a almas que acaso vendrían a impulsar el progreso del mundo y que formarían las áureas cadenas de sus sucesores.

Al pensarlo, su bendición callada se extendía con infinita ternura sobre

todos aquellos que nacerían en el futuro del amor de sus discípulos al amparo de su recuerdo y de su obra, cuando su cuerpo se hubiera extinguido, y la semilla de su ideal se hubiera diseminado, en sucesivas cosechas de vida, por los campos de la humanidad.

Alguna vez dejaba caer entre ellos entonces, en forma metafórica, a la que era aficionado, sus ideas sobre el amor:

— Sed como dos cítaras en armonía encerradas en un solo estuche. No echéis al fuego el haz entero. Sed sobrios en caricias para que no se extinga nunca el amor. Practicad el rito de vuestra intimidad como los iniciados en los Misterios. No pongáis jamás el alimento en vaso impuro. No sigáis senderos públicos. No llevéis estrecho el anillo. No escribáis sobre la nieve.

Así, a través de imágenes y de símbolos, daba a los enamorados en su nuevo estado, como a través de un simple juego mental, los preceptos más altos del trato amoroso y de la vida matrimonial. El preconizaba ante todo la pureza en las relaciones íntimas como deber y como preservación contra el hastío. La alusión al anillo testimoniaba la necesidad de conceder toda la libertad al amado y toda la amplitud posible a la fe amorosa jurada.

Pitágoras sentía una gran devoción por la mujer. Veía en ella la encarnación de la Madre del mundo. Era como el arcano secreto y venerable de la vida física y de la vida espiritual. El concepto del matriarcado de la religión egipcia, le había otorgado aquella visión tan distinta del común de la humanidad en su concepto del papel de la mujer en el hogar y en la sociedad. El sabía que sin ella, al hombre le era muy difícil la creación mental. Y que en el ejercicio de la vida del espíritu ella representaba la antorcha, ya que su constitución interna, más sensible y completa, la hacía más apta a la intuición y percepción de los, mensajes del más allá.

Aquel culto abstracto a la mujer, hallaba a menudo un cauce perfecto al concretarse en su predilección por Teano, la más hermosa y sabia de sus antiguas discípulas.

Era ella como el arquetipo de las doncellas pitagóricas. En su alma y en su cuerpo tenían asiento todas las perfecciones. Unía a una gran belleza, una majestuosa elegancia. A su talento se sumaba su virtud, su sencillez, su extremada prudencia.

Pensaba a menudo Pitágoras en las causas secretas que impelían a su discípula a ladear todo compromiso matrimonial. Ante toda insinuación de esta índole, ofrecía una resistencia que parecía entrañar una decidida predilección por el celibato.

Sin embargo, el afilado sentido de observación de Pitágoras había

atisbado en ella este halo de parado misterio, esta expectante expresión de ternura indefinible, este anclar de miradas en el vacío, este éxtasis reconcentrado de introversión profunda que sólo confiere el amor.

A pesar de su gran respeto por la voluntad ajena, un día osó interrogarla:

— ¿No has sentido alguna vez el ansia de fundar un hogar tuyo propio, Teano?.

Ella bajó la cabeza, como sorprendida. Su faz se tiñó de súbito rubor. Sólo respondió, como si le faltara el aliento:

— Este es mi hogar...

Teano era en verdad el alma maternal de la común vivienda pitagórica. Ella la regía habitualmente y consagraba a todos ese cuidado sutil y clarividente, esta consagración de cada minuto y de cada día.

— Es tu hogar y siempre lo será — contestó paternalmente el filósofo. — Más... eres joven y bella. ¿No sientes la llamada amorosa de la primavera?. Contempla a tus hermanos. Han hallado su pareja ideal. El amor y el matrimonio pueden convertirse en la más sólida concreción del ideal pitagórico práctico.

Y diciendo esto, le mostraba, desde la terraza, algunas parejas que paseaban, enlazadas, bajo los árboles del bosquecillo.

— Sólo a tí anhelo servir y amar — contestó ella con un extraño tesón, como hallando la fuerza en su propio hermetismo.

Guardaron ambos silencio. Después de contemplarla él largo rato, díjole en un tono más insinuante:

— Dime: ¿Cuál es tu verdadera vocación?.

Ella no contestó esta vez. Pitágoras le levantó cariñosamente la faz con ambas manos y la miró en los ojos. Los tenía llenos de lágrimas. Cuando ella lo miró, descubrió en ellos una expresión que no le había sorprendido nunca. Estaba intensamente enamorada y Pitágoras sabía ciertamente de quién.

Ambos permanecieron largo rato uno al lado del otro, en silencio.

Lo habían ya dicho todo.



Al cerrar la noche, descendían la rampa del bosquecillo los más adictos discípulos del Maestro, los que vivían en su intimidad.

Las flores del jardín embalsamaban todo el recinto. Una secreta marea

pujante y creadora parecía inundarlo todo, las almas y los ambientes. Todos eran sensibles a aquel fenómeno inefable de la primavera.

Se dirigieron hacia el pinar de la orilla, en grupos y por parejas. Habían sentido el imperativo celeste. ¡Como brillaban, aquella noche, las estrellas en el sereno y límpido firmamento!.

Pitágoras, pisando la arena húmeda de la playa, contemplaba embelesado el cielo cuajado de astros, como si delectara su profunda escritura.

En aquel momento, de un lugar un poco distante del bosquecillo, llegaron a sus oídos las notas melodiosas de un arpa invisible.

Pareció entonces que el filósofo despertara de un sueño. Prestó atención a la melodía.

Como obedientes al imperativo de la música, los discípulos dispersos se fueron aproximando al Maestro, como en tácito requerimiento de su palabra.

Por fin, como si se hallara plenamente poseído, merced a la música, del mensaje celeste, habló:

— ¿Oís?. Es la melodía astral de hoy. Es el himno vital y operante de esta noche bendita. Debe ser Eumonia la que pulsa el arpa, la apasionada del ritual celeste, que nos ofrece hoy las primicias de las captaciones armoniosas de los astros.

Siguió escuchando un rato la dulce y extraña melodía. Luego, exaltado paulatinamente por los pensamientos que le sugería la música, añadió:

— Fijaos. Da el tema la nota de la sexta cuerda de plata. Es la predominante de ahora. Es el sonido de Venus-Afrodita. Vedla ahí, sobre el horizonte, reinando sobre todas las estrellas, soberana de las mejores noches.

Y levantando la mano, señaló con el índice, inmenso y radiante, el lucero vespertino. Continuó:

— Su color es el índigo dentro de la séptuple gama cromática planetaria. El orden de esta melodía que oís, es un trasunto fiel y armonioso del dibujo que los planetas trazan en el firmamento por razón de su potencia y afinidad. Es la frase lírica sideral del momento. Magia pura esta música. Si pudierais trazar con líneas o con anagramas el simbolismo de sus miradas mutuas, de sus posiciones correspondientes en el firmamento, veríais que, juntos, forman los planetas, merced a su disposición en el espacio desde nuestro punto de mira terrestre, un arabesco que tiene su correspondiente exacto en esta sucesión de sonidos y de acordes a los que acompaña su propia armonía de colores como un cuadro perfecto.

El día que seamos capaces de traducir el significado de las posiciones

astrales en la lírica de los acontecimientos, habremos dado con la mayor filosofía de la historia, que también rige la ley de las predominantes siderales.

¿No sentís el encanto poderoso de esta hora?. ¡Qué hermosa luce la estrella del amor!. Estamos en la hora de Venus. En el cielo es fuerte porque se halla domiciliada. Observad, tras ella, el signo zodiacal de la balanza sobre el horizonte. Es el signo venusiano positivo, símbolo de la belleza divina, que siempre se inspira en la justicia y el amor. Sólo los dioses pueden administrar justicia porque sólo ellos pueden conocer el mundo de las causas. Nosotros, los humanos, no podemos percibir más que sus parciales efectos.

La lira invisible seguía trenzando en el aire nocturno, arrullada por el coral del mar y de las estrellas, su melodía, clave astral del momento.

Pitágoras cesó de hablar y escuchó beatíficamente la música. Con la boca cerrada la siguió él también, cantando. Entonces su voz, semejante a un susurro, sonaba en la paz solemne como un extraño conjuro.

Pronto, un coro de voces cerradas de diversos sonidos, siguieron el ejemplo. Era un himno contenido, emocionado, todo vibración concorde, hermano en la noche de las olas y de las brisas; hermano, en su amoroso temblor, de las estrellas.

Cuando cesó el coral y la lira, se hizo un largo silencio a la orilla del mar. Pero en el aire parecían flotar las auras de múltiples genios evocados.

— Maestro, tú nos has dicho muchas veces que Dios geometriza — dijo al cabo de un rato la voz bien timbrada de Hermipo, que tenía entre sus manos las de su adorada Dionea. — Dinos, ¿Qué poliedro define este inmenso universo que contemplamos?.

— El dodecaedro — respondió Pitágoras. Doce son las celestes moradas del Padre. Del cuaternario convertido en cubo en el espacio dimensional, fue hecha la tierra. De la pirámide el fuego, del octaedro el aire, del icosaedro, el agua. Si alcanzarais a comprender toda la trascendencia de estos símbolos, de estos cuerpos geométricos, conoceríais la naturaleza del mundo, del universo y de los dioses.

Cada una de las doce facetas del dodecaedro representa una de las doce familias de estrellas agrupadas en las constelaciones zodiacales. Es el camino del sol. También el camino del iniciado, el hombre solar, síntesis de la evolución de la humanidad.

Dentro de los ciclos de correspondencias siderales, el sol transita, en el término de un año, lo que constituye el símbolo de las doce grandes pruebas del iniciado, que la mitología griega representa en el héroe Heracles o Hércules, vencedor de sus doce trabajos.

Los egipcios representan mediante animales sagrados los doce signos. Nuestra tradición religiosa mantiene algunas de aquellas representaciones celestes: la cabra Amaltea, el centauro Quirón, mitad hombre y mitad caballo; el sátiro Marsias, genio caprino; la medusa Gorgona, el león de Nemea, la serpiente Pitón, la hidra de Lerna o, el Vellochino de los Argonautas y tantos otros. Todas estas representaciones derivan de las alegorías zodiacales antiguas.

Hay una íntima correspondencia entre los planos del universo y nuestra constitución humana interna. Existe una subdivisión del zodíaco en elementos a través de cuatro triángulos enlazados. Estas cuadruplicidades tienen relación con las subdivisiones de nuestro mundo material e inmaterial. El triángulo de tierra es nuestro plano físico. El de agua, el Hades o astral. El de aire, el Tártaro o mental. El de fuego, los Campos Elíseos, fragua del alma purificada, símbolo del amor perfecto.

Leer la naturaleza de los signos celestes es leer el significado oculto de la historia de la humanidad, la flor secreta de la evolución.

Si el iniciado, síntesis de humanidad, encuentra en el vencimiento sucesivo de los doce trabajos, símbolo de los doce signos, el poder, sólo por el amor le nacerán las alas de la liberación que le harán dueño de los espacios infinitos. Es el mito de Eros y Psiquis.

Por el amor alcanza el alma humana la inmortalidad. Por el amor de Eros hacia Psiquis, el alma humana, los dioses del olimpo ofrecen a ésta la inmortal ambrosía, la sabiduría y amor supremos.

Eros es el más omnívoro de los dioses, porque es la ley de la simpatía, de las afinidades electivas que rigen los mundos y las almas. Y es, también, el dioscello que, al herirnos con sus saetas mágicas, nos eleva y remonta al cielo interior.

Bendice, ¡Oh Venus-Afrodita, reina soberana de esta hora, madre de Eros! a todos los amorosos de la tierra en esta noche propicia.

Después de las últimas palabras de Pitágoras, las parejas de los enamorados pitagóricos se fueron dispersando, sumergidos en la beatitud de aquel evocado ensueño cósmico, mundos ellos integrados a su vez, entre la umbría azulada del bosque de pinos o por la orilla del mar.

Teano permaneció inmóvil al lado del filósofo, abstraído aún en la contemplación celeste, sumido en sus propias ideas.

Por fin, respirando profundamente, volvió él la vista a su alrededor, como si despertara de un sueño.

— Me creía solo — dijo con voz dulce, sorprendiendo la presencia de

su discípula junto a él.

Ella, contestó, confidencialmente:

— Quisiera que estos momentos no terminaran nunca. Poder perdurar esta plenitud, esta felicidad que ahora experimento. Quisiera poderte acompañar en tus vuelos mentales. Pero me falta tu sabiduría...

— Eros confiere las alas — dijo él solemnemente.

Y acompañado de su fiel discípula, emprendió en silencio el regreso hacia el montecillo de las Musas.



Unos días después, a la caída de la tarde, volvía Pitágoras de Crotona por el sendero de cipreses y de tamarindos. Le acompañaba su fiel sirviente Zamolxis que le llevaba la lira y algunos útiles indispensables a su trabajo de sanador.

Era Zamolxis un joven tracio, liberto de la esclavitud por sus propios merecimientos. Entonces ofreció sus servicios a Pitágoras a cambio de enseñanzas. Tanto se aplicó en aprender, que pronto alcanzó la categoría de discípulo predilecto del Maestro.

A pesar de ello, quiso siempre por propia voluntad y disposición atender en forma de servicios humildes, a la persona del Maestro. Debido a esta disposición natural de Zamolxis, prefería Pitágoras llevarlo siempre como auxiliar cuando era solicitado como sanador en Crotona o en las aldeas del interior, cosa que ocurría a menudo.

Aquella tarde venía de realizar su misión curativa. Su sola presencia, su poderoso influjo personal, la acción de su aura poderosa, bastaban a menudo para sanar a multitud de enfermos. Su fama había cundido de tal modo, que el número de pacientes que lo solicitaban crecía día a día.

En los casos más graves, aplicaba remedios preparados a base de las plantas, cuyas secretas virtudes conocía y de la ciencia medicinal astrológica. Magnetizaba el agua que el enfermo bebía, operaba aspersiones en el lugar, aplicaba las manos sobre la parte enferma. Raras veces practicaba la revitalización por el aliento, método usado especialmente en Asia.

Mediante la música y la danza, y por la práctica de peculiares ritmos, movimientos y recitados repetidos, lograba curaciones milagrosas. Nunca dejaba de practicar la medicina astral, ya que él se consideraba simple vehículo de las fuerzas estelares. Sanar consistía sólo en hacer que el enfermo

recobrar la armonía. O sea, que se sintonizara con la ley universal que lo mismo rige los astros que las células de nuestro organismo. Para ello transmitía a todo enfermo su magnetismo purificador, su contacto junto con el recetario moral de su enfermedad, para curar, ante todo, su mente, enderezando sus hábitos y costumbres. Curar las almas era, para Pitágoras, la más eficaz terapéutica.

Andando, sentía sobre sí la eficacia de las bendiciones recibidas en su completo ministerio de sanador. Y sonreía con la íntima satisfacción que procura el bien cumplido.

El sendero dibujaba una leve curva próxima al mar. En aquel momento acababa de ponerse el sol tras la boscosa colina de las musas y veía sus árboles y la silueta del Instituto dibujarse, límpidos, sobre el cielo encendido de la puesta. El horizonte, sobre el mar, se cubría de una transparente neblina nocturna. Había una gran paz en el sendero solitario.

Obedeciendo a un imperativo interior, quiso remansarse unos momentos en la soledad. Se apoyó en el tronco de un corpulento ciprés y dejó vagar la mirada sobre el mar tranquilo. Zamolxis, como siempre, respetó aquella reclusión temporal del Maestro en sí mismo y, sin decir palabra, prosiguió lentamente solo su camino.

Al poco rato, emergió por oriente, como salido de las aguas, el disco inmenso de la luna llena.

Inmediatamente, Pitágoras pensó en su madre. Era el día del plenilunio, la periódica fecha de sus citas celestes.

Más, en aquel instante preciso, ¿Qué poderoso mensaje atravesó los aires para clavarse en su corazón?. Tuvo la intuición precisa de que el alma de su madre, recién liberada de su cuerpo caduco, lo buscaba a través del vínculo amoroso de la luna llena, flotando en el aire vespertino.

No le cabía duda. Veía en aquel instante la forma adorada de la anciana, transparente y alígera, interponerse entre la gran luna redonda y sus ojos, abiertos de pronto a la otra realidad.

Y oyó el timbre recordado de su voz cariñosa que le decía, desde su mundo de recuerdos: “Hijo mío, busca a la mujer, tu compañera y colaboradora y ámame en ella. Yo os bendeciré...”.

Inmediatamente, voz y figura se desvanecieron en la atmósfera azul y plateada de la noche temprana.

La mente enternecida de Pitágoras prendióse entonces extrañamente en los tempranos recuerdos de su infancia. Y sus labios pronunciaron maquinalmente, con voz temblorosa y entrecortada, dos nombres:

— Partenis... Teano...

— ¡Cuan parecidas las veía ahora!. ¡Cuan juntas en su corazón!. ¡Cuan ligadas a su vida!.

Al emprender de nuevo la marcha, pareció que volvía a la realidad. Había perdido a su madre, y sentía el inevitable vacío de esta pérdida. Y Teano se le antojó de súbito demasiado alejada de su vida física. La aventajaba demasiado en edad. El se hallaba en los umbrales de la vejez mientras que ella resplandecía como una diosa en la flor de su juventud y de su belleza.

Así pensaba cuando, ascendiendo por la colina de las Musas, decidió vagar un rato por los jardines, más allá del rumor constante de las fuentes.

De pronto, llegó a sus oídos un leve canto de mujer, acompañado de los sonos de una lira dulcemente pulsada.

Se aproximó sin hacer ruido a la oculta cantora. Y siguió embelesado los versos del conocido himno órfico a Afrodita:

***“Celebrada en mil himnos, ¡Oh tú, Afrodita!
nacida de la espuma como una flor marina,
diosa generadora, madre de Eros,
que gozas con las nupcias coronadas,
otórgame el secreto de la gracia...”***

La voz cesó repentinamente. ¿Había percibido la anónima himnoda la presencia del Maestro?. Pitágoras había reconocido la voz de Teano y se aproximaba a ella.

Al descubrirla, sentada en uno de los bancos de mármol junto a unas matas de jazmines florecidos, díjole:

— ¿Por qué pides a Afrodita el secreto de la gracia si lo derramas a manos llenas?.

Ella se levantó entonces y reclinó su cabeza coronada de jazmines olorosos en el hombro de Pitágoras, mientras murmuraba:

— Amado mío...

— ¿Consientes en ser mi esposa? — díjole él entonces.

— No aspiro a mayor felicidad en la vida — respondió ella con un suspiro.

Y ambos permanecieron un buen rato así, en el éxtasis del amor por fin concretado, contemplando los nuevos cauces abiertos en su existencia y en su obra.

XIII.- ANCIANIDAD DEL FILÓSOFO FIN DEL INSTITUTO PITAGÓRICO

**Pitágoras en la Intimidad — Lisis — Las Primeras Nubes —
Representación Teatral — Expansión del Pitagorismo — Los
Antiguos Alumnos — Fin de la Asamblea — Herencia
Espiritual del Maestro — Proximidad del Peligro — La
Decisión — Camino de Metaponte.**

A prima tarde, después de la siesta, gozaba Pitágoras, en dulce reposo, de la intimidad familiar.

La ancianidad había aumentado su natural majestad. Una gran claridad lo aureolaba. Sus ojos grises se habían abierto más a la luz del espíritu. Sus vastos conocimientos, cimentados en la inmensa obra realizada, hallaban ahora más propicios cauces en la reclusa ternura del hogar.

Ya muy raramente tomaba parte activa en las labores y responsabilidades de la Escuela. Sus hijos, herederos espirituales suyos y sus más adictos discípulos, lo sustituían.

Se hallaba a la sazón sentado en un cómodo sillón de brazos. Su larga cabellera cana, más escasa y lacia, caía sobre sus hombros. Parecía más elevada su frente y más breve el resto de su faz. Su barba blanca se confundía con el tono cremoso de su túnica de lino, tejida por las manos primorosas de Teano.

Esta, madura ya, pero hermosa aún como una Demeter, hilaba distraídamente a su lado.

Damo, la hija de ambos, en la flor de su juventud, semejaba en aquel momento la musa de la elocuencia. Se hallaba declamando ante sus padres, con gran riqueza de inflexiones de voz, y acompañaba con graciosas actitudes, el guión del mimo que había compuesto en honor de las próximas Eleuterias, fiestas en las que coincidía siempre la Asamblea general de los pitagóricos.

Lisis irrumpió en la habitación un poco atolondradamente, con su aire de afirmada jovialidad que no perdía con los años.

— ¡Salud, venerable! — dijo, con su tradicional estilo pomposo, a Pitágoras. — ¡Salud, hermanas! — añadió, dirigiéndose a ambas mujeres.

La mirada, un poco vaga y soñolienta del filósofo, se iluminó

repentinamente al ver de nuevo, después de varios años de ausencia, a su amado discípulo.

— ¡Salud y bienvenida, Lisis! — contestó con la voz ya un poco temblorosa. — Eres el primero en llegar. Esta vez te anticipaste a todos. ¿Traes buenas noticias?.

— Sólo medianas.

Pitágoras guardó silencio. Una nube de inquietud pasó por su faz serena nublando transitoriamente su expresión habitualmente sonriente. Lisis se dio cuenta. Y se apresuró a añadir:

—A un pitagórico formado en tu fe, no puede en verdad inquietarle nada. Pero... advierto que estoy interrumpiendo. Te ruego me disculpes, querida niña, si mis intrusiones te son molestas.

— Todo lo contrario, Lisis — se apresuró a contestar Damo, con su dulce voz. — ¿Cómo podrías dejar de ser, en todo momento, nuestro colaborador?.

Pitágoras ofreció entonces a su discípulo una silla a su lado, mientras le informaba:

— Damo va a dirigir y en parte a representar, la fiesta teatral. Vamos a ver qué te parecen el prologo y el argumento del mismo, que dedica a exaltar el simbolismo de los genios mitológicos de los elementos. Vuelve a empezar, hija mía. Lisis también juzgará.

Asintiendo con la mejor de sus sonrisas, volvió a leer la gentil Damo, complacientemente, la porción enrollada del pergamino que sostenía con ambas manos.

Unos días más tarde, de la ciudad y del campo, a pie o en lujosos carros engalanados, llegaban a la parte norte de la falda de la colina de las Musas, gentes de todas las clases sociales luciendo policromos vestuarios de fiesta y se iban aposentando en las graderías del teatro pitagórico. Allí se mezclaban aquel día espectadores de todas las categorías. Era hermoso ver, al lado de un senador crotoniota, a un esclavo campesino; la vendedora de frutas del ágora, codearse con la esposa de un primate en fraterna camaradería. El influjo creciente del pitagorismo hacía de esta divisa de confraternidad social, una especie de moda bien acogida.

Las fiestas Eleuterias eran, para los griegos, el umbral del otoño, puesto que precedían los festejos de las grandes dionisíacas, que celebraban las prósperas cosechas.

La noche anterior había llovido y la atmósfera había refrescado agradablemente. Las huertas de frutales lucían un verde de metal bruñido en el

que se incrustaban las frutas como rutilantes piedras preciosas. Empezábanse a recolectar los racimos de la vid. El aire se hallaba todo impregnado de sabores dulcísimos.

El teatro estaba repleto de gentío cuando Damo, vestida con una simple túnica blanca y talar, sujeta a la cintura por un amplio ceñidor dorado, coronada de flores su abundante cabellera cobriza, la lira heptacorde apoyada en la cadera izquierda, eurítmica de gestos, apareció en la elevada escena circundada por columnas engalanadas de yedra.

El sol prolongaba inmensamente con sus rosados rayos declinantes, la sombra de las cosas.

Damo empezó a declamar, a los acordes de la lira, el prólogo que ella compusiera para el mimo que se iba a representar.

Era una glosa filosófica de las Eleuterias en relación con los genios elementales, evocados en las fiestas del otoño.

Si para el vulgo las Eleuterias representaban la manumisión de los esclavos, para los pitagóricos era la liberación, en el hombre evolucionado, de la contraparte inferior de su propia personalidad, de la entidad inferior que todos llevamos adherida y que en las primeras etapas de nuestra formación sirvió a nuestra experiencia en el desenvolvimiento de las facultades instintivas.

Los genios elementales de la mitología griega eran símbolos vivificados de los cuatro elementos inferiores de la humanidad, el cuaternario simbólico del pitagorismo.

Por ello, al objetivizar filosóficamente el símbolo, Damo exaltaba al ser superior, hombre o mujer, liberado de las pasiones, concupiscencias y limitaciones de todos los estados subhumanos. Que no otra cosa significaban los genios mitad hombres, mitad animales, incorporados a los mitos más altamente filosóficos y a los festejos populares.

La fiesta que se iba a representar era una exaltación del poder que ejercía la magia de la belleza en la superación y en el dominio de la naturaleza subhumana.

Durante la lírica declamación del prólogo por la hija de Pitágoras, un coro invisible de onomatopeyistas pitagóricos simuló admirablemente los ruidos de la naturaleza.

Aquella valiosa aportación coral, tan común en el teatro griego, contribuía en gran manera a crear un clima ambiental adecuado al carácter de las representaciones.

La polifonía de las onomatopeyas era casi siempre a base de tonos

sostenidos que formaban un conjunto amorfo que servía de admirable trasfondo a los solistas, destacados según convenía, a la sugerencia emotiva de la obra que se declamaba o representaba.

La onomatopeya imitaba, aquel día con ensayada maestría, mediante vocalistas especializados, los murmullos del viento en los prados y en las selvas, con sus pájaros cantores, los rumores del mar tempestuoso o encalmado o los chirridos de los animalillos del campo en las noches apacibles.

Al finalizar la lírica introducción de Damo, una teoría de faunos, de agipanes y de ninfas irrumpió, dando brincos, formando corros y cadenas, en el amplio semicírculo de la orquesta, corazón del teatro griego.

Al aparecer los genios de la tierra, el coro de onomatopeyas imitó en forma deliciosamente matizada los rugidos de la selva y el chillido de aves que atravesaban, veloces, el espacio. Sobre este fondo ambiental, los caracterizados pitagóricos vestidos de genios mitológicos, acompañaban sus danzas con flautas y címbalos, con crótalos y tambores.

En medio de aquella coreografía exaltada y frenética, apareció, solemne y ceremoniosa en la parte superior de la escena, sobre el peristilo del fondo, un extraño carro cubierto de verde musgo sobre el que se erguía una vieja encina de corpulento tronco. Arrastraban este extraño armatoste, rodeándolo, buen número de oréadas, las robustas ninfas de las montañas.

De pronto, en mitad de la escena, se abrió el tronco de la encina y apareció una hermosa hamadriada, el espíritu del árbol. Ceñía el cuerpo y piernas de la danzarina pitagórica una apretada venda de basto tejido que simulaba el mismo tronco de la encina. Su cabeza y sus brazos levantados eran como ramas erguidas, coronadas de hojas.

Al salir la hamadriada del tronco con menudos pasos, empezó a bailar como si fuera un árbol viviente. Su tronco se doblaba, sus brazos se agitaban como batidos por el viento. Esta plástica pura, era la exaltación del gesto depurado y rítmico.

Aquella danza de la hamadriada, glosa plástica de gran belleza, era una glorificación de las fiestas dendroforias griegas, que eran un colectivo homenaje al árbol.

Finalizada la danza, la hamadriada penetró de nuevo en el tronco de la encina. Este se cerró mecánicamente, y el corro de oréadas empujó el carro fuera de la escena.

Al cabo de un rato empezó el coral de onomatopeyas imitando los rumores del agua. Era el mar en calma o agitado por la tempestad, era el flujo

y reflujó de las olas sobre la playa o estrellándose en los acantilados.

Enlazadas, en forma de amplias oleadas sinuosas y sucesivas, fueron apareciendo entonces multitud de nereidas, los genios del mar. Iban todas envueltas en túnicas verdes y azules, cubiertas de algas, coronadas de medusas, de corales o de estrellas de mar. De sus cabelleras pendían finas sartas de perlas.

Cogidas de las manos o enlazando sus talles, según ensanchaban o apretaban sus filas, imitando el ritmo del oleaje marino, las nereidas avanzaban o retrocedían al compás de la danza.

Entre ellas, abriéndole paso cuatro fornidos tritones que formaban su escolta, cubiertos de escamas, con enroscadas colas de pez y haciendo sonar sus potentes caracolas marinas, apareció, sobre una enorme concha rosada, sentada y majestuosa, Tetis, la reina del mar, la nodriza de las aguas de vida, el Hades de las almas.

La misma Damo personificaba esta esplendente diosa. Su hermosura natural era realzada por una diadema de zafiros que coronaba su frente.

Los rayos del sol, ya próximo a la puesta, atravesando oblicuamente la escena, pusieron una aureola de oro rosado en torno a su flotante cabellera cobriza, mientras rodeaban la enorme concha, dando brincos y volteretas, varios mozuelos disfrazados de delfines, con cabeza de pez y cubiertos de escamas plateadas que lucían al sol con todos los colores del iris.

Al terminar aquella coreografía de las aguas, se puso el sol tras la comba rocosa que moría dentro del mar, y que formaba el cabo Laciniano.

Entonces se mezcló al crescendo de los piares de los pájaros de los contornos que buscaban alegremente su sitial nocturno entre los árboles del bosquecillo de las Musas, la orquesta onomatopéyica de los invisibles cantores pitagóricos. A la sazón interpretaba los distintos rumores de los vientos, desde la suave brisa marina hasta el intermitente vendaval.

Acto seguido irrumpieron a grandes saltos en el ámbito semicircular de la orquesta, los ágiles danzarines que personificaban los vientos veloces, el Bóreas, el soplo noreste y el frío Aquilón, el viento norteño. Si éste aparecía envuelto en amplia capa blanca como la nieve que flotaba al saltar, como su larga cabellera cana, Bóreas aparecía con dos largas estolas verdes atadas a los brazos que agitaba al compás de la aguda trompetería y de los instrumentos graves de percusión sobre los que bordaban los instrumentos medios sus onduladas melodías entre el trasfondo mate y polifónico del coro vocal.

Detrás de ellos, apareció en escena el trío de los otros vientos suaves: el Euro venido de Oriente, envuelto en los rosados velos de la aurora, el Noto, el

cálido viento sur que envolvía con leves vestimentas de tono ocre y siena tostada, los colores del desierto africano, y el dulce y perfumado Céfiro, cubierto con una corta clámide vaporosa de tono verde tierno. Al danzar, de todo lo largo de las piernas de este ágil danzarín se agitaban, como si fueran alados coturnos, cintas multicolores que daban la sensación de las brisas primaverales de occidente, las que hacen crecer las flores.

La danza bellísima y alígera de los vientos duró lo que restaba de luz a la tarde. Los mismos danzarines, al saltar, parecían querer remontarse hasta la menguada luz que huía.

Al final de aquella representación del elemento aéreo, vio el público aparecer a lo lejos, como si surgieran milagrosamente del horizonte todavía enrojecido de la puesta, dos largas teorías de lampadóforos, vestidos de rojo, las rojas cabelleras encrespadas, que blandían al aire de la anochecida sus antorchas encendidas.

Aquella doble procesión de extraños seres se dirigía al teatro, ante la expectación del público.

Cuando estuvieron cerca, sonaron continuados arpegios de las cítaras de múltiples cuerdas sobre el lúgubre coral de los bajos profundos de los onomatopeyistas.

Las procesiones de lampadóforos penetraron en el teatro por ambos lados de la escena, iluminando las columnas de fondo, la orquesta y el público, y fueron trenzando solemnemente, ya cerrada la noche en el recinto del teatro, sus evoluciones simbólicas. Al unirse, por parejas o conjuntos, realizaban las danzas rituales del fuego como símbolo iniciático. Luego ascendían por las breves escalinatas que unían la orquesta con la escena y formaban los más bellos conjuntos coreográficos a la vista del público.

Por fin, cuando ya se acortaban las antorchas, formaron los danzarines varios círculos concéntricos en torno al tímele central de la orquesta hasta que todos los teores, a la una, obedeciendo la consigna de una aguda trompeta, depositaron los restos de sus flameros ardientes sobre el ara.

Entonces, como final de fiesta, una alta pira ardió, iluminando un buen rato a todos los espectadores que fueron abandonando a su pesar las pétreas gradas.



En la reunión final de la magna asamblea de los pitagóricos, estuvieron

presentes todos los antiguos alumnos de la Escuela llegados de los más distantes lugares.

Sucesivamente, tomaron la palabra, por razón de antigüedad, los discípulos desplazados que regentaban las sucursales del Instituto Pitagórico establecidas en diversas ciudades griegas.

Casi siempre eran las parejas de recién casados los que elegían su profesión futura estableciéndose en algún lugar próximo o distante donde fundaban y regentaban, a ejemplo de la fundación crotoniana, nuevos centros pedagógicos y hogares selectos de cultura integral.

También acudían a dichas asambleas, a título de tradición y de simple afecto, los alumnos que ocupaban importantes cargos, requeridos aquí y allá para servicios públicos ora como gobernadores, ora como miembros del areópago o como pedagogos de altos personajes.

La excelencia y la nombradía del material humano que salía de la Escuela hacían que cada vez fueran más solicitados los pitagóricos. Doquiera se había extendido su fama. Desde las colonias de occidente hasta la Etruria septentrional; desde África hasta las Islas y costas de Asia, los pitagóricos eran ensalzados y reclamados en aras de la doctrina que encarnaban.

Un clima de estímulo y de emulación, merced al núcleo selecto que formaban los pitagóricos, circulaba, doquiera iban, por las altas esferas de la cultura.

Aquellas periódicas asambleas del Instituto tenían por especial finalidad, aparte el interés de estrechar los vínculos fraternales entre los antiguos condiscípulos y recibir nuevas orientaciones y alientos de boca del Maestro, articular y unificar las labores de las Escuelas distantes y crear otras nuevas de acuerdo con las características de cada país y la idiosincrasia de sus habitantes.

Allí se planteaban toda índole de problemas, se exponía la obra realizada, se consultaba, se discutía, se nutrían de nuevas ideas los asistentes, con el natural estímulo del intercambio y del contacto personal.

Pitágoras, aun en su avanzada senectud, era el mismo sabio mentor, el centro natural de aquella agrupación selecta, elegante, virtuosa y culta que significaban, para el mundo, los pitagóricos.

En aquellas memorables Eleuterias, convocó Pitágoras especialmente a todos sus antiguos discípulos.

De Metaponte llegaron Lisis y Arquipo. De Catania, en Sicilia, Dirceo, Hermipo y su esposa Dionea. De Himera, situada en el norte de la misma Isla, Anadeo y Nerea. De Agrigento, del Sur, Dioxipo y Aglaomena. De Lucania,

Ocelo. De Sibaris, Filio Polio. De Tarento, Dirceo, su esposa Himmia y su hermana Eunomia. De Locres, Caulonia, Regium y otras ciudades sicilianas, así como del norte, de Etruria, llegaban por grupos.

Arimnesto, el hijo mayor de Pitágoras, gran viajero, acababa de llegar de una jira de propaganda de la Escuela por las Islas griegas orientales. Telauges, el hijo menor, volvía, agregado en una misión crotoniota, del norte de la península.

Ofrecían un magnífico espectáculo todos aquellos condiscípulos entusiastas, gozosos de volverse a ver y de llevar consigo, algunos, a sus propios hijos, magníficos ejemplares de la viva simiente pitagórica.

Al final de la Asamblea, después de la representación de arte teatral, celebraron los pitagóricos un ágape de despedida, en común.

Una vez terminada la comida, Pitágoras se levantó para dirigir la palabra a los comensales. En medio de un gran silencio, dijo, con voz un poco débil y cansina:

— Sé que se aproxima el límite de mi misión. No quisiera con ello limitar vuestro entusiasmo ni vuestra fe. Los hombres y las obras pasan. Pero los ideales, jamás. Yo, la apariencia caduca que de mí veis ahora, significa la obra objetiva, transitoria. Vosotros, su continuidad de cara al futuro. Sólo quiero haceros un ruego. Recordadlo. Es mi único testamento. Pase lo que pase, doquiera se encuentre uno de vosotros, que siembre la semilla en tierra propicia, que algún día fructificará. El espíritu de las edades nos contempla y espera.

Ante aquellas contundentes y extrañas palabras, ante aquel tono insólito que tenía algo de velado y profético, un extraño estremecimiento corrió por todos los presentes.

Se hizo un silencio general que duró hasta que Pitágoras, apoyado en su antiguo sirviente Zamolxis, abandonó el refectorio seguido por su esposa y sus hijos.

Cuando, un poco después, Lisis, acompañado de su amigo inseparable, Arquipo, pidió permiso para entrar, en la habitación de Pitágoras, éste se hallaba ya acostado.

Tenía por costumbre cada día platicar un rato aquella hora con su familia, en completa intimidad, antes de entregarse a las preces y meditaciones que precedían su sueño.

Pitágoras guardaba aquella noche un completo mutismo que nadie se atrevía a interrumpir.

Lisis y Arquipo se acercaron al lecho donde yacía el filósofo. El

primero inclinóse y tomó suavemente una mano del anciano que retuvo entre las suyas. Y, con conmovido acento, dijo:

— No quise estos días, mientras duraran los actos de la Asamblea, abordar el tema candente de nuestro inmediato porvenir. No quise comunicarte lo que de nosotros se dice en la soliviantada Crotona. Creí que ignorabas, mas... debí comprender que a ti nada se te puede ocultar, ya que tus previsiones no se basan en los juicios de los hombres, sino en el de las estrellas. Con tus solemnes palabras de esta noche ha cundido la incertidumbre en nuestras filas. Todo son conjeturas en el refectorio. Abundan toda índole de comentarios sobre un posible estado de cosas que se avecinan. Todo el mundo se sentía aún confiado si tú demostrabas confianza. Más después del tono de tu despedida...

Pitágoras no contestaba. Su mirada parecía ausente.

Entonces, Arimnesto, su hijo, se acercó a Lisis y le preguntó:

— ¿Estuviste en la ciudad recientemente?

— Pasé por allí antes de venir — le contestó el interpelado — y recogí el estado de la opinión. Contaba con adictos informadores.

— ¿Qué opinas, entonces?

— Que Cilón, movido por el despecho y alentado por otros fracasados en las pruebas de la Escuela, están fomentando de un tiempo a esta parte un clima de animadversión general contra nosotros. Y no reparan en medios para lograrlo.

Telauges, el hijo menor del Maestro, que se había aproximado a ellos, intervino:

— Las campañas que anima el odio no pueden hacer mella en el corazón de los crotoniotas.

— Es que ahora, ante el fracaso de las calumnias y las injurias, apelan al arma más sutil de la política. Intentan crear con ello una corriente de opinión que crece con el confusiónismo y el apasionamiento, propicia a la difamación del conocido tópico del peligro de la casta pitagórica. Ahora dicen que tenemos ambiciones de poder y que detentamos el gobierno. En una arenga pública, rodeado de sus huestes de mercenarios armados, llegó Cilón a la máxima desfachatez y repugnante falsía al acusarnos de que, con estas asambleas de las Eleuterias, intentábamos socavar el prestigio democrático de las Anficionías délficas. Que pretendíamos crear e imponer, frente a aquellos tradicionales comicios de diputados griegos, electos por la voluntad popular, unas jerarquías de gobierno aristocrático.

Pitágoras escuchaba sin decir palabra. Arimnesto dijo al cabo de un rato

de reflexión, con acento angustiado:

— Ellos saben muy bien que no detentamos más poder que el que dimana de la virtud y de la sabiduría. Que nuestro anhelo único, en lo social, es la difusión de la cultura tal y como nos la ha enseñado nuestro padre y Maestro. Que cuando se llama a un pitagórico a un puesto de responsabilidad, es por su eficiencia y por auténtica y ganada superioridad.

— Pero Cilón es fuerte. Está lleno de odio y de ambición. Es, además, un primate de la fortuna. Pertenece a una de las más destacadas familias de Crotona. Y considera una intolerable ofensa a su honor el haber sido rechazado de la Escuela — rearguyó Lisis.

— Es un hombre de inferior condición moral — añadió Arimnesto —. El mismo se excluyó.

— Junto a él vociferan en contra de todos nosotros buen número de los que no merecieron la categoría de pitagóricos — añadió Lisis.

Teano, cuya inquietud iba en aumento, intervino, entonces. Aproximándose a su anciano esposo, exclamó:

— ¿Qué puede pasar?. ¡Habla!.

Al conjuro de aquella amada voz, pareció que volviera Pitágoras de aquel especial estado de ausencia anímica. Con voz segura que superaba la emoción del momento, dijo:

— No puede pasar más que aquello que está escrito ya en el cielo con cifras de luz.

— Sin embargo, nuestro deber es preveniros. Se neta preparando un asalto al Instituto — añadió gravemente Lisis.

— Pidamos guardia al Areópago — intervino el fiel Zamolxis.

— Opino que, como primera medida — dijo con voz exaltada, inclinándose más sobre Pitágoras, Lisis — ordenes cerrar las puertas. La defensa es legítima.

Pitágoras se reclinó entonces ágilmente en el lecho y por su expresión parecía recobrar por momentos las antiguas energías. Dirigiéndose a su antiguo discípulo, dijo:

— ¿Cerrar nuestras puertas, dices? — Y después de una pausa, añadió, en un tono evocador y calmado —. ¿Recuerdas el día aquel en que formabais mi primera escolta de honor?. ¡Cuan confiados me seguíais!. Íbamos a inaugurar nuestra comunal morada, esta morada que nos acababa de ofrecer la ciudad. Tú sabes donde deposité la llave. Entonces se abrieron sus puertas y mientras el mar la guarde, permanecerán abiertas. No seríamos dignos del ideal que representamos si por el temor de perder los bienes materiales,

traicionáramos nuestra divisa y nuestra fe. Hay quien guarda siempre lo digno de ser guardado. Nada se realiza sin la voluntad divina.

Después de estas palabras, todos los presentes guardaron un respetuoso silencio.

Telauges lo rompió al fin, diciendo a su padre, en actitud de súplica:

— Padre mío, piensa en tu esposa y en tu hija, mi madre y hermana. No debemos exigir de ellas la misma actitud que nosotros podemos imponernos. Nuestro deber es alejarlas del peligro. Mañana temprano saldrá nuestro carro camino de Metaponte.

Teano, movida de súbito arrebató, se abrazó entonces a su esposo, diciéndole, con voz conmovida:

— Cualquiera que sea el peligro que se cierna sobre nosotros, no me separaré de ti. Si llegara el caso, moriremos como hemos vivido: juntos.

Arimnesto intervino entonces.

— Padre — dijo, con voz pausada —. Tu avanzada edad te excluye de posibles decisiones al frente de la Escuela. Te propongo que acompañes a Metaponte a nuestras mujeres donde tienen su morada Lisis y Arquipo. Telauges y yo os substituiremos. Nuestra primera medida será desplazar de la Escuela a las restantes mujeres. Todas deben ser alejadas en esta hora de peligro.

Pitágoras se sumió en un profundo hermetismo. Por fin habló:

— Hijos míos, ya que todos lo sois de mi carne o de mi alma; con mi testamento moral, ha cesado en realidad mi actuación externa en la Escuela que fundé por mandato de los dioses. Ellos son los que me invitan ahora, a través de vuestra mediación, a terminar mis días en Metaponte. Mi deber es obedecer.



Cuando, al día siguiente, a la hora del alba, salieron los pitagóricos a la terraza del Instituto a entonar el himno matinal, vieron a lo lejos, en la carretera del interior, la polvareda de un carruaje que se alejaba.

En él iban, con Lisis y Arquipo, Pitágoras, Teano, Damo y Zamolxis.

EPÍLOGO

¿ Cuántas primaveras habían rendido la ofrenda renovada de sus flores sobre las taladas columnas del que fue Templo de las Musas, como si fueran aras?.

Del asalto armado y del incendio del Instituto Pitagórico por las huestes de Cilón, no quedaron en pie más que algunos muñones de mármol labrado, agarrados a la tierra, y algunas estatuas mutiladas que, con sus perennes sonrisas, aun acogían amablemente a los periódicos visitantes que llegaban allí en peregrinación desde todos los lugares del mundo conocido.

Entre las losas cuarteadas de la gran terraza brotaba el césped dibujando caprichosos mosaicos de esmeralda.

Los olivos y los limoneros de la colina que ardieron hasta sus raíces, habían vuelto a crecer, a retoñar y a dar frutos.

La naturaleza coadyuvaba con los hombres y mujeres que, peregrinos del ideal que alzó a sus cimas históricas la misión de Grecia, le rendían el constante testimonio de su resurrección.



Dos jóvenes de noble aspecto paseaban en los primeros días del mes de boedromión bajo los árboles del un tiempo famoso montecillo de las Musas.

Uno de ellos paróse de repente y levantando la vista hacia sus copas frondosas, dijo a su compañero:

— ¿Serían así de altos cuando el abuelo de mi abuelo, Anadeo, confesaba en este bosque su amor a la rubia Nerea, mi ilustre tatarabuela, bajo la mirada embelesada del primero y más grande de los filósofos griegos?.

— Posiblemente, Antógenes — respondió el otro —. Los árboles se han esforzado, antes que los hombres, en reparar los daños de la incalificable agresión que acabó con el más ejemplar de los centros de cultura de la historia. — Después de una pausa, añadió, suspirando profundamente —: ¡Si así volvieran a crecer las piedras!.

— ¡Y con ellas reviviera aquel esforzado palenque de los primeros pitagóricos!. ¡Qué gran forjador de selecciones humanas fue Pitágoras!. —

añadió el primero.

— Verdad es, Antógenes.

Ambos jóvenes acabaron de escalar, lentamente, la leve loma.

En la cima se extendía el ancho calvero de las ruinas del que fue un día ya lejano, famoso Instituto Pitagórico.

Las constantes estaciones benignas habían ido tejiendo a voluntad allí, año tras año, un creciente y enmarañado jardín natural.

Entre las yedras y los rosales trepadores, las adelfas alzaban sus grandes búcaros aislados, blancos, verdes, rosados, malva. Los matojos de mirto, los jazmines y las madreselvas parecían querer disimular con sus cobertores perfumados, los estragos de la maldad y la ignorancia de los hombres.

Pero a pesar de aquel abundoso desagravio de las flores, los visitantes que llegaban acusaban siempre, con su expresión y su silencio, el dolor irreparable de la antigua pérdida.

Entre las ruinas paseaban, a la sazón, buen número de visitantes. Por su aspecto e indumentaria, se adivinaba que muchos eran extranjeros. Acaso habían emprendido de lejanas tierras o allende el mar de Grecia su largo peregrinaje, sólo por pisar el venerable solar, ya convertido en símbolo.

Nadie sabía por qué, al llegar al área del edificio, todo el mundo hablaba en voz baja, como si se hallara en un templo.

¿Era un imperativo del recuerdo vivo, una fórmula de homenaje o una vaga súplica de vivos presentimientos de la gloria que fue?

— ¡Mira! — dijo en voz baja Antógenes a su compañero Nicias —. Aquellos que vienen por allí son pitagóricos.

— Sí, nadie puede dudarlo — contestó el otro —. Su porte, su elegancia natural, delatan la doctrina que sustentan. Tan distinguidos son ellos como ellas. Les acompaña un anciano. ¡Qué venerable aspecto tiene!.

— Debe ser un filósofo.

Ambos compañeros siguieron paseando un rato sin decir palabra.

Por fin, dijo, parándose de pronto, Antógenes:

— ¿Adviertes cuántos visitantes vienen hoy?. Fíjate a lo largo de la carretera de la costa y de las del interior.

Efectivamente. El número de visitantes era excepcionalmente numeroso aquel día.

— Pero, ¡no habíamos caído en la cuenta de que hoy es el primer día de Eleuterias! — exclamó Nicias, dando una palmadita en el hombro de su compañero.

— Es verdad — contestó éste —. ¿Cómo se nos había olvidado?. Hoy

será este centro de reunión espontánea de los núcleos dispersos de los creyentes pitagóricos.

— Siempre he creído que la verdadera fuerza de la comunidad, incluso su influjo en lo social, su persistencia, consiste en este imponderable elemento religioso de tipo superior y ecléctico que constituye el meollo de la doctrina pitagórica — afirmó Nicias.

— Por esto no morirá nunca — refrendó Antógenes.

— A las primeras persecuciones de sus afiliados, a la anulación de su institución legal y funcional, el pitagorismo se sustentó de su mejor contenido espiritual — continuó el otro —. Se convirtió en una especie de fe racionalista, la más pura y acendrada de todas las fes. Pitágoras explicó todos los problemas de la existencia humana y divina y los misterios del mundo y del universo a la luz meridiana del intelecto. Hizo todo lo posible para aclarar las brumas de la leyenda sin cortar las alas de su poesía, ya que siempre fundamentó sus enseñanzas en la virtud del bien, de lo verdadero y de lo bello. Si Grecia ha resurgido del lapso de decadencia que siguió a la destrucción del Instituto Pitagórico, y si su ejemplo en la historia del futuro logra perdurar, será merced a este equilibrio, a esta lógica y a esta amplitud de su filosofía.

— Así lo creo también, querido Nicias. Platón no sería Platón ni hubiera alumbrado su Academia tan alta y fecunda dialéctica, si no hubiera obtenido este noble griego, a pesar de ser iniciado en los Misterios de Eleusis, el famoso manuscrito de Pitágoras, el **HIEROS LOGOS** por mediación de Arquitas, el tarentino, así como las orientaciones de otro pitagórico, Filolao.

— ¿No quedó el manuscrito en poder de Damo, a la muerte de su padre? — preguntó Nicias.

— Parece ser que fue su hija la depositaria de su doctrina secreta. Así me lo contaba de niño mi abuela que lo aprendió de niña de labios de la suya — contestó Antógenes —. Al principio de la destrucción de la Escuela pasó esta admirable mujer, Damo, por multitud de persecuciones y duras privaciones. Y a pesar de las cuantiosas ofertas que se le hicieron repetidas veces, no quiso nunca desprenderse del espiritual legado de su padre. Creo que el mejor y más recio tronco emanado de la Escuela inicial, salió de los núcleos selectos que instruyó Damo en el decurso de su larga vida ejemplar y laboriosa. Merced a aquel guión codiciado, pudo seguir difundiendo en toda su pureza, la sabiduría pitagórica.

— Creo observar desde aquí — interrumpió Nicias — que el anciano que vimos ascender en compañía del primer grupo que ha llegado, está sirviendo de guía áulico a los jóvenes. Mira con qué interés le escuchan.

Ahora está señalando al otro lado de la colina el teatro, lo único que quedó en pie de la incalificable destrucción. Antes vi que les hablaba desde el área central del templo.

— ¿Vamos a sumarnos al grupo? — propuso Antógenes —. Estoy observando que muchos se les han adherido.

— ¡Vamos! — asintió Nicias.

Y ambos compañeros se mezclaron al grupo de forasteros. Poco a poco lograron aproximarse al anciano.

Era éste de mediana estatura, un poco grueso, de mirada extraordinariamente inteligente y vivaz bajo la alta frente calva. Una barba corla y rizada dejaba al descubierto su tórax potente, de orador y hombre sano.

— Este plinto — decía — servía de base a la efigie de la Musa Tácita, patrona de los acusmáticos. El período de riguroso silencio que Pitágoras hacía observar a sus discípulos, era la más eficaz de las disciplinas internas. Sin él no hubiera podido decir, luego, Isócrates: “Admiramos hoy más a un pitagórico cuando calla que a los hombres más elocuentes cuando hablan”.

Anduvo unos pasos y se detuvo en una zona bordeada de losas en las que todavía se dibujaban unas formas geométricas simbólicas:

— Esta era el aula de los matemáticos — añadió el anciano —. Todo el fundamento de la filosofía que Aristóteles sustentaba en sus libres cátedras peripatéticas de los pórticos del Liceo, todo su vasto enciclopedismo, no existirían sin el conocimiento de los números y de las leyes matemáticas que rigen el universo y que enseñó Pitágoras. Y menos aún hubiera definido sin ellas el Estagirita su profunda metafísica.

— Pero en las doctrinas aristotélicas, a pesar de su concatenación y su depurado análisis — dijo con voz tímida y un tanto atiplada uno de los jóvenes que formaban el grupo — no se advierte la pujanza espiritual del ideal pitagórico, lo que podríamos llamar el milagro de la fe, aquel elemento maravilloso que, aunque contribuya a veces en cierto modo al desdibujamiento de la personalidad del que lo encarna desde el punto de vista del mundo, constituye sin embargo el mayor aliciente para la investigación trascendental.

— Ciertamente — subrayó el anciano —. Entre los más famosos filósofos posteriores, este elemento lo hayamos especialmente patentizado a través de los comentarios a las doctrinas pitagóricas de Demócrito de Abdera, el tracio. Este filósofo es el que mejor ha dado a conocer a través de su “*Diacosmos*”, las más profundas verdades sobre el hombre como ente completo y el universo como cósmica entidad. Como Hipócrates divulgó los

secretos pitagóricos de la medicina y las propiedades curativas de las plantas, que el Maestro aprendió en oriente. También en una forma más lírica, aunque menos científica, Empédocles, alumno de Telauges, el hijo menor de Pitágoras. Ambos filósofos poseían, como Pitágoras, poderes y facultades superhumanas. Hablaban, no sólo por doctas referencias del Maestro de ciertos hechos, sino por propia confirmación. Ellos visitaron también en vida el Hades, según testificaron, a semejanza de algunos héroes legendarios griegos y recordaban sus vidas pasadas. Antes de Pitágoras, nadie se atrevía a comunicar, fuera del sigilo de las comunidades de iniciados, tales recuerdos y reminiscencias. Del diálogo de Timeo, el pitagórico, así como del de Fedón y Cratilo con Platón, y de múltiples alusiones socráticas, se infiere la teoría filosófica de las vidas sucesivas.

(Según Diógenes Laercio, el alma debe pasar por el “ciclo de necesidad”, que entre los griegos equivalía al karma de los orientales. En la época de los Argonautas fue Pitágoras Etálicas; hijo de Hermes, o sea, iniciado y logró el recuerdo del alma, la anastasis o conciencia continuada. — Inmediatamente encarnó como Euforbo y fue herido por Menelao en el sitio de Troya y murió. En esa vida aseguraba haber sido antes Etálicas y hablaba de la teoría de la reencarnación y de todo el plan de la evolución del ser desde los reinos inferiores. Luego encarnó en Hermótimo e hizo un peregrinaje al famoso templo de Apolo en Branquida en las costas asiáticas del mar, en la Jonia, un poco al sur de Mileto, aunque Ovidio dice que fue en el Templo de Juno en Argos (“Metamorfosis”) y Tertuliano en el de Apolo en Delfos y allí descubrió el escudo que llevaba siendo Euforbo y que Menelao colgó en el templo como ofrenda. Mead afirma: En el próximo nacimiento fue Pirro, un pescador delio que seguía reteniendo la memoria de los nacimientos pasados. Finalmente fue Pitágoras).

(Jerónimo (“Apol. ad Rufinum”) da otra tradición que enumera las anteriores encarnaciones del filósofo samio en esta forma: Euforbo — Callides Hermótimo — Pirro — Pitágoras).

(Porfirio, como Laercio y Aulo Gelio (aunque estos últimos le agregan: Pyrandro, Callidas de Alce, ésta; la más bella mujer de ligera virtud. Euforbo, hijo de Panto. Pirro, cretense; y luego, dicen fue un cierto Elio, de nombre y lugar ignorados).

(Juliano, el Emperador aseguraba que Pitágoras había sido Alejandro Magno. Y Proclo, afirmaba haber sido en una vida pasada, Nicómaco, el pitagórico).

— También dicen que poseía Pitágoras el don de la ubicuidad, puesto que, según varios testimonios, lo vieron simultáneamente en cierta ocasión en Metaponte y en Crotona — intervino una de las elegantes pitagóricas que formaban el grupo de forasteros.

—En cierta ocasión, hallándose en Metaponte, proyectó su doble en Crotona donde apareció al mismo tiempo tan radiante, que es fama que los crotoniotas lo tomaron por el mismo Apolo hiperbóreo — explicó el anciano.

— Puede ser que la reacción sentimental que operó en las masas la destrucción del Instituto y la persecución de los pitagóricos, que siguió de inmediato a aquel infausto acontecimiento, contribuyera a bordar con los oros de la leyenda, ciertos hechos ya de suyo maravillosos de la vida del Maestro y que en mucho contribuyen a aureolarlo — intervino con voz grave y parsimoniosa un hombre ya maduro que se había sumado al grupo.

— Pero las teorías, las causas filosóficas de aquellos hechos posibles e insólitos, los poseemos de su mano y por el directo testimonio de sus mejores discípulos — le respondió el joven pitagórico de voz un tanto atiplada, que se hallaba a su lado.

Precedidos por el anciano guía, el grupo se dirigió entonces hacia el sur. Antógenes y Nicias los siguieron.

— Allí tenían lugar en las noches serenas, las pláticas del Maestro — dijo el filósofo señalando con el índice el pinar de la orilla, cuyas altas copas recortaban sus pomos duros e inmóviles sobre el azul intenso del mar —. Bajo aquel bosque, resonaron sus sabias palabras sobre la ciencia de los astros y la música de las esferas. Algunas de aquellas magnas teorías las podemos hallar en los escritos del gran pitagórico Aristógeno de Tarento. Su obra “*Elementos de Armonía*” es el primer tratado de música conocido en nuestros tiempos, así como sus comentarios sobre las leyes trascendentales de la armonía constituyen la mejor y más estructurada guía de las enseñanzas pitagóricas. Pero al que quiera profundizar en este elevado tema, le recomiendo que emprenda el viaje a Samos. En el templo de Hera hallará la famosa plancha de cobre sobre la que se halla grabado el canon musical. Parece que el propio Arimnesto, el hijo de Pitágoras, fue el que, en uno de sus viajes, hizo ofrenda a la diosa de este valiosísimo legado de su padre.

Después de estas palabras, los pitagóricos empezaron a descender por las melladas gradas de la colina, camino del pinar. Antógenes y Nicias quedaron entonces solos, contemplando el hermoso panorama del mar y de la costa junto a la derruida balaustrada de la terraza que miraba al sur.

Una amistosa manotada a su espalda, hizo volver a Antógenes de su

ensimismamiento. Ambos amigos se volvieron instintivamente. Era el pariente del primero, el senador crotoniota Charias.

— Siempre coincidimos aquí en las faustas celebraciones, ¿eh? — dijo éste riendo.

— ¿Faustas? — objetó, sin tiempo de articular su pensamiento, Antógenes.

— ¡Pues claro, hombre! — contestóle optimista el senador —. Yo soy ante todo, un pitagórico de fe. Fíjate en el creciente número de visitantes esta vez. ¿No testimonia ello el rotundo triunfo del ideal pitagórico?. De mi parte he rendido a la memoria del Maestro el fruto, por fin coronado, de mi esfuerzo. He logrado que el Senado de Crotona apruebe mi proyecto de fundación de escuelas gratuitas para todos los niños y niñas, sin distinción de clases, costeadas por el erario público. En ellas se pondrán en práctica muchos métodos pedagógicos del pitagorismo.

Y al decir esto, el senador volvió a reír, lleno de visible satisfacción.

— ¡Enhorabuena! — exclamaron a una ambos amigos. Y Nicias agregó: — Te has convertido, por lo visto, en émulo de Zamolxis, antiguo esclavo, el servidor liberto de Pitágoras que dio en su vejez sabias leyes a su tierra tracia.

— Y de Zaleuco, que las dio a los locrios y fue gran impulsor de la cultura de las jóvenes generaciones. Y de Carondas, el gobernador de Turio, — añadió Antógenes.

Los tres siguieron paseando, al azar, deteniéndose a menudo a tenor de sus charlas sostenidas ahora en voz baja, entre la vasta concurrencia que deambulaba por el solar pitagórico.

Pasaron junto a una distinguida dama alta y ya madura, que se hallaba rodeada de sus tres hijos. En aquel momento, oyeron que les decía:

— Pitágoras se salvó porque unos días antes del asalto e incendio del Instituto se había refugiado en Metaponte con algunos de sus familiares y discípulos. Pero otros, que no pudieron huir a última hora, perecieron en el desastre.

— ¿Y fue feliz, después del incendio de su morada? — preguntó su hijo mediano, un niño de pelo rizado y rubio como un Cupido.

La madre sonrió al oírlo. Y contestó:

— Pitágoras fue siempre feliz. Llevaba la felicidad como condición en su propia naturaleza, porque no se hallaba apegado a nada material. Aceptaba de buena gana todo cuanto le enviaban los dioses. Murió ya muy viejecito, rodeado de amor, de paz y del general respeto de los metapontinos. Allí están

sus restos, que todos veneran y que no les han podido disputar los crotoniotas.

— Ya que no supieron defender su obra en vida, tampoco merecen honrar su muerte — contestó, en forma sentenciosa el hijo mayor, un muchacho recio, de mirada audaz.

— ¡Madre! — exclamó entonces el pequeño —. ¿Es cierto que en el bosque sagrado de Tarento pacía, sin hacer daño a nadie, un gran toro que domesticó Pitágoras?.

— Eso dicen, hijo mío. Pitágoras amaba a los animales porque los consideraba sus hermanos menores en la evolución. Cuéntase de él que logró domar, con la lira y el canto, a semejanza de Orfeo, a una temible osa dauria con la que sostenía diálogos mentales y a la que convenció, cierta vez que se hallaba hambrienta, de que volviera pacíficamente a la selva. También es fama que los pájaros, incluso las águilas y las gaviotas, se posaban sobre su hombro confiadas y que él las acariciaba.

Los ojos abiertos y asombrados de los tres muchachos resplandecían cuando el delicioso grupito enmudeció en aras de sus recientes evocaciones.

Al despedirse el senador de los dos compañeros, lo hizo en voz muy baja porque cerca de ellos, una anciana enseñaba a un grupo de niños a recitar los “Versos Áureos” de Pitágoras que ellos iban repitiendo, con visible emoción.

Después, Nicias y Antógenes se aproximaron a dos hermosas muchachas que acababan de escalar la leve colina y depositaban una guirnalda de rosas blancas sobre el plinto de la Musa Tácita.

Antógenes les dirigió la palabra:

— ¿Sois pitagóricas?.

— Sí, por convicción y por ascendencia — respondió una de ellas.

— Como yo — siguió Antógenes.

Nicias agregó entonces:

— Por lo visto, sentís especial adoración por la Musa del Silencio. Y a fe mía, que esto honra siempre mucho a la mujer...

— Tenemos una mal ganada fama de charlatanas, por lo visto — dijo la otra amiga.

Y los cuatro rieron.

Una de las muchachas cobró de pronto un repentino aire de gravedad, y dijo:

— ¿No hizo Pitágoras, por advocación a la Musa, de la mujer pitagórica un ejemplo de discreción?. Sacrificar a la diosa del Silencio es renovar el precepto y la práctica.

— Teano fue la más discreta de las griegas — añadió la otra —. Cuando le preguntaron en cierta ocasión cuál era el principal papel de la esposa, dijo, glosando la discreción y el silencio de la mujer: “Ser el manto del esposo”.

Antógenes, que contemplaba con singular admiración a la que había pronunciado aquellas palabras, derivó entonces la conversación hacia el tema del amor:

— Pitágoras elevó a la mujer a la más digna categoría social. Nadie la dignificó como él. Le dio, con la belleza integral, la inteligencia y la virtud. Él creó el tipo de la mujer-filósofa, el más alto modelo de la auténtica femineidad cuyas más nobles representaciones fueron su esposa y su hija. Contra el concepto, antes limitado y estrecho del matrimonio, ante lo endeble del lazo de la fidelidad conyugal, Teano hizo famosa aquella frase: “De las relaciones con su marido, la mujer sale siempre purificada. De los brazos de otro, nunca”. Esta frase ha hecho gran mella, sin duda alguna, en el enderezamiento de nuestras costumbres.

Sumergidos en el interés de este tema, no se habían dado cuenta los jóvenes de que el sol se había puesto hacía rato en el horizonte y de que los visitantes habían ido abandonando, uno tras otro, el solar de sus veneraciones.

Entonces, formando dos bellas parejas, los dos compañeros y las dos amigas descendieron lentamente por el más sombrío declive de la colina, hacia la parte de oriente, camino de la ciudad, y se perdieron entre los árboles del bosquecillo de las Musas.

FIN

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS DE:

PORFIRIO

JÁMBLICO

PLUTARCO

PLATÓN

ARISTÓTELES

HERODOTO

LAERCIO

TAYLOR

DACIER

BURCKHARDT

BLAVATSKY

CARRASCO

SCHURÉ

MACÉ

LEADBEATER

DURUY

ENCICLOPEDIA CLÁSICA

ENCICLOPEDIA BÍBLICA

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE MONTANER Y SIMÓN

GLOSARIO TEOSÓFICO